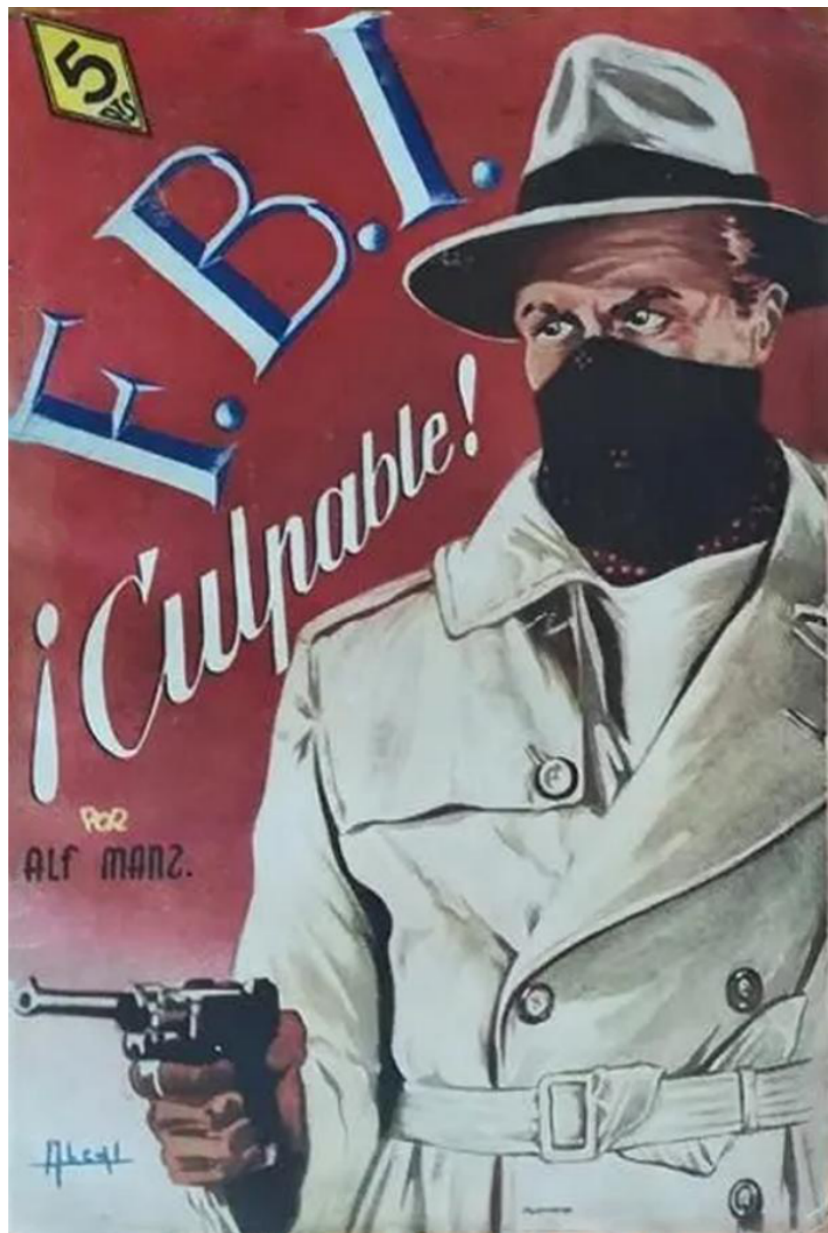




F



LIBERTY

¡CULPABLE!

Alf



Manz

OBRAS
DE
ALF MANZ
PUBLICADAS POR
EDITORIAL ROLLAN
— : —

Colección EXTRAORDINARIA DEL OESTE

- Núm. 1.—Tiger, el Solitario.
» 2.—El Espía Fantasma.
» 3.—Corazón de Puma.
» 26.—Eran dos amigos.
» 28.—El Tahir.
» 30.—Yo fui esclavo.

Selecciones NEVADA

- Núm. 18.—Black, el Fugitivo.
» 21.—Caravana maldita.

Selecciones LOTO

- Núm. 5.—Tristeza de amor.
» 7.—Amor en Hollywood.
» 10.—Lucha en el alma.



SAN BERNARDO, 68—TELÉF. 225947
MADRID

I

LA CÁMARA DE LA MUERTE



UROS desnudos, húmedos, encerrando un silencio denso, sobrecogedor. Una sola bombilla pendiendo del bajo techo, luchando su luz espectral con la tétrica lóbreguez de la cámara de la muerte. Trece hombres, sentados, inmóviles sobre el par de bancos de madera. Los trece clavaban sus ojos en la siniestra reina de la prisión: la silla eléctrica. Una silla, varias correas colgando de las patas, brazos y respaldo, y encima de éste un dispositivo semejante a un casco metálico.

Y justamente su aspecto inofensivo, de mueble tosco y carente de gracia en las líneas, presta a la silla eléctrica una aureola trágica,

aún más horripilante que la de un diabólico instrumento de la refinada tortura china.

A la izquierda de la mortífera máquina, el verdugo —estatua labrada en piedra bastarda— permanecía junto a la plancha, donde resaltaban las blancas esferas del voltímetro y amperímetro, y los negros manipuladores eléctricos.

A la derecha, una puerta metálica, cerrada, pintada de gris oscuro. Grises eran también las paredes, los bancos, y hasta los rostros de los espectadores, visiblemente emocionados, nerviosos, mudos, fascinados por la visión del singular artefacto letal.

Los trece hombres pasaban de los cuarenta años, a excepción de uno, que se sentaba en el banco posterior. No tendría más de treinta años, y sus facciones viriles aparecían descompuestas, acusando la piel una lividez cadavérica, solamente oscurecida por las violáceas ojeras. Se mordía sin cesar los descoloridos labios, y sus manos no dejaban de retorcerse mutuamente, mostrando un angustioso estado de ánimo.

De súbito, los espectadores se pusieron rígidos, como si hubiesen recibido en común una descarga eléctrica; y a través de la puerta se escuchó un acompasado avanzar de pisadas, anunciando el inminente momento fatal.

Abrióse la puerta y bajo el dintel apareció un grupo de personas. Dos llevaban uniforme azul, y entre ellos, un hombre en mangas de camisa. Era más alto que los guardianes, y andaba con paso corto, pero firme; a no ser por su rapada cabeza y el abismo insondable de sus pupilas, no se hubiera creído que era un condenado a muerte. Tal era la calma impresionante de sus rasgos, enérgicos aun en tan difícil trance.

Tras él, dos guardianes más un sacerdote musitando tenuemente oraciones y tres hombres vestidos de oscuro. Todos pálidos, moviéndose como sonámbulos.

La aterradora comitiva se detuvo al levantarse uno de los espectadores, uno que se sentaba en el extremo izquierdo del primer banco. Individuo de edad madura, con las facciones más descompuestas que las del propio condenado. A éste se dirigió, hablando atropelladamente:

—¡Alfred, escúchame! ¡Tú no eres culpable! ¡No puedes serlo! ¡Sé que eres inocente! ¡Aún tienes tiempo! ¿Quién es el verdadero

asesino?

Los guardianes, sorprendidos de la intrusión, mirando interrogativamente a uno de los hombres vestidos de oscuro. El condenado, con una resignación triste en los ojos, repuso lentamente:

—¡Gracias, Robert; gracias! —comenzó a flaquearle la voz, estremecido de angustia—. Sí, soy inocente de ese crimen. Tú me conoces bien y sabes que soy inocente. ¡Pero no puedo decir la verdad!

Y al decir estas últimas frases pareció que el corazón se le había roto en mil pedazos, rezumando una amargura acongojadora. El llamado Robert le cogió temblorosamente por las muñecas y le suplicó:

—¡Alfred! ¡Alfred, confiesa la verdad! Vas a morir, ¿no lo comprendes? ¿Quién fue? ¿Quién lo mató? Sé que hay alguien oculto, que te cierra los labios. ¡Dime quién es y podré detener la ejecución! ¡Piensa en el dolor de tu madre, Alfred! ¡En nombre de ella, habla!

—Por ella no confieso —repuso enigmáticamente el condenado, vidriadas ahora sus pupilas por las lágrimas—. Cuídala, Robert; la pobre sufrirá mucho. Y llama pronto a mi hermano y dile que soy inocente, que no tiene por qué avergonzarse de mí.

Una voz fustigó los fríos muros de la cámara de la muerte:

—¡Estoy aquí, Alfred!

Y el joven sentado en el segundo banco corrió hacia el condenado. Actuaron tardíamente los guardianes para impedir que se abrazasen.

—¡Ray, hermano mío! —exclamó Alfred, apretando contra su pecho el cuerpo del joven.

Uno de los hombres, vestido de negro, ordenó secamente a los guardianes:

—¡Lleváoslo de aquí!

A viva fuerza arrastraron al joven de los brazos de su hermano, y difícilmente consiguieron sacarle de la estancia. El mismo individuo, vestido de oscuro, increpó al denominado Robert:

—¡No puedo consentir esto, inspector Tucker! ¡Ha contravenido usted el reglamento de la prisión, y daré parte a sus superiores! Le permití hablar unos momentos con el condenado, y su abuso llega

al límite, introduciendo aquí a un extraño. Si en el FBI se pasan por alto muchas cosas, aquí mando yo, y no estoy dispuesto a...

El inspector Tucker le interrumpió fríamente:

—Mucho cuidado con lo que dice, director Stanton. En el FBI hay una disciplina de hierro, pero también son humanitarios. Yo no conocía a ese muchacho; ni sé cómo ha podido entrar. La falta es de usted, por no saber a quién reparte las invitaciones —y dando por terminada la disputa, se dirigió nuevamente al condenado, trocándose su cólera en la anterior angustia— Alfred, confiesa la verdad. Todavía hay tiempo.

El reo, abatido después de la dolorosa escena, contesto débilmente:

—No insistas, Robert; no puedo hablar —y haciendo una pausa, pidió después, observándose el esfuerzo que le costaba pronunciar —: ¿Quieres darme un cigarrillo?

El inspector Tucker colocó un cigarrillo entre los labios del condenado. Hasta el tercer fósforo no consiguieron encender. Y entonces, tras aspirar con ansia el humo, el reo se despidió:

—Gracias por la fe que tienes en mí, Robert. Siempre fuiste mi mejor amigo. Otra cosa hubiera sido si hubiese seguido tus consejos. ¡Gracias por todo, amigo mío!

Y solo, despreciando la ayuda de los guardianes, que acababan de regresar, el condenado sentóse en la silla eléctrica, con movimientos lentos, seguros, como si la certidumbre del paso al Más Allá no le asustase. Otra vez su mirada se perdía en el vacío, sumergida en abismos ignotos. El humo del cigarrillo se elevaba perezosamente en espiral, velando tenuemente el ahora macilento rostro.

Los cuatro guardianes rodearon al reo, y prontamente quedaron ligadas sus piernas por las correas, sus brazos a los de la silla, y el tórax al respaldo. Le fueron vendados los ojos con una tela oscura. Cumplida su misión, los guardianes se retiraron, como muñecos autómatas.

El inspector Tucker se acercó al condenado, y suavemente le retiró el cigarro de la boca.

—¡Adiós, Robert!

No contestó el condenado; sus labios se movieron y las frases de una oración se mezclaron con la ininterrumpida plegaria del

sacerdote. Resonaban conmovedoramente las santas palabras, pidiendo perdón al Altísimo. Latía desenfrenadamente la sangre en las sienes de los espectadores, haciéndoseles un nudo en la garganta.

Y en el impresionante silencio, escucháronse los pasos macabros del verdugo, hombre de faz inexpresiva: una pieza más en la máquina de ejecución. Diestramente, con unas tijeras, rasgó el pantalón del reo, aplicándole a la pierna derecha un electrodo sobre la piel desnuda. Y a continuación, con manos seguras, ajustó a la rapada cabeza de Robert el frío casco de metal.

Y deslizándose como un fantasma, el verdugo volvió junto al tablero de mármol, permaneciendo allí inmóvil, mirando atentamente al director, en espera de órdenes.

El reo se mantenía con la cabeza levantada y durante un momento sus plegarias se cortaron por un suspiro hondo, tan profundo como las raíces de la vida. ¡Sólo Dios podía conocer el mundo turbulento que en aquellos instantes se agitaría en la mente del condenado a muerte! ¡Largo paso el que lleva de la vida a la muerte!

El sacerdote, con mano firme —aunque sus labios temblaban al orar—, trazó en el aire la sagrada señal de la cruz.

Enrarecíase el ambiente cada vez más, los nervios a punto de estallar, las respiraciones cortadas y los cuerpos rígidos.

El director hizo una inclinación de cabeza. El verdugo pulsó un botón del tablero de mandos y seguidamente escuchóse el sordo zumbido de los cables de alta tensión al dejar paso a la fuerte descarga eléctrica. A la vez había disminuido la iluminación de la estancia, parpadeando visiblemente la bombilla del techo.

Y mientras una columnita de humo se levantaba de la cabeza del reo, el cuerpo sufrió una sacudida violenta, intentando romper instintivamente las correas que le inmovilizaban. Se le envaró el cuello y los dedos se le engaritaron, tiñéndose de púrpura su piel y luego de una blancura lívida, espantosa.

Y así quedó, crispado por el soplo de la muerte, el cuerpo del hombre que afirmaba ser inocente. ¡Dios le haría justicia en la otra vida!

Los dos individuos, vestidos de oscuro, que acompañaban al director esperaron a que la iluminación recobrase su anterior

brillantez, y aproximándose al electrocutado aplicaron a su pecho sendos estetoscopios, desabrochándole previamente la camisa. Se miraron, cambiando una señal de asentimiento, y uno de ellos dijo lentamente, en tono bajo:

—Director: declaro que este hombre está muerto.

Era la fórmula de ritual, atestiguando que la infernal máquina había cumplido a la perfección su tarea.

Abrióse la puerta de hierro y una blanca mesa con ruedas fue empujada al centro de la cámara. El cadáver sería llevado al Depósito, para procederse a su autopsia.

Con paso torpe, el inspector Tucker salió, llevando aún en la mano el resto del apagado cigarrillo, que fumó por última vez el reo. Le seguía el director de la prisión.

Atravesaron un largo corredor. Puertas y más puertas de hierro, guardadas por vigilantes armados, y al fin entraron en un despacho.

Sentado en una silla, con la cabeza entre las manos, se encontraba el joven que había sido sacado a la fuerza de la cámara de la muerte, el hermano del electrocutado. Junto a él, en pie, un guardián.

El director, después de ordenar al guardián que se retirase, interrogó coléricamente al joven:

—¿Cómo consiguió entrar?

El aludido no respondió; ni siquiera cambió de posición, como si estuviese sordo. Entonces el inspector Tucker, haciendo un significativo gesto al director, tomó la palabra a la vez que se sentaba.

—No sabía que fueses hermano de Alfred. Él me hablaba mucho de ti, y también de vuestra madre. Como siempre estabas ausente, no tuve ocasión de conocerte, y ahora, aunque es un momento muy amargo, hemos de charlar sobre diversos asuntos que nos interesan a los dos. A ti, por ser hermano de Alfred; y a mí, porque éramos muy buenos amigos desde hace años.

Y mientras hablaba cariñosamente, en tono persuasivo, el inspector tenía entre los dedos el apagado cigarrillo del muerto. El joven había terminado descubriéndose el rostro, surcado de lágrimas. Con la vista velada a causa del sufrimiento, observaba al hombre que se decía amigo de Alfred. Interrogó roncamemente:

—¿Quién es usted?

—Soy el inspector Tucker, del FBI. Y ahora que empiezas a reaccionar, quisiera hacerte unas preguntas. Sé que te llamas Ray y que durante los años de tu juventud no fuiste un estudiante modelo ni un hijo ejemplar, según me contaba el pobre Alfred. Por esto no te conocí cuando iba a vuestra casa; siempre estabas fuera, dedicado al deporte, como si el deporte pudiera ser una profesión para toda la vida. Tu hermano te quería mucho, y recuerdo su satisfacción cuando me dijo que habías ingresado en el ejército. Sabía que estabas, desde la terminación de la guerra, en el Japón, y yo mismo te hubiera llamado si tu hermano no me hubiese pedido no decirte nada. Por eso me ha extrañado tu presencia aquí.

El inspector, al acabar de hablar, había dejado en el aire la curva de una interrogante. El director de la prisión, algo apartado, escuchaba atentamente. Y tras observar Ray los semblantes de los dos funcionarios de la Justicia, comenzó a explicar lentamente, con la voz muerta:

—Por méritos de guerra fui ascendido a oficial, y en la actualidad soy capitán piloto, destacado en Tokio, a las órdenes del general MacArthur. Hace unos días leí en un periódico el encarcelamiento de mi hermano y algunos detalles del juicio. Me costó trabajo conseguir un corto permiso, y justamente esta noche llegué a las puertas de esta prisión, viniendo directamente del aeródromo, sin ver siquiera a mi madre. Merodeaba por los alrededores, buscando una forma de entrar; a toda costa quería ver a mi hermano por última vez, cuando tuve la suerte de tropezar con un caballero que tenía una invitación para asistir al cumplimiento de la sentencia. Me fue fácil hacerle tomar unas copas y en el bar estará todavía. Con su invitación conseguí la entrada.

—Ésa es una falta grave, señor Brand —dijo el director de la prisión, interrumpiéndole.

Tucker intervino con su bondad habitual:

—Creo que por esta vez debía ser usted indulgente, señor Stanton. Comprenda la situación de este pobre muchacho. Denunciar el caso sería abrir más la herida, ¿no cree?

El director, hombre bueno en el fondo, transigió:

—Sí, inspector, olvidaremos este asunto. Y créame que mi comportamiento anterior era el obligado por mi cargo. Ya sabe usted cuánto he sentido la muerte de Alfred Brand. Durante todo el

tiempo que permaneció en la celda no dio la más mínima preocupación. Y yo, que he leído atentamente las distintas fases de su proceso, estoy seguro de que era inocente; dejando aparte la amistad que nos unía, de muchas entrevistas oficiales. Deseo de corazón que el nombre del inspector Alfred Brand quede limpio de toda mancha, por su familia y por el honor del Departamento de Policía de Nueva York. Con el permiso de ustedes, me retiro; tengo que despachar algunos asuntos. Cuando quieran marcharse, llamen al guardián que vigila en este pasillo.

Y tras estrechar cordialmente la mano a los dos hombres, el director Stanton los dejó a solas. Tucker enseñó el apagado cigarrillo al capitán Brand, explicándole:

—Es el último que ha fumado tu hermano, si no tienes inconveniente, quisiera guardarlo como recuerdo. Me he quedado muy solo, sin verdaderos afectos a mi alrededor. Soy soltero, no tengo familia, y Alfred era un hermano para mí. Y ahora que nos conocemos desearía ocupar el puesto de tu hermano, Ray.

Y era tan emotivo su tono y la expresión de su bonachona faz, que Ray Brand repuso conmovido:

—Sí, señor Tucker. En esa maldita habitación pude ver el cariño que le tenía Alfred. La seguridad que usted tiene de su inocencia me llegó al corazón.

Hubo un corto silencio en el despacho. Los dos hombres meditaban. Al fin, el inspector ofreció un cigarrillo al joven, asegurando:

—Fuma, Ray; te calmará bastante— y cuando las volutas del azulado humo se despezaron en la atmósfera, Tucker comenzó a narrar—: Hace muchos años, tu hermano y yo entramos al mismo tiempo en el Departamento de Policía de Nueva York. Durante largo tiempo pisoteamos las calles de la ciudad, haciendo las rondas como guardias uniformados. Los dos tuvimos suerte y pasamos a la División de Detectives; nos creímos reyes, casi emperadores, al poder dejar el azulado uniforme. Alfred y yo nos veíamos todos los días de descanso, juntos alternábamos y el dinero de uno era también del otro. Pasaron los años. Por suerte intervinimos los dos en un caso difícil, que resolvimos felizmente sin saber cómo, y aquello nos dio impulso para el ascenso a inspectores. Luego se me presentó ocasión de pasar al FBI y no la desperdicié.

—¿Por qué no pasó mi hermano también? —le interrumpió Ray, que paulatinamente se iba recobrando.

—Él estaba muy bien situado en la Policía de Nueva York. Pertenecía al Estado Mayor y hubiera sido una locura perder aquel magnífico puesto. El caso es que mi traslado a Washington hizo más espaciadas nuestras entrevistas. Y en las últimas, el pobre Alfred ya no era el de antes. Le notaba algo raro, como si una grave preocupación le tuviese absorto. Me contó que estaba muy enamorado de una cantante, y sus amores eran tempestuosos. No ignorarás, Ray, que una mujer puede darnos la gloria y el infierno al mismo tiempo, pero siempre destrozándonos la calma y el porvenir. La conocí, y en realidad era una mujer fascinadora, una mujer demasiado bella. Pero su hermosura no es casta; hay algo en ella de reptil, de turbio... Es una mujer que ninguno elegiríamos por esposa. Canta maravillosamente y gana mucho dinero en un *cabaret* de los mejores.

Ray le interrumpió, impaciente, no dando importancia a aquellos pasados amores de Alfred.

—Y ¿por qué cree usted que mi hermano era inocente, Tucker?

—Porque le conocía a fondo. Escucha, muchacho. Si te hablo de esa mujer, se debe a que el caso de Alfred es un puro misterio, y el corazón me dice que esa cantante tiene la clave. Estaba yo en Virginia, soy profesor de la Academia del FBI, en Quántico, cuando me enteré de que Alfred había sido detenido, acusado de asesinato. Vine rápidamente a Nueva York y me enteré de los hechos.

El inspector Tucker dio una chupada al cigarrillo, continuando después su narración:

—Alfred había sido sorprendido en el reservado de un *night-club*, tras haberse escuchado una detonación. En el suelo yacía el cadáver de un detective; a su lado, un revólver de reglamento, recién disparado a juzgar por el olor a pólvora, y en Alfred una expresión de horror. Examinadas las huellas dejadas en el arma, correspondían a las de tu hermano; y como él no quiso revelar lo sucedido, ni las causas del homicidio, ni su presencia en el reservado, fue acusado de asesinato a un representante de la ley, pese a sus protestas de inocencia, le visité en la celda muchas veces, intentando arrancarle de su mutismo; no conseguí nada. Removí cielo y tierra para conseguir una atenuación de la pena, alegando

enajenación mental momentánea, pero él no me ayudaba y fracasé. Sigo creyendo que alguien le tenía cerrada la boca con alguna amenaza.

—Y la Policía, ¿no encontró ningún dato? —inquirió Ray, excitado.

—No. A nadie se pudo detener por sospechoso siquiera.

—Entonces, ¿de qué sirve todo ese aparato de la Policía? —gritó el joven, perdiendo la serenidad—. Estoy seguro de que mi hermano era inocente. Si la Policía, con todos sus métodos y su organización, ha fracasado, yo seré quien descubra la verdad. ¡No me detendré hasta acabar con los culpables!

—Estás desvariando, muchacho. Tú no puedes hacer nada por tu cuenta. Te pondrías al margen de la ley.

—Y a mí, ¿qué me importa la ley, si está demostrando que castigan a un inocente? ¡Dígame el nombre de esa mujer, y yo averiguaré lo demás!

El inspector Tucker, entristecido, denegó dulcemente:

—No, Ray, no. Mal camino es ése. Terminarías tú también en la silla eléctrica. Será mejor que regreses a Tokio y dejes este asunto en mis manos. Yo haré que continúe la investigación.

—¡No volveré al ejército! —exclamó impetuosamente el joven—. Mi deber es vengar la muerte de mi hermano. Todo lo demás no me importa. Y si después de vengarle me ajustician, al menos me iré al otro mundo con la satisfacción de que el culpable ha ido antes que yo. ¿Quién es esa mujer?

El inspector no respondió. Parecía meditar, con la mirada perdida, y acariciándose la barbilla. Luego propuso:

—Oye, Ray; estoy pensando en una solución. Te creo capaz de cualquier barbaridad, y sería para mí un nuevo dolor que terminases mal. Además, tú solo no podrías descubrir lo que la Policía de Nueva York no pudo hallar. ¿Por qué no ingresas en el FBI? Justamente, dentro de dos meses empieza el curso, y por tu carácter de capitán piloto serías admitido para el examen de ingreso sin dificultad. ¿Cuántos años tienes?

—Veintiocho —repuso Ray maquinalmente, un poco sorprendido de la extraña proposición del inspector.

—Estás en la edad justa, tienes estudios superiores, estás sano y eres fuerte. Apoyaré tu solicitud de ingreso. Después, una vez con el

nombramiento de agente del FBI, podrías dedicarte a buscar al culpable de la muerte de tu hermano, y serías respaldado por la organización anticriminal más poderosa del mundo. Y actuarías dentro de la ley. ¿Qué te parece?

—Pero ¿y si mientras estoy en la Academia el culpable desaparece?

—En este caso, no. El culpable tiene que ser una persona muy inteligente y estará enterado de que tu hermano no confesó la verdad; en cuanto lea en los periódicos la noticia de la ejecución dará por cerrado el asunto y continuará viviendo tranquilamente. ¿Qué decides, Ray?

El joven, tras una rápida reflexión, dijo:

—Lleva usted razón. Solicitaré el ingreso en el FBI. Usted me dirá lo que debo hacer. Presentaré mi renuncia en el ejército. La guerra terminó, y ya no me necesitan. Estaré estos días en casa, con mi madre. Allí podrá usted verme.

—No, Ray, lo siento, pero si estás dispuesto a buscar al verdadero culpable no debes ver a tu madre. Juraría que está vigilada. El culpable sabrá que Alfred tenía un hermano destacado en el Japón. Allí debes tú continuar, aparentemente. Sé lo que te cuesta este sacrificio, pero no hay otro remedio si queremos triunfar en nuestra empresa. Nadie debe saber que has venido a Nueva York. Yo me encargaré mañana mismo de sellar la boca de todos los asistentes a la ejecución, y por si acaso alguno de ellos fuese culpable les diré que regresas a tu puesto. Nadie, ni tu propia madre, debe saberlo.

Y era tan enérgico el tono de sus palabras, que Ray aceptó la dolorosa situación de no poder abrazar y consolar a su madre en aquellos momentos de sufrimiento. Tuvo que sacar fuerzas de lo más hondo de su ser; a partir de entonces su vida estaría dedicada a un solo fin, sacrificando la carrera y su juventud.

—Pero mi madre..., al no tener noticias mías de Tokio...

—Yo lo solucionaré. En la Academia escribirás unas cartas, y te prometo llegarán a tu madre como si viniesen del Japón. El FBI tiene sellos de todos los países y sabe fabricar un matasellos, y hacer una perfecta falsificación. Y en cuanto al aspecto económico, no te preocupes tampoco; el sueldo me viene largo. Ya tendrás tiempo de devolvérmelo.

—Y yo, ¿dónde...?

—Mañana, al amanecer, tomarás el avión para Washington a arreglar tu retiro del ejército. Yo me quedaré aquí un día más, junto a tu madre, consolándola. Y pasado mañana iré a buscarte al Major Hotel. Arreglaré todo el papeleo para tu ingreso en la Academia. ¿De acuerdo?

—De acuerdo, Tucker.

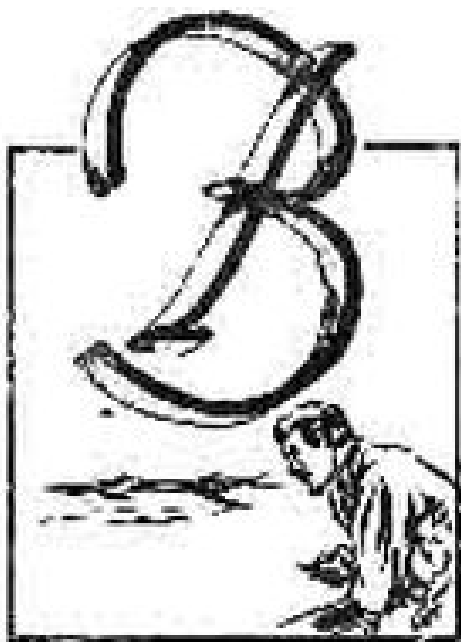
Los dos hombres, ligados por el cariño a un muerto, se estrecharon las manos, firmando un pacto de ayuda mutua.

En el futuro, el inspector del FBI Robert Tucker y el capitán piloto Brand se llevarían como verdaderos hermanos, formando una alianza irrompible: la experiencia y la reflexión, unidas a la audacia y el valor.

Y perdida en el vasto bosque de edificios que forman Nueva York, una anciana lloraba a aquellas horas por la muerte de un hijo y la ausencia del otro. Sólo Dios sería capaz de mitigar su dolor.

II

EN LA ACADEMIA DEL FBI



AJO la luz naciente de espléndido sol virgiliano, los aspirantes a agentes especiales del FBI corrían hacia la nave de duchas, sudorosos sus cuerpos fatigados por la dura sesión de ejercicios gimnásticos. Aquellos futuros servidores de la ley eran todos muy altos, de músculos acerados bajo las camisetas de deporte, y los rostros enérgicos y alegres a la vez, con esa alegría que da la juventud y el ansia de introducirse en una vida cuajada de aventuras peligrosas.

Sólo el más rezagado de ellos, por marchar a paso corriente, mostraba en su semblante una expresión seria, casi dura, como de

hombre corroído interiormente por perturbadoras preocupaciones. Era Ray Brand, el joven que ingresó en la Academia del FBI, en Quántico, no como un aficionado al deporte de la caza de delincuentes sino con la dolorosa e ingrata tarea de cumplir una misión vengadora.

Calmosamente se frotó la morena piel desnuda al recibir los fríos dardos de la ducha; luego se peinó el negro y ondulado cabello con suma indiferencia, y con la mayor calma se puso el pantalón y camisa que le dieron al entrar en la Academia.

Llegó el último al comedor, donde ya sus compañeros de promoción comenzaban a devorar el sustancioso desayuno, manteniendo una conversación en tono correcto, pero salpicada de risas, chistes y buen humor.

Silenciosamente, haciendo caso omiso de sus camaradas, Ray se tomó el desayuno; los demás le miraban de reojo, con no mucha simpatía. Aquella actitud reservada de ninguna forma podía agradarles; lo achacaban a estúpida vanidad y soberbia.

Dos horas más tarde, cuando los aspirantes salían de la clase de Derecho Penal, con los cuadernos de apuntes debajo del brazo, cambiando impresiones mientras caminaban a lo largo del corredor, un ordenanza se acercó a Ray Brand, indicándole que el inspector Tucker le llamaba a su despacho.

El inspector Tucker, siempre manteniendo su simpática cordialidad, indicó al joven su asiento, a la vez que le ofrecía un cigarrillo, tras comprobar que la puerta había sido bien cerrada.

—Ray, voy a ser franco contigo. Estoy bastante descontento de tu conducta —y como el joven le mirase extrañado, aclaró—: No, no me refiero a tu disciplina ni a tu puntuación en las clases. Me llena de orgullo oír comentar a los instructores y profesores que eres el primero en todo. Sobre este particular, estoy más que satisfecho. Me refiero únicamente a tus relaciones con los compañeros. Llevas bastantes días aquí, y he observado que te mantienes aparte, siempre solo, estudiando, sin alternar con ellos, sin conseguir un solo amigo. He oído rumores de que no les eres simpático, y esto, querido Ray, significa faltar a uno de los artículos de la Academia. La camaradería es el factor más importante para el FBI. La unión significa fuerza, significa el éxito de nuestro Cuerpo. ¿Por qué te comportas así, Ray? ¿Qué te sucede?

Brand repuso en un tono algo violento, que contrastaba desagradablemente con el empleado por el cariñoso inspector:

—¿Cree usted que tengo motivos para reír, perdiendo aquí el tiempo entre cuatro paredes, con una disciplina de cuartel, cuando tenía que estar buscando al culpable de la muerte de mi hermano? ¿Piensa usted que yo soy como éstos —y matizó esta última palabra despectivamente—, que han entrado aquí como quien ingresa en un club deportivo? ¡Yo no puedo ser como ellos, ni tengo ganas de reír! ¡A mí me importa poco la persecución de criminales, ni deseo pertenecer a la Policía!, mientras no se metan conmigo, ¿a mí qué me importan los demás? Si estoy aquí es para ser un pistolero amparado por la Ley.

Y no había terminado de hablar cuando el inspector Tucker, perdiendo su habitual bondad, se levantó del sillón y abofeteó por dos veces al blasfemo, al negador de los sagrados principios del FBI. Brand, lívido, surcadas sus mejillas por ráfagas rojizas, se agarraba fuertemente las manos, emblanqueciéndose la piel de sus nudillos. En los labios no tenía el cigarrillo, tirado un momento antes; había en ellos una crispación furiosa. Parecía presto a repeler la agresión; pero algo debió de introducirse en su mente, y ese algo sólo podía ser el respeto a que era merecedor el hombre que quiso salvar a su hermano Alfred.

—No vuelva a hacerlo, Tucker; le mataría —aseguró Ray, con voz ronca, respirando dificultosamente.

El inspector, arrepentido de lo hecho, no por miedo a la amenaza, sino a causa del infamante castigo, contraviniendo al reglamento de la Academia, dijo, con pesar, volviendo a ser el de siempre:

—Perdona, hijo. Me volviste loco al hablar así. Y de todas formas, creo que ha sido mejor. Mi obligación era y es abrirte un expediente y expulsarte de la Academia, por esas palabras tuyas que reflejan los más ruines pensamientos. Te he pegado como podía haberlo hecho con un hijo mío que hubiese blasfemado, porque no quiero que te expulsen del Cuerpo y te lances sólo a una aventura cuyo final sería la muerte o la prisión.

Y haciendo una pausa, a la vez que dirigía la mirada a una pequeña caja de cristal que había sobre la mesa, comentó:

—¿Ves ese cigarrillo apagado? Es el último que fumó tu

hermano, sentado en la silla eléctrica. Lo guardo como sagrado recuerdo a una amistad eterna. Si ese cigarrillo no levanta ecos en tu corazón de hermano, márchate ahora mismo de aquí. ¡No quiero traidores al deber de la sangre!

Y había tanta pena en las pupilas de Tucker, y era tan emotivo el símbolo presentado, que Brand, conmovido, dijo humildemente:

—Perdóneme. Mía es la culpa. En adelante seré otro. Haré lo que usted desee.

—Gracias, Ray. Confío en tu palabra. Deseo que seas el mejor de la promoción. No basta con ser el primero en las clases: es necesario que arraigue en ti el espíritu de sacrificio del FBI. Y has de comenzar por atraer a tus compañeros y compartir con ellos sus alegrías y sus tristezas. ¿Quién sabe si el día de mañana alguno de ellos te salvará la vida en una emboscada? ¿Qué pasa entre el alumno Bugs y tú?

—Nada; cosas sin importancia.

—Me enteré ayer tarde de que tuvisteis un altercado.

—Sí, pero sin consecuencias. Estaban ellos jugando al *baseball*, y yo estudiando junto al campo. Me dio un pelotazo a propósito. Le llamé la atención y me contestó bruscamente. No quise empeorar la situación y me retiré.

—Bugs es un buen muchacho, pero es demasiado impulsivo, demasiado juvenil. Le gusta la broma, y... ¡cuestión de carácter! Me agradaría que fueseis amigos, porque vale mucho.

—Lo intentaré —concedió Ray.

En aquel momento se oyó sonar un timbre en el pasillo. El joven, poniéndose en pie, indicó:

—Va a comenzar la clase de espionaje; me voy.

—Hasta luego, muchacho. Confío en ti.

Se estrecharon la mano. El joven avanzó presurosamente por pasillos y más pasillos, hasta entrar en un aula, donde comenzaban a sentarse los aspirantes a agentes especiales. Allí estaba Bugs, charlando en voz baja con un compañero. Tendría unos veintisiete años, extremadamente corpulento, y los azules ojos y el dorado cabello le conferían un aspecto infantil, incrementado por su continua sonrisa. Representaba al típico muchacho norteamericano, fornido, deportista, de reacciones simples, sin sentimientos retorcidos.

El profesor ordenó silencio, comenzando después a desarrollar la lección de turno:

—Señores aspirantes: hoy les hablaré de las cualidades indispensables que ha de poseer un espía. Comprendo que ustedes estarán impacientes por conocer el mecanismo de los mensajes cifrados, las características de las tintas invisibles, las claves radiofónicas y otros múltiples medios que pueden emplearse para notificar al alto mando secretos de vital importancia para nuestra nación. Pero yo, modestamente, basándome en múltiples experiencias propias, defiende la tesis de que todo el progreso científico estará siempre a más bajo nivel que la inteligencia. Si el espía es inteligente, audaz, de intuición rápida, domador de sus nervios, conseguirá el dato buscado, y logrará transmitirlo a la Central de una forma u otra, haciendo uso del ingenio. Vale más un cerebro humano que todas las máquinas inventadas. Y como prueba, les contaré algo que me sucedió en la guerra del catorce, estando yo en el campo alemán...

Y durante una hora, el profesor estuvo explicando la sugestiva lección, manteniendo absortos a los alumnos. Todos le miraban como si fuera un superhombre; en realidad, era un veterano espía, incorporado al FBI para enseñar a las nuevas promociones los mil trucos que conocía de la profesión más peligrosa: el espionaje.

Serían las once de la mañana cuando los alumnos penetraban en la sala de tiro. El armero fue entregándoles revólveres del calibre 43[1], con la pistolera correspondiente. A petición especial, Ray recibió una sobaquera. Recordaba la pasada costumbre de los gánsteres de Al Capone, y la prefería, porque así conseguía una mayor velocidad al «sacar».

Después de ajustarse la sobaquera al hombro izquierdo, con el arma ya enfundada, se detuvo en observar la puntería de un compañero —elegido primeramente por el instructor de tiro para llegar a una eliminatoria.

Estaba situado a bastante distancia de una silueta humana compuesta por varias placas metálicas que se hundían levemente al recibir el impacto, encendiéndose en la parte superior una bombillita de un color determinado, según la zona del cuerpo tocada por el proyectil. El color rojo correspondía a la cabeza, el azul al corazón, el verde al pecho; y cuando la bala tocaba una

parte inferior a la línea correspondiente al diafragma, no se encendía ninguna bombilla.

En clases anteriores, el instructor les había hablado de que las heridas en el vientre nunca producen la muerte instantánea, y hasta las perforaciones de estómago curaban en muchos casos. Asimismo, les recomendaba el uso del revólver, por su mayor seguridad y contundencia del proyectil que derribaba a un hombre, aunque le tocara en una pierna. Fuera de la Germán Luger, otras armas automáticas presentaban la probabilidad de encasquillarse en momentos peligrosos, de vida o muerte.

Realizada la primera eliminatoria, quedaron empatados en puntería Ray y Bugs, según indicaban los tanteadores manejados por el ayudante del instructor. En la espaciosa y cerrada sala de tiro nació una gran expectación cuando el instructor, ignorante de la rivalidad entre los campeones, propuso una competición entre ellos dos, cotizándose la velocidad en «sacar», además de la puntería.

Situados frente a sendas metálicas siluetas humanas, a buena distancia, Brand y Bugs esperaban la orden de actuar. El primero habíase mantenido en su preferencia por enfundar el revólver en la sobaquera; su rival escogía la costumbre del Cuerpo: enfundar el arma en la pistolera cogida al costado derecho.

Los aspirantes a agentes especiales, sintiendo antipatía hacia el adusto compañero, ansiaban la victoria del cordial y bromista Bugs.

El par de tiradores aguardaban muy juntos. Podía apreciarse la diferencia de sus contexturas. Ray era tan alto como Bugs, pero menos corpulento, más esbelto, y de sus expresiones se deducía el abismo que mediaba entre sus psicologías; Bugs sonreía y miraba de reojo a su contrincante, dándole por vencido. Ray, serio, reconcentraba la vista en la bombillita amarilla que se distinguía sobre el blanco.

El inspector ultimó los dispositivos del cronómetro en combinación con el aparato automático que daría las órdenes de hacer fuego. Regresó, colocándose a la izquierda de los rivales.

Los presentes sintieron la emoción del instante, igual que se siente en las cacerías al esperar la pieza.

Súbita y sincrónicamente las dos bombillitas amarillas relampaguearon. Las manos volaron hacia los Colts y cuando Bugs llegó a hacer fuego, ya se había encendido la señal roja en la silueta

destinada a Ray; éste había acertado en la cabeza. Su victoria era innegable: vencía en velocidad y puntería. Su contrincante había hecho blanco, encendiéndose la bombilla azul, índice de haber acertado en el pecho: mas en el tanteo, el disparo a la cabeza obtenía mejor puntuación.

Y por otras dos veces Brand demostró una gran superioridad sobre su contrincante. Los demás alumnos se hallaban contrariados cuando el instructor felicitó al vencedor.

Después del corto descanso que les permitían tras la comida, sonaron los timbres: iban a comenzar las clases de idiomas. Ray, durante su estancia en Tokio, había preocupado de estudiar el japonés, y ahora, en la Academia, servía de ayudante al profesor del difícil idioma. Luego, en horas posteriores, recibía lecciones de francés y alemán.

Y esta incorporación accidental al profesorado de la Escuela le concedió el privilegio de tener una alcoba aislada, aparte del vasto dormitorio de los alumnos.

Aquella noche se hallaba en su habitación, después de cenar, estudiando los diferentes apuntes hechos en las clases: en su mente se iban grabando las diferencias entre una huella y otra, según las clasificaciones de los técnicos del FBI.

Serían ya las dos de la madrugada cuando se acostó. Los ejercicios gimnásticos y el agotador estudio le sumergieron prontamente en un profundo sueño.

Del mar de inconsciencia le sacó una causa extraña. Abrió los ojos, intranquilo, y con sorpresa vio que voraces llamas rodeaban su lecho, a punto de abrasarle. ¡La Academia estaba ardiendo! Muros de llamas le amenazaban. Desesperadamente saltó en pijama de la cama y se lanzó contra el fuego, en busca de la puerta de salida, de la salvación. Había atravesado la cortina ígnea cuando se encontró con una gran sorpresa. ¡La Academia no estaba incendiada! ¡Ni siquiera su dormitorio! Las llamas eran producidas por unos simples algodones, empapados en gasolina u otro combustible.

Le fue fácil deducir que aquello era obra de sus compañeros: una broma de mal gusto, pues la angustia primera aún lo tenía sobrecogido. En el resto del edificio no se oía el más leve rumor de alarma. Sus camaradas estarían riéndose de él, en especial Bugs, resentido por su derrota en la sala de tiro.

Una rabia sorda apoderóse de Brand. Durante un momento pensó denunciar el caso al director de la Escuela; mas enseguida, su carácter se impuso y dejó para otra ocasión la venganza de tal burla.

A duras penas consiguió apagar los inflamados algodones; los chamuscados restos fueron arrojados por la ventana, no dejando huellas de lo ocurrido en la alcoba.

Al dormirse nuevamente, en su cerebro anidaba rencorosamente la idea de devolver la pasada broma a Bugs, haciéndole pasar un mal rato a la primera ocasión.

Ésta llegó al día siguiente, en la clase de gimnasia. Ray había notado las risitas conejunas de los compañeros al verle. El propio Bugs no disimulaba su dirección en la treta nocturna, una vez seguro de que Brand no le denunciaría. Y entonces fue cuando el instructor, hablando sobre el ataque y la defensa en la lucha cuerpo a cuerpo, planteó la cuestión de la supuesta superioridad del boxeo sobre el «jiujitsu».

Todos los alumnos defendían la tesis de que el boxeo daba más resultado. Entre ellos Bugs. Y éste fue el motivo de que Ray viera la ocasión de la revancha. Ante el asombro de sus compañeros, afirmó enérgicamente:

—Señor instructor, defiendo el «jiujitsu», y estoy dispuesto a demostrarlo, si alguno se atreve a llevarme la contraria.

Al decir esto miraba desafiadoramente a Bugs, quien recogiendo el reto, por confiar mucho en la contundencia de sus puños, repuso:

—Yo mismo demostraré que el boxeo es superior a la lucha japonesa.

Pronto dejaron libre un espacio cuadrangular teniendo por lona el puro suelo. El instructor observaba a Ray con preocupación, compadeciéndole anticipadamente, al contemplar la magnífica musculatura del hercúleo Bugs, que en aquellos momentos estaba colocándose los guantes de seis onzas. Era un amante del deporte, y su rostro lo reflejaba en una expresión vivaz, saboreando por anticipado el triunfo.

Situáronse ambos contendientes frente a frente. El instructor, cronómetro en mano, dio orden de comenzar.

Bugs daba saltitos, puesto en guardia, girando alrededor de su adversario, esquivando un posible abrazo de «jiujitsu». Brand le

seguía, inclinado hacia adelante, las manos extendidas al frente, dispuestas a hacer presa. Y justamente cuando el otro le amenazaba con un directo a la cara, se echó atrás, sacudiéndole a la vez un puntapié a la ingle que hizo tambalearse a Bugs. El dolor de éste tenía que ser horrible, pues dejó de bailar y en sus ojos apareció un velo sangriento.

El combate empezaba ahora realmente. Ray giraba hacia la derecha, y en un descuido, al esquivar un golpe al estómago, recibió un izquierdazo en la boca que le hizo sangrar por los labios. Instintivamente respondió con un golpe de mano abierta, arrancando al adversario una tira de piel de la nariz. A Bugs se le saltaron las lágrimas.

Recrudecíase la pelea, haciéndose cada vez más enconada. Golpes, amagos, tretas, directos, paradas, contragolpes, interrumpidos por el final del asalto. El propio instructor se cuidó de lavarle la cara a Ray mientras Bugs era cuidado por sus compañeros, que le animaban calurosamente. Éste llevaba toda la ventaja psicológica. Su contrario se hallaba solo.

De nuevo enfrentados, Ray levantó la mano derecha. Bugs descompuso la guardia de su izquierda para cubrirse la nuca, y a continuación se retorció por el suelo, al encajar un demoledor golpe a las costillas que le cortó el resuello.

El instructor llegaba a contar seis cuando el caído se levantó furioso y, atacando en tromba, consiguió alcanzar a Ray con un puñetazo a la mandíbula, haciéndole arrodillarse. Éste sacudió la cabeza, arrojando el letargo que comenzaba a invadirle, y desde el suelo, en un salto increíble, cruzo como una exhalación junto a Bugs, agarrándole una muñeca. Fue visto y no visto. Una poderosa contracción del torso, un enarcamiento de bíceps, y Bugs fue volteado vertiginosamente, siendo estrellado continuamente contra el suelo. Inerte, sin sentido, permaneció por más de la cuenta. Se lo tuvieron que llevar entre cuatro hombres.

En pie, jadeante, permaneció Ray, aún con los dedos tensos. Al escuchar las palabras de felicitación del instructor, repuso:

—No, no defiendo al «jiujitsu». Bugs ha boxeado mal, sin astucia. Mi opinión es que una persona que domine el boxeo y el «jiujitsu» es invencible en toda clase de luchas, aunque se encuentre sin armas.

—Pues usted también domina el boxeo.

—Y gracias a él pude derrotar en Tokio a un profesor de «jiujitsu». La astucia vale más que la fuerza.

Los compañeros se habían acercado y le escuchaban absortos. Aquella victoria les hacía comprender que el solitario aspirante a agente especial no era solamente un buen estudiante, sino que poseía unos músculos de acero y un perfecto conocimiento de la lucha. A partir de entonces, todos se las ingeniaban para conseguir su amistad.

El agua de la ducha renovó las energías de Brand, y al rato, cuando desayunaba en el gran comedor, observó que su rival Bugs se encontraba allí comiendo con gran apetito y dirigiéndole a hurtadillas miradas rencorosas. Ray se sonrió para sus adentros; le importaba bien poco la estimación de sus compañeros. Lo que él deseaba era salir de la Academia cuanto antes y abandonar aquellos duros días sobrecargados de clases que le absorbían todas las horas.

Terminaba de fumarse un cigarrillo cuando sonaron los timbres: la clase de prácticas policiacas les esperaba. Casi con alegría se dirigió el joven al aula; el profesor de esta asignatura era su amigo, el inspector Tucker, hombre que demostraba poseer un perfecto conocimiento de la técnica de los criminales.

Efectivamente: el inspector Tucker, amable como siempre, recibía a los alumnos, que llevaban un carnet de apuntes y una estilográfica. La lección estaba preparada. Consistía en una alcoba y en una mesa escritorio; caído de bruces se hallaba el cadáver de un hombre. En la mano derecha tenía una Browning. El teléfono aparecía colgado. Los restantes muebles aparecían en orden.

El inspector Tucker especificó:

—Un policía de la patrulla acaba de notificar que aquí, en la habitación de un hotel, se había cometido un asesinato. Hemos venido en busca de datos para descubrir al culpable. Imagínense que ya se han tomado las fotografías oportunas por el técnico correspondiente, como también las huellas. Empiece el primero de la lista.

Todos los alumnos estaban ya tomando notas referentes a su opinión sobre los múltiples detalles que se observaban y que podrían conducir a un esclarecimiento del crimen. Un alumno se acercó al cadáver y diestramente le registró los bolsillos. No había

nada en ellos.

Y entonces, al mover el inanimado cuerpo, se comprobó que no era un cadáver, sino un maniquí que se usaba en la Academia como víctima.

El alumno vio en la muñeca del supuesto asesinado un reloj. Dijo en voz alta, con el fin de que sus compañeros tomaran la debida nota:

—Tiene un reloj de pulsera, de oro, buena marca. Está funcionando.

Y tomando la Browning sacó el cargador, mirando y oliendo el cañón, tras haber contado las balas. Declaró:

—Este arma huele a pólvora quemada; ha sido disparada hace algún tiempo. Le falta una bala. Hay una cápsula tirada en la alfombra.

Con cuidado volvió boca arriba al maniquí. Debajo de la solapa se veía un manchón oscuro, de tejido chamuscado.

—Observamos que el disparo ha sido hecho a muy corta distancia, recibiendo el proyectil en el lugar del corazón. Herida mortal. Esto es todo.

Entonces intervino el inspector Tucker:

—Señores, tienen cinco minutos para hacer más indagaciones en esta habitación y sacar una conclusión sobre este homicidio.

Como sabuesos, los alumnos se lanzaron en busca de detalles, escudriñando muebles y rincones. Bugs fue el primero en llegar al cadáver, desabrochándole el chaleco y la camisa. En tanto, sin perderle de vista en sus maniobras, Ray, a su lado, examinaba las manos del muerto y su ropa. Le brillaron los ojos al advertir un cabello enroscado a uno de los botones de la bocamanga. Disimuladamente, lo guardó.

En el pecho del maniquí se veían tres orificios hechos por bala. Uno correspondía al abierto en la ropa.

—Han pasado los cinco minutos, señores. Comiencen a darme sus impresiones.

Todos estuvieron de acuerdo en que se trataba de un suicidio, a juzgar por la postura del muerto sentado en el sillón, y la muestra del tejido al recibir el fogonazo. Bugs y Brand disintieron, afirmando el primero:

—No se trata de un suicidio, sino de un asesinato. En el pecho

del cadáver aparecen otros dos orificios, y como en la ropa no aparecen, es señal de que ha sido vestido con otro traje después de muerto, disparándosele entonces con la Browning a quemarropa, para hacer creer a la Policía que se trataba de un suicidio. Cuando se examinen en el laboratorio de balística los tres proyectiles, espero que se prueben mis afirmaciones. Este hombre ha sido asesinado cuando estaba aquí sentado, escribiendo, cogido de improviso por el criminal.

Brand intervino:

—Estoy en parte de acuerdo con el señor Bugs. Este hombre ha sido asesinado por dos disparos de revólver de gran calibre, a juzgar por los tres grandes boquetes que le horadan el pecho; y ha sido cambiado de ropa, disparándosele a continuación con la Browning cuando ya estaba muerto. Pero mi opinión es que este hombre no ha sido asesinado en esta habitación, ni vestido aquí.

Los alumnos le escuchaban atentamente, y hasta el propio Tucker, con una sonrisa de satisfacción, escuchaba a su apadrinado. Le animó:

—Desarrolle su idea, señor Brand.

—En primer lugar, a pesar de estar sobre la mesa, no aparece sangre en el tablero. El último proyectil lo recibió cuando tenía ya la sangre coagulada. Las ropas le vienen demasiado holgadas. El asesino le puso unas suyas; las que tenía más a mano. Y como prueba, vean que han sido arrancadas las etiquetas del sastre. La pulsera del reloj le está también muy holgada, pese a que la hebilla coge el último agujero. Si le cambiaron el reloj fue porque el de la víctima se rompió al caer muerto, y marcaría una hora determinada: la del asesinato.

—¿Nada más, señor Brand? —preguntó el inspector socarronamente.

—Hay algo más, y de importancia. He encontrado este cabello cogido a uno de los botones de la bocamanga: señal de que el cuerpo fue transportado a hombros y al dejarlo en ese sillón, el brazo cayó pesadamente, rozando la cabeza del asesino. Este cabello llevado a los laboratorios nos indicará su color exacto, por la escala graduada. Colocado en la máquina seccionadora, al microscopio, sabremos la estructura de sus células. El micrómetro nos dará el diámetro. Y con estos datos sabremos el origen racial, la

edad aproximada, la pigmentación, si es varón o hembra y el peso. Y entonces podrían comenzarse las indagaciones teniendo en cuenta además el resultado de las huellas.

—¿Qué clase de indagaciones? —preguntó Tucker.

—Pues no esperaría a saber esos datos, sino que al suponer que esto era un hotel, ordenaría ahora mismo que fuesen detenidos aquellos huéspedes que pretendiesen salir. Me procuraría una relación de viajeros y registraría todos los cuartos. Creo que encontraría alguna pista.

—Suponiendo que ese cabello no fuese de un bedel al que acabo de arrancárselo, toda su teoría está bastante bien, señor Brand. Le felicito de corazón. Y ahora pueden retirarse; por hoy hemos terminado.

Y al felicitarle, el inspector Tucker no podía ocultar su satisfacción.

Pasaron los días, las semanas y hasta los meses, y los aspirantes a agentes especiales del FBI continuaban su duro régimen de vida, en constante actividad, tanto mental como física. Todos habían cambiado. Ya no eran los bisoños alumnos, deseosos de bromas, sino que se habían convertido en hombres disciplinados, fuertes, capacitados para actuar frente a las mentes astutas de los criminales.

Ray Brand era el ídolo y sus compañeros le admiraban y respetaban, deseando su amistad. El propio Bugs había olvidado sus antiguas pullas, reconociendo en Brand una superioridad manifiesta. Pero entre ellos dos se levantaba una cortina helada: ambos habían nacido para mandar, y les repugnaba someterse a otra persona.

Aquella mañana, a la luz del alba, los alumnos nadaban vigorosamente en las aguas del río Potomac, siguiendo al profesor de natación. Iban vestidos como si se hubiesen tenido que tirar al agua precipitadamente, y las ropas y calzado les embarazaban en los movimientos. Era un ejercicio durísimo, aumentando al tener que luchar con la corriente, tras varias millas de recorrido.

Alcanzaron la orilla, y de buena gana se hubieran tumbado a descansar, pero el instructor ordenó iniciar una carrera gimnástica. Cuando llegaron a la Academia, dejando a un lado los grandes edificios de la Escuela de la Marina, todos jadeaban por el esfuerzo

realizado y no notaban la humedad del traje.

Una ducha bien fría, un sustancioso desayuno, y de nuevo a las clases. Les correspondía a las nueve de la mañana la nueva modalidad de tiro. Habían practicado en los primeros tiempos los tiros sobre siluetas, fijas y móviles, con ambas manos, y el tiroteo desde un automóvil a toda marcha contra otro vehículo imaginariamente repleto de gánsteres armados de ametralladoras.

Entraron en una sala especial. Estaban casi a oscuras, y en la pared frontal se veía la blanca pantalla de un cinematógrafo. El instructor ordenó a uno de los alumnos que se destacase. Apretó un botón y al momento se vio proyectada sobre la pantalla una película. Era una calle de un barrio extremo, a horas del atardecer, con muy poco tránsito. Súbitamente, un hombre apareció por una esquina, haciendo fuego hacia los espectadores, dando un salto a continuación y desapareciendo tras un automóvil. Cuando el alumno quiso «sacar» para repeler la agresión, ya era tarde.

La proyección continuaba. Un sedán, último modelo, cruzó por una calle transversal, y de sus ventanillas brotaron llamas, oyéndose el crepitar de varias ametralladoras. El alumno hizo fuego, hasta descargar el tambor.

Se encendieron las luces en la sala. El instructor se acercó a la horadada pantalla. Allí aparecían los orificios de las balas disparadas por el aspirante a agente especial. Ninguna había acertado en un manchón pintado a lápiz y que correspondía al lugar exacto donde apareció proyectado el coche agresor.

Un segundo alumno ocupó la plaza del tirador. Y otra película diferente fue proyectada. Y así, uno tras otro, fueron probados y ejercitados los alumnos en la difícil tarea, que ahora parecía cosa de juego, pero que, una vez incorporados al FBI, les sería sumamente útil al enfrentarse con desalmados forajidos.

Antes de comer, estuvieron una hora en la sala de estaciones emisoras y receptoras, practicando con las enrevesadas máquinas de transmisiones.

Se hallaban por la tarde en la clase de tóxicos, estudiando sus características y efectos, cuando un bedel iba llamando uno por uno a los alumnos, espaciadamente. Todos estaban extrañados, pues no sabían a qué se debían aquellas llamadas misteriosas.

Le correspondió por fin a Ray. Seguía al bedel, intranquilo,

creyendo que se les llamaba a la Dirección por algo muy importante, pues el curso estaba próximo a terminar. Lo extraño era que los alumnos no regresaban a la clase de tóxicos.

Inesperadamente, el bedel se detuvo ante la puerta del despacho de uno de los profesores y le indicó que pasase. El joven traspuso el umbral y se encontró perplejo. Frente a él, sentados, se hallaba el director de la Academia, el inspector Tucker, un desconocido y el profesor de la asignatura Arte del fingimiento. Éste se adelantó y dijo a Ray con voz inexpresiva, sin ningún preámbulo:

—Usted ha logrado introducirse en una banda de gánsteres, fingiendo ser uno de ellos, y el *boss*[2] le ha llamado a su habitación.

Y sin decir más, el profesor retrocedió, indicando al desconocido caballero que podía actuar. Éste comenzó a increparle bruscamente:

—Ésas tenemos, ¿eh? Creías poder engañarme. No sabes que a los traidores se les paga en plomo. Te quedan unos minutos de vida, y será mejor que hables, si no quieres irte al otro barrio con los huesos molidos.

La fulminante acusación había paralizado a Ray, pero enseguida se dio cuenta de que era un examen, y entonces recordó las lecciones recibidas durante el curso. Reaccionando prontamente, adopto un aire burlón:

—¿De qué me estás hablando, boss? Creo que se te ha subido el alcohol a la «chimenea».

Y con toda parsimonia, dueño de sus nervios, Brand sentóse tranquilamente en una esquina de la mesa, y con gran desfachatez le quitó al desconocido el habano que asomaba por el bolsillo superior de la americana.

Los profesores hacían esfuerzos desesperados para no soltar la carcajada ante la desenvoltura cínica del alumno. Éste ya encendía el aromático cigarro y miraba al desconcertado desconocido con ironía.

—¡Bájate de ahí! Y escucha bien, porque se trata de tu sentencia de muerte.

Sin hacer caso de la indicación, Ray siguió el juego:

—Mal asunto cuando una persona empieza a perder los «estribos». Habla claro, tranquilito y en voz baja. Te aseguro que no estoy sordo. ¿De qué me acusas?

—Sabemos que perteneces a ese maldito FBI.

—¿Quién te ha contado esa historieta infantil? Toma amoníaco para que se te pase la mona, boss.

—En tu cuarto del hotel tenías esta carta. ¿Sabes lo que dice?

—No sé leer; solamente escribir con el «ukelele»[3] cuando alguno se pone pesado —repuso Ray, calmosamente, echando una bocanada de azulado humo al aire, intentando ganar tiempo para pensar una coartada razonable.

—Demuestra este papel que recibes órdenes del FBI. Entraste en la banda para espiarme.

—¿Cómo sabes que es del FBI? ¿Lleva el membrete de la «docta corporación»? —interrogó el joven burlonamente.

—No, no lo lleva; pero este papel te delata. Y ahora mismo voy a llamar a los muchachos para que te...

—¡Quieto ahí! —ordenó secamente Ray, llevándose la mano a la axila, en un relámpago, y haciendo como que apuntaba con un arma al supuesto jefe—. No hagas tonterías, boss, porque te dejo clavado en el sitio. Si han encontrado ese papel en mi habitación, eso no significa nada. ¿Me crees tan tonto que iba a guardar un documento identificador? Pide referencias mías a Chicago y allí te dirán quién es el Elegante. He dado golpes mejores que los tuyos, y si ahora estoy en Nueva York es para que me olvide la bofia de allí. Y en cuanto a ese papel, vamos a interrogar al que lo ha encontrado. Tú sabes que algunos de los tuyos me tienen envidia, porque me consideras. La otra noche me dispararon a traición y casi me quitan de la «circulación». Y ahora es el momento de aclararlo todo.

El desconocido, maravillado ante el cinismo de Ray, se levantó y estrechó la mano del alumno, diciéndole:

—Muy bien, muchacho. ¡Así se finge! Un veterano no lo habría hecho mejor. Le felicito a usted y a su profesor.

Entonces, el director de la Academia avanzó unos pasos y presentó al desconocido como alto jefe del Estado Mayor del FBI, de Washington, en viaje de inspección.

Tucker no cabía en sí de gozo, y palmoteo jovialmente la fuerte espalda de su protegido.

Cuando Ray salió del despacho, acompañado del bedel, tenía la seguridad de que los exámenes finales estaban ganados. Y ya en el

pasillo se dio cuenta de que a causa de la emoción había olvidado disculparse por lo del habano. Como no era cuestión de regresar al despacho, optó por darle una buena chupada al cigarro, símbolo de su victoria.

Era una noche cerrada la elegida para las últimas prácticas de aviación. Antes de salir del aeródromo de Quántico, el profesor piloto les había dado las instrucciones pertinentes, siendo una de ellas que aterrizasen en un campo llano y sin cultivo que se extendía a varias millas de Bristersburg. La aviación no tenía secretos para Brand, experimentado capitán piloto, y fue el primero en llegar a la meta señalada, aterrizando con su monoplano a la luz de una bengala que acababa de arrojar.

Hizo la maniobra a la perfección, y entonces comprobó que se hallaba solo en la inmensidad de la campiña. Había llegado el primero, adelantándose al propio profesor. Éste llegó después, seguido al rato de los restantes aparatos, pilotados por los alumnos.

Al pasar lista, pronto echaron de menos a Bugs.

Algo le había ocurrido. Estaban impacientes, cuando vieron con alegría que en la oscuridad del cielo se encendía una bengala cayendo lentamente al retenerla el pequeño paracaídas. El ruido de un motor sonó rugiendo, y luego se desvaneció bruscamente. El aparato de Bugs comenzaba a planear para el aterrizaje.

Una nueva bengala, y a su luz la severa silueta del monoplano se recortó avanzando velozmente, y cuando sus ruedas rozaron la tierra, una falsa maniobra provocó que el aparato hincase la cabeza, dando dos volteretas. Los espectadores del desgraciado accidente vieron con horror las nacientes llamas: el depósito de gasolina se había incendiado al choque.

Corrieron angustiados hacia la ardiente nave y cuando llegaron al círculo impresionante de luz producida por las llamas, todos se cohibieron; hasta el mismo profesor. Acercarse a salvar al piloto sería ir en busca de la muerte. No tenían el equipo de salvamento, ni extintores, ni nada. Se miraban unos a otros, demudados sus rostros al resplandor rojizo del incendio, pero ninguno daba un paso adelante.

—¡Pronto! ¡Dejadme una chaqueta!

Era la enérgica voz de Ray Brand, decidido a arriesgar la vida para salvar al hombre que le había hecho pasar malos ratos en la

Academia, el mismo que le gastó la broma de encender algodones impregnados en gasolina alrededor de su cama.

En un santiamén, cubierta la cabeza con una chaqueta de cuero, Ray corrió hacia el aparato, adentrándose en las llamas temerariamente. Los demás contemplaban el heroico acto con admiración, enmudecidos, avergonzados de la cobardía que paralizaba la nobleza de sus sentimientos.

Pasaron los segundos con una terrible lentitud. Al fin apareció Ray, tambaleándose, con un cuerpo inerte al hombro. Las ropas de los dos comenzaban a arder. Salieron a su encuentro, recogieron la inanimada carga, y a ambos les desgarraron las incendiadas ropas, dejándoles desnudos. Bugs, perdido el conocimiento al chocar su aparato, tenía chamuscado el cabello y quemada la frente. Por fortuna, Brand había salvado la cabeza, cubierta con la chaqueta, y sólo en un brazo le había mordido el fuego.

Les curaron con lo llevado en los botiquines, y unos tragos de *whisky* reanimaron a Ray en cuanto estuvo vestido con prendas de unos y otros.

Bugs no recobraba el conocimiento, pese a todos los esfuerzos, tal vez debido a una conmoción cerebral. Era necesario conducirlo urgentemente a la Academia. El profesor se encargó de llevarle en el asiento posterior de su aparato. Ray, rechazando los cuidados de sus compañeros, puso en marcha el motor del avión. Poco después zumbaban en el cielo, como abejorros metálicos, los diminutos reyes del espacio.

Al día siguiente, los alumnos estaban preocupados por la suerte de Bugs. Se tenían noticias de que no recobraba el conocimiento. El médico de la Academia le atendía, y afirmaba que los rayos X no acusaban fractura craneal.

Salía Ray de la clase de falsificaciones cuando recibió recado de que Bugs había recobrado los sentidos y deseaba verle. El herido le esperaba, acostado, en una salita aparte. Sus antiguos ojos, siempre sonrientes, ahora aparecían tristes, con expresión de fatiga. Se le animaron al ver entrar a su rival en las clases. Débilmente saludó:

—Hola, Brand. Me alegra que hayas venido. Deseaba darte las gracias por salvarme la vida. Me han contado lo sucedido.

Ray, emocionado, se acercó al lecho, respondiendo:

—No tiene importancia, Bugs. Lo interesante es que te cures

pronto, antes de los exámenes, y vuelvas a ser el de antes.

—No, no seré como antes. Estaba equivocado. Tienes que perdonarme.

—Vamos, Bugs, olvida todo. ¿Quién sabe si mañana tendrás que sacarme de un apuro?

—Dios quiera que no te encuentres en apuros, pero me gustaría pagarte esta deuda —y como su voz comenzase a desfallecer, el doctor indicó con un gesto a Ray que debía retirarse, para no fatigar al enfermo.

—Adiós, Bugs. Muy pronto podré explicarte por qué picaste con el aparato. Fue un descuido, y estoy seguro de que no te volverá a ocurrir. Pilotar un avión es más fácil que conducir un automóvil.

Y llegó el ansiado día de la despedida. Los aspirantes se habían convertido en agentes especiales del FBI, después de pasar por duros exámenes. Bugs, curado de su accidente, obtuvo el número dos de la promoción; el primer puesto lo acaparó Ray Brand.

El acto de fin de curso encarnaba una gran solemnidad, palpándose materialmente la emoción que embargaba a los circunstantes. Muchas de aquellas vidas jóvenes caerían en un futuro próximo bajo el plomo de los malhechores.

El director de la Academia terminó así su discurso:

—Y por último, señores agentes especiales, os pido que grabéis con fuego en vuestro corazón nuestro lema: «Fidelidad, Bravura e Integridad». Fidelidad a los principios divinos, en primer lugar, a la madre patria y al FBI. Bravura en el ataque y en la defensa, bravura audaz, sin que llegue a locura, y sobre todo sin olvidar que el empleo de las armas ha de hacerse siempre en casos desesperados, de propia conservación. No olviden que todos somos hijos de Dios y que la vida de los criminales ha de ser respetada por nuestros revólveres. La Justicia es la única que puede quitarles la existencia para el bien de la comunidad. Y en especial, señores agentes, os pido integridad, integridad moral. Vais a penetrar en un mundo de sobornos y tentaciones. Algunos hombres os ofrecerán dinero para que encubráis sus crímenes, y algunas mujeres tratarán de fascinaros con su belleza y convertiros así en agentes renegados. Desechad las tentativas, pensad que muchos de los nuestros cayeron en actos de servicio y sería traicionar la sangre derramada, y pensad que la felicidad de un pueblo depende de vosotros, de vuestra

integridad ante todo. Más destruye a un ejército el soborno y las deserciones que el ataque abierto del enemigo.

Y entonces, mirando a Ray Brand, que figuraba en primera línea, dijo:

—Como director, estoy orgulloso de todos vosotros y en especial del señor Ray Brand, número uno de esta promoción, estudioso, capacitado y con una cualidad que vale más aún: espíritu de sacrificio. Éste es el secreto de nuestro éxito: espíritu de sacrificio. Y ahora, señores agentes especiales, a trabajar sin descanso en pro de la patria. ¡Dios sea con vosotros!

La emoción de los alumnos alcanzaba el límite al escuchar la arenga del director. Sentían como si una nueva vida se inyectase en sus venas; en aquellos instantes se propusieron ser fieles al FBI hasta la muerte.

Mientras los nuevos agentes especiales celebraban el fin de curso con gran algarabía en los salones de recreo, una interesante entrevista tenía lugar aquella misma tarde en el despacho del director de la Academia. Allí se encontraban, sentados en cómodos sillones, el director, el inspector Tucker y el agente especial Ray Brand; los tres con sendos vasos de *whisky* en la derecha y un cigarrillo en la izquierda.

El inspector Tucker acababa de exponer detalladamente al director el deseo de Ray: descubrir al hombre que mandó a Alfred Brand a la silla eléctrica. Pidiéndole seguidamente obtuviese de Washington, del Estado Mayor del FBI, un permiso para dedicarse de lleno a estas pesquisas de índole particular.

El director de la Academia, haciendo un gesto de contrariedad, repuso:

—Lo siento mucho, señores, pero justamente ayer recibí una notificación de los jefes ordenándome que el número uno de la promoción, el señor Brand, se presente inmediatamente en Washington para recibir instrucciones confidenciales. Creo que se trata de un importante caso de espionaje. Y además ha de tener en cuenta que el FBI no puede intervenir en un asunto semejante; la ley no le autoriza a ello; no hubo una transgresión de las leyes federales; es solamente una cuestión estatal, que concierne en exclusiva a la Policía de Nueva York.

La desesperación de Ray alcanzaba el cénit y se notaban sus esfuerzos para contenerse y no declararse en rebeldía al FBI. El inspector Tucker lo observó e intervino a tiempo, con su peculiar diplomacia:

—Señor director, conozco muy bien esos motivos que impiden al señor Brand dedicarse a este asunto. El más grave, y que yo ignoraba, es la orden del Estado Mayor. Sin embargo, me parece que estos nuevos agentes especiales tienen concedido un permiso de cinco días a fin de que puedan visitar a sus familiares. Al señor Brand también le ha sido concedido este descanso, y si él, en vez de pasear, se dedica a buscar a un criminal, nadie podrá impedirlo, siempre que al finalizar el plazo se incorpore a su nuevo destino. ¿No es así, señor director?

—Sí, señor Tucker. Pero hay un grave inconveniente: el señor Brand no podrá actuar oficialmente; será como un particular, como un simple ciudadano, y si se encuentra en un atolladero, el FBI no le respaldará. O sea, que si hiere a una persona o asalta una casa, o... comete cualquier otro acto de este tipo, la Justicia le castigará si lo descubriesen. Me plantean ustedes un dilema grave que no sé cómo...

—Señor director, dispense la molestia y...

—No, amigo Tucker, no ha sido molestia. Al contrario, me duele no poder conceder este favor al señor Brand, pero no está en mi mano. Compréndanlo, señores —y como viese la tristeza que inundaba la faz viril de Ray, añadió amistosamente—: Le aconsejo que en los cinco próximos días que tiene de permiso obre por su cuenta. Yo no sé nada de todo esto, pero si ocurriera algo desagradable, si se encontrase en un callejón sin salida, avíseme. Si fuera preciso, me desplazaría a Washington para desde allí sacarle del apuro.

—Gracias, señor director —dijo Tucker, dando por terminada la entrevista. Después de estrecharle la mano, simbolizando una ayuda mutua, abandonaron el despacho los dos amigos, dirigiéndose al del inspector, donde ultimaron sus planes.

—Ha llegado la hora, Ray, de que sepas el nombre de la única persona que puede llevarte al esclarecimiento del problema: la novia de tu hermano, Dolly Cross. Canta en El Pájaro Azul, un *cabaret* de la Calle 47. Es una mujer peligrosa, aunque yo no tenga

pruebas palpables para asegurarlo. Pero he adquirido un conocimiento psicológico, a través de muchos años de experiencia en esta profesión, y garantizo que es una mujer capaz de trastornar a todo hombre que se le acerque.

Y sacando una carpeta, se la entregó a Ray, recomendándole:

—Aquí está todo el proceso de tu hermano. Por las declaraciones de los testigos, te harás cargo de lo poco que se descubrió, y por la declaración de Dolly Cross verás que es un cerebro privilegiado, a pesar de ser mujer.

Ray no tuvo más remedio que sonreír al oír la última frase. Se debía a la misoginia de su amigo Tucker. Éste continuó aconsejándole:

—Ten mucho cuidado con ella, y, por Dios, no caigas en sus redes, como cayó el pobre Alfred. ¿Cuándo piensas salir?

—Esta misma noche. Cuento solamente con cinco días.

—Y ¿por qué no te buscas ayuda? Ahorrarías tiempo compartiendo la tarea con otro. Yo no puedo acompañarte; me han designado para una misión especial. No sé quién podría...

—Bugs —afirmó Ray categóricamente—. En cuanto le ponga en antecedentes, estoy seguro de que se ofrecerá a acompañarme.

—Me parece inmejorable. No sabes cuánto me alegra ver que, desde el día del accidente, os hicisteis amigos inseparables. Bugs es un muchacho inteligente y audaz; te servirá de mucho. ¿Qué tal andas de dinero? Yo tengo...

—Más que suficiente. Como capitán piloto cobraba un sueldo magnífico, y me traje los ahorros.

—Tal vez tengas que introducirte en un ambiente muy elevado, y para alternar así hace falta mucho dinero. Si necesitases, pídemelo. Y ahora, dos consejos: no veas a tu madre, sería peligroso; tal vez esté vigilada. Y ten mucho cuidado, hijo, no te expongas demasiado. Obra con prudencia; la prudencia nos lleva siempre al éxito, aunque más despacio. Si te ocurriese algún percance, avísame enseguida, a esta Academia, pues aun cuando yo esté fuera, pediré la correspondencia. Y recuerda también que el director es una buena persona y su palabra es ley. ¡Buena suerte, Ray! Confío en ti.

Un abrazo unió a los dos hombres, que se querían como si fuesen hermanos.

Cuando el joven agente especial andaba por el corredor, con una

carpeta bajo el brazo, no sabía lo que le esperaba: una vida cuajada de asechanzas y peligros.

El Destino diría si los números uno y dos de la promoción eran capaces de resolver un enigma indescifrable.



III

EN BUSCA DEL CULPABLE



L Pájaro Azul, renombrado *cabaret* de la Calle 47 de Nueva York, se hallaba aquella noche muy concurrido por parejas ataviadas elegantemente; ellas, con vestido de noche; ellos, impecables con sus esmóquines. La orquesta de *jazz* dejó de tocar y las parejas que ocupaban la pista de baile regresaron a sus respectivas mesas, sobre las que se seguían los niquelados cubos conteniendo botellas de champán.

Lejos de la pista, disimulado por una artística columna y sentado a una mesa, se encontraba Ray Brand, llegado aquel mismo día de Quántico. Si era esbelta su figura con camisa y pantalón de

uniforme, usado en la Academia, ahora lo era mucho más con el traje de etiqueta, aun cuando se le notasen en la espalda unas arrugas, indicadoras de que la prenda no había sido hecha a medida.

Nerviosamente aplastó el cigarrillo en el cenicero, al solicitar el director de la orquesta unos momentos de silencio. Dolly Cross, la afamada cantante, número excepcional de El Pájaro Azul, cantaría a continuación «Sólo tu recuerdo me anima a vivir».

Quedóse la sala a oscuras, y un poderoso reflector proyectó un círculo de luz tibiamente azulada sobre unas cortinas de damasco. La orquesta atacó los primeros compases de una música suave, tenue, con un ritmo lento y ensoñador. Ray Brand se inclinó adelante, bastante inquieto ante la perspectiva de conocer a la mujer que conquistó a su hermano Alfred, a la mujer que podría poseer la clave de la injusticia cometida.

Abriéronse las cortinas y Dolly Cross apareció.

No era mujer, era una diosa de la mitología pagana; más bien podría llamársele «La Hija de la Luna». El plateado lívido de la luna lo llevaba en su vestido de color blanco, líneas elegantes y muy escotado, y en su piel pálida, argentada por el tinte débilmente azulado del reflector. Labios tan bermejos que semejaban heridas purpúreas en su rostro de facciones nórdicas; nariz correcta, pómulos pronunciados y ojos de pupilas verdes, fascinadoras. El cabello le caía sobre el ebúrneo cuello como casco de ébano. Su único adorno, un collar de perlas.

Lentamente, con pasos de gacela y tigre —mezcla extraña—, avanzó hacia la pista, subyugando desde el primer instante la elasticidad de sus movimientos. No sonreía; en su profunda mirada parecía ignorar que existían unos espectadores. Era una mujer traída a la tierra desde otro mundo.

Cuando la orquesta le dio la entrada, una voz de soprano, grave, tan acariciadora como pueda serlo la piel de una pantera, desgranó las primeras estrofas de la canción, una canción sentimental, que hablaba de un corazón roto por la ausencia eterna del amado.

El propio Ray estaba hechizado por el influjo de aquella mujer. Y hasta creyó que ella ponía tanta alma en su canto porque recordaba al que fue su novio, al hombre llevado a la silla eléctrica con un secreto horrible en su mente.

Las últimas estrofas fueron seguidas de un silencio admirativo, hasta que lo quebró el estallido de los aplausos. Y aquella estatua sí sonrió entonces, agradeciendo el entusiasmo de los presentes.

Encendiéronse las luces, la orquesta inició el acelerado ritmo de un «*one-step*» y la diosa se convirtió en un ser humano al acercarse sonriente a una mesita cercana, donde un caballero, de monóculo en ristre, le ofrecía un asiento. No se dieron la mano, señal de que se habían visto poco tiempo antes.

Ray los observó durante unos momentos, y luego se levantó, dirigiéndose a la barra del bar, que se encontraba al fondo. Por ser tanta la concurrencia, no tomó ninguna precaución; Dolly Cross se hallaba en la parte opuesta de la sala.

En la barra pidió un coñac doble, tras haber elegido previamente el sitio. Cuando el camarero le hubo servido, el joven miró a su izquierda disimuladamente. Sentado junto a él, Bugs paladeaba un *whisky* con perfecto aire de inocencia.

Aprovechándose del barullo reinante, Ray preguntó, entre dientes:

—¿La has visto?

Su camarada hizo un leve gesto de asentimiento.

—Cuando ella salga, hablaremos —advirtió Ray.

Pagó la consumición, regresando seguidamente a la mesa con un cigarrillo en los labios. Dolly Cross continuaba en el mismo sitio, conversando con su acompañante.

Serían las dos de la madrugada cuando la bella mujer se cubría los hombros desnudos con una capa de armiño, dirigiéndose hacia la salida. Detrás su amigo, y siguiéndoles a distancia prudencial, Ray, al que se unió Bugs en el vestíbulo, en cuanto los primeros traspusieron la puerta de la calle. Mientras se ponían el abrigo y los guantes, Ray dijo:

—Creo que irá a su casa. ¿Recuerdas bien las instrucciones que nos dejó Tucker? Los seguirás tú primero, y cuando estén lejos, sin policías de tráfico, intervienes. Yo iré detrás. Vamos, Bugs; hemos de ver el coche.

Aquel trozo de la Calle 47 estaba materialmente cuajado de lujosos coches de todos los colores.

A unas yardas, Dolly Cross penetraba en un suntuoso sedán negro, de carrocería moderna. Ella ocupó el lugar del conductor; a

su lado sentóse el caballero del monóculo. Como saetas, Bugs y Ray se introdujeron en sus respectivos coches, atisbando por el parabrisas.

Encendidos los faros, el automóvil de Dolly Cross enfiló la dirección única de la Calle 47, torciendo a la derecha para subir la Duodécima Avenida. El tráfico de Nueva York, a aquellas altas horas de la noche, había disminuido en sumo grado, y esto obligaba a Bugs a no pisar el acelerador. Temía hacerse sospechoso a los perseguidos.

Los tres vehículos se deslizaron después por Riverside Drive, sintiendo sus ocupantes la humedad del río Hudson. Ray vio que el coche delantero, el de Bugs, desaparecía vertiginosamente al frente, apenas pasaron el río Harlem, ocupando el primer puesto.

Ya no había dudas posibles sobre la dirección tomada por la cantante: se dirigía a su casa, en las proximidades de Riverdale, según les había comunicado en sus instrucciones el inspector Tucker.

Por aquella parte no se cruzaban con ningún coche ni con policías motorizados. Ray sólo escuchaba el suave zumbido del motor, y miraba atentamente la lucecita roja que le precedía a bastantes yardas, la del automóvil de los perseguidos.

Con la mano derecha sacó la Germán Luger de la sobaquera; era un arma grande, de cañón largo; el último modelo producido en la guerra. Se la pasó al bolsillo del abrigo.

Instintivamente aflojó el acelerador al ver que la lucecita roja se había detenido. Bugs comenzaba a operar y necesitaría algunos minutos.

Cuando Ray fue aproximándose, la luz de sus faros iluminó la escena. El sedán de Dolly Cross estaba obstaculizado en su camino por el atravesado coche de Bugs. Se distinguía la alta silueta de éste, con un pañuelo tapándole la parte inferior de la cara, junto a la ventanilla del automóvil de la cantante, empuñando un arma. Fingió maravillosamente la comedia, pues, al ver que se acercaba el coche de su amigo, disparó contra él.

Ray sintió que las balas pasaban altas. Presurosamente echó pie a tierra y repelió la supuesta agresión tirando también alto, y luego, inclinándose, disparó por dos veces contra una de las ruedas traseras del sedán de Dolly Cross, destrozando el neumático.

Bugs, en su papel de atracador, corría ya hacia su automóvil, y una vez más se demostró allí la eficacia de las enseñanzas recibidas en la Academia de Quántico. Al sentir silbar a su alrededor los proyectiles de su compañero, fingió el movimiento característico de haber sido tocado en una pierna, y cojeando admirablemente logró llegar hasta el volante, sin preocuparse de disparar más. Tenía puesto el motor en marcha, y segundos después huía a la desesperada.

Entonces, Ray tomó el papel de protagonista en la preparada comedia. Con la Luger en la mano, dispuesta a escupir plomo si se encontraba con una inesperada sorpresa, se acercó al negro automóvil. Por la ventanilla, con el cristal bajado, le miraba la famosa cantante, con expresión de susto en sus atrayentes rasgos. Al otro lado del volante el acompañante apenas respiraba, pareciendo completamente aturdido. El pobre hombre había perdido el monóculo a la vez que el conocimiento.

Galantemente, Ray se quitó el sombrero, diciendo con aparente tono sofocado:

—¿Les ha hecho algo, señora? ¿Ha herido a su esposo?

Era realmente magistral la forma de empezar de Ray. A las primeras palabras demostraba desconocer por completo la personalidad de los ocupantes del sedán, dando la impresión de que todo fue una casualidad.

—No, no creo que le haya ocurrido nada grave a mi amigo. Le dio un golpe en la cabeza con el cañón de la pistola. Si no llega a ser por usted, me hubiera quedado sin collar; ya me lo estaba pidiendo, después de quitarle a mi amigo la cartera. ¡He pasado un susto de muerte! ¡Cómo podía pensar que ocurriese tal cosa! ¡Nunca ha sucedido nada por aquí!

Un gruñido del semiinconsciente hombre atrajo su atención. Ella encendió las luces del interior. El golpeado comenzaba a abrir los ojos, murmurando palabras ininteligibles. En la sien izquierda, se le veía una mancha roja: Bugs había golpeado a gusto.

—Vamos, Fawcett, vuelve en ti; no ha sido para tanto —dijo ella.

—Creo que sería mejor llevarle a cualquier casa cercana. Siempre llevo una botellita de *whisky*, y esta noche la he olvidado. Le habría sentado bien un poco de alcohol; necesita reanimarse —

aconsejó Ray.

—Justamente estamos cerca de casa; faltan sólo un par de millas. Le llevaré enseguida para...

—Creo que no podrá hacerlo, señorita —aseguró Ray—. ¿No nota que su coche está inclinado? Alguna de las ruedas traseras ha perdido aire.

Y fingiendo una completa inocencia, se inclinó diciendo con simulado pesar:

—Ha sido la izquierda. No podrán ustedes continuar con este coche. Si no les importa, pongo el mío a su disposición.

—Es usted muy amable. Aún no le he dado las gracias por su oportuna intervención, cuando tengo que repetírselas, señor...

—Sullivan, Arthur Sullivan, señorita...

—Dolly *Cross*.

—¿Dolly *Cross*? ¿La famosa cantante?...

—Sí, yo soy —afirmó ella, con una sonrisa de orgullo al ser célebre en tal grado.

—No he tenido el gusto de oírla cantar, pero me es familiar su nombre por los periódicos. Me he encontrado en muchas aventuras curiosas, pero en ninguna tuve el placer de favorecer a una mujer como usted, señorita *Cross*. ¿Le ocurre esto muy a menudo, señorita? Lo pregunto para intervenir yo todas las veces —aseguró el joven, sonriente, mirando intensamente a la deliciosa mujer.

—¿Tan valiente es usted que todavía le quedan ganas de bromas, señor Sullivan?

—Depende de quién me obligue a ser valiente. Créame que he preferido encontrarme con usted a que hubiese sido sólo con su amigo.

El aludido comenzaba a serenarse y preguntó:

—¿Qué ha pasado, Dolly?

—Pues que te han quitado la cartera, y has perdido el espejuelo —dijo ella en tono humorístico, olvidando el susto pasado.

—¿Mi cartera? ¡Mi monóculo! ¡Oh! —Y el hombre se puso a rebuscarse en todos los bolsillos, como si la cartera contuviese documentos de Estado.

—Vamos, Fawcett, no la busques —aconsejó Dolly—. A estas horas estará tirada por ahí, sin dinero, claro está. ¿Llevabas mucho?

—Dos mil solamente, pero ¿y mi monóculo?

El cristalito estaba en el piso, bien molido por los zapatos de su dueño.

Ray contemplaba la graciosa escena, muy divertido, y manteniendo su papel, anunció:

—Siento decirles que tengo mucha prisa, pues he de llegar cuanto antes a Albany. Pongo a su disposición mi coche para llevarles a su casa; aquí no pueden quedarse toda la noche.

En pocas palabras contó Dolly a Fawcett el final de lo sucedido, y presentó a los dos hombres.

Momentos más tarde, el automóvil de Ray era ocupado por los tres. En el asiento posterior, la cantante y su amigo; sentado al volante, Brand. Ella le iba indicando el camino a tomar, entremezclando preguntas.

—¿Dijo que usted iba a Albany?

—Sí; he de resolver allí esta misma noche algunos asuntos pendientes —repuso enigmáticamente Ray, tratando de crear una aureola misteriosa alrededor de sí.

—¿Y lleva usted siempre pistola? —interrogó Fawcett, con voz ridículamente atiplada.

—Es mi amiga, ¿comprenden? Y usted, ¿por qué no la lleva? Le hubiera servido de mucho en una ocasión como ésta.

—Sí, pero ya sabe usted la pena que supone tener un arma sin licencia.

—¡Bah! —exclamó el joven con insolencia—. La Policía es miope. Si esta noche no la hubiese traído, yo también habría escapado mal. Estuve cenando con unos amigos, y la reunión no podía ser más inocente, pero... ¡nunca se sabe lo que puede pasar! De todas formas, tengo el consuelo de saber que el individuo ése va herido de bala; le pesarán los dos mil dólares que le quitó.

—Sí, es cierto —intervino Dolly—. Le vi cojear cuando subía al automóvil. Eso podrá ser una pista para la Policía.

—Eso déjalo de mi cuenta. Yo lo arreglaré a mi modo —dijo Fawcett, con voz estridente.

Siguiendo las instrucciones de la mujer, Ray torció a la derecha, iluminando con los faros un largo paseo enarenado y flanqueado de chopos que terminaba frente a la puerta de una alta verja.

—Hemos llegado, señor Sullivan —anunció Dolly, echando pie a tierra, y recortándose su grácil silueta al cruzar el bloque de luz

para tocar en un punto de la verja.

Misteriosamente, se abrió la puerta, dando paso a un cuidado jardín, partido en dos por un ancho camino que conducía a un palacete.

—Aunque tenga mucha prisa, señor Sullivan, ¿quisiera tomar algo con nosotros? Es lo menos que puedo hacer por usted.

—No me vendría mal, señorita *Cross*, pero tengo prisa y...

—Vamos, no se haga rogar. La noche está fría y un sorbo de coñac le hará bien.

Disimulando el júbilo que sentía, Ray se apeó, siguiendo a la mujer y a Fawcett. El pórtico de la entrada era un bello trabajo arquitectónico, y el *hall*, con sus muebles y tapices escogidos, indicaban el buen gusto de la dueña.

Ella misma les sirvió las bebidas, junto a la chimenea de leña, que acababa de encender, disculpándose con una sonrisa:

—La servidumbre está ya acostada. No me gusta que me esperen a mi regreso del *night club*.

Con otra sonrisa provocativa, haciendo caso omiso de Fawcett, Ray encendió el cigarrillo que ella sujetaba con los labios.

—Permítame, señorita *Cross*. ¡Cuánto siento no haber ido esta noche a oírla cantar, en lugar de soportar las bromas de los amigos!

—Puede usted ir otra noche.

—¡Oh, no sé si podré!... ¡No sé cuándo regresaré a Nueva York!

—Pero ¿no vive usted en Nueva York? ¿No tiene usted aquí la familia?

Ray se sonrió irónicamente, diciendo en tono cínico, estudiado:

—Mi ciudad es el mundo; mi familia, la humanidad.

Ella y Fawcett se le quedaron mirando, extrañados, como si contemplasen a un loco. El joven se echó a reír descaradamente, y agregó:

—Me obligan ustedes a responder. ¿Por qué no dejamos de preguntarnos cosas? Prefiero hablar de arte, por ejemplo. Y al ser de arte, pienso en usted, señorita *Cross*, porque es el *summum* de la belleza plástica, y digo esto pidiendo perdón por anticipado al señor Fawcett. No sé si cometeré una incorrección...

—Oh, no, no; en absoluto —aseguro ella—. Es mi apoderado, simplemente.

El aludido comenzaba a ponerse nervioso y se llevaba la mano al

ojo derecho, como para colocarse bien un monóculo inexistente. Le estaba irritando el tono burlón del llamado Sullivan.

—¡Ah, un hombre de negocios! ¡Muy interesante! Indíquele, señorita *Cross*, que en la propaganda que le hace en los periódicos no la ponga a usted de perfil; con un tres cuartos saldría mejor. Su nariz es correcta, pero conviene que se le vean ambos pómulos.

Ella sonrió al ver el gesto de su apoderado.

—¿Es usted tan bromista siempre, señor Sullivan?



Agentes especiales en ejercicios nocturnos de tiro.

Después de lo pasado, ¿aún tiene ganas de bromas? ¿No sintió miedo?

—Otras tres preguntas más, señorita *Cross*. Van ustedes a terminar conociendo el nombre de mi abuela paterna. Por esta vez la contestaré. Me gusta bromear y nunca tengo miedo. El miedo no

existe para mí. Estoy acostumbrado a jugarme la vida por capricho, no tengo nada que perder, todo me da igual.

Fawcett le escuchaba con el ceño fruncido, sin acordarse de apurar la copa que tenía entre los dedos. Y Dolly le miraba con manifiesta admiración en sus verdes pupilas. Sentía la atracción del hombre que negaba sonrientemente tener miedo a la muerte; no era como su amigo, hombre que no sabía defenderse de un simple atracador.

Comprendiendo Brand que el momento psicológico había llegado, inició la retirada.

—Señorita *Cross*, lamentándolo mucho, he de retirarme. Se está haciendo demasiado tarde. Señor Fawcett, que mejore su herida, y tenga usted más cuidado en el porvenir. Hombre precavido vale por dos.

Impulsivamente, Dolly se ofreció a acompañarle hasta el coche. A solas los dos jóvenes en el jardín, ella muy cerca de Ray, le preguntó en voz baja:

—¿Nos volveremos a ver?

—¡Otra pregunta más, señorita *Cross*! Pero responderé a ella con verdadero gusto. Sí, Dolly, volveremos a vernos muy pronto. Lo arreglaré todo como sea.

Y cuando la besó la mano, despidiéndose, él sintió un latigazo de fuego en sus labios.

Más tarde, cuando marchaba por la carretera, regresando a Nueva York a toda velocidad, iba pensando en la extraña sensación. Al principio creyó que podía ser la emoción de besar a la fascinadora mujer; pero luego, recapacitando, una voz interior le dijo que era el recuerdo de su hermano. Aquella mujer, fuese buena o mala, no podía ser nada para él, porque había pertenecido a su hermano.

Y así comenzó a infiltrarse el espíritu maligno en el alma de Ray Brand. En adelante, su corazón no encontraría reposo.

Eran las once de la noche cuando Ray terminaba de colocarse la corbata de lazo ante el espejo, en su cuarto del Ridge Hotel. Estaba nervioso, impaciente por actuar. Hacía dos noches que conoció a Dolly *Cross*, y la última noche no había ido a verla al *cabaret*, y así no dar la impresión de que tenía gran interés en trabar amistad con

ella.

Durante dos días había permanecido en la habitación, encerrado, comunicando telefónicamente con Bugs, aposentado en otro hotel cercano. Efectivamente: en la cartera quitada a Fawcett aparecieron dos mil dólares y algunos documentos, pero ninguno de importancia, ninguno que pudiera dar indicios de una posible pista a seguir.

Ray creía en la inocencia de la encantadora Dolly, y del infeliz Fawcett no podía pensarse que tuviese un privilegiado cerebro criminal. Un muro seguía ocultando al culpable de la muerte de Alfred y solamente quedaban dos días para que finalizase el plazo de vacaciones. Si en este tiempo no lograba descubrir el enigma, se vería ante un difícil dilema: renunciar a su empresa o renunciar al FBI, para dedicarse por cuenta propia al esclarecimiento del misterio.

Entró en El Pájaro Azul, casi a medianoche, notando que el corazón le palpitaba desacompasadamente. Debajo de la chaqueta del esmoquin sentía el cuerpo duro de la Germán Luger, dándole una sensación de poderío ilimitado.

Penetrando en la sala, tras dejar el abrigo en el guardarropa, oyó la cálida voz de Dolly entonando una canción de amor. Ella le vio enseguida avanzar por entre las mesas, y sentarse a una que estaba libre, junto a la pista. A partir de este instante ella le miraba fijamente, como dedicándole la canción...

Al expirar la última nota, una salva de aplausos recompensó a la cantante, que se acercó a la mesa ocupada por Ray. Éste se había levantado y besó su mano.

—¡Buenas noches, señor Sullivan! ¡Ya creía no volver a verle!

—Le prometí que nos veríamos. He regresado a Nueva York esta tarde.

—¿Le fueron bien los negocios? —preguntó ella irónicamente.

—¿Comienzan las preguntas, señorita? —interrogó él a su vez, adoptando un aire festivo para cambiar a continuación de tono— ¿Me permite que la invite a sentarse a mi mesa? Estoy solo, muy solo, y usted no querrá que yo esté triste, ¿verdad?

—¿No decía que su familia era la humanidad?

—Si llama usted a esto humanidad... —dijo Ray, burlonamente, consiguiendo la primera sonrisa de la joven.

Fueron interrumpidos en la naciente conversación por la llegada de Fawcett, acompañado de otro individuo muy delgado, de ojos hundidos, cabellos planchados por algún cosmético, y de mirada sombría. Fue presentado a Ray con el nombre de Rensie.

Al invitarles a que se sentasen, Fawcett se dirigió directamente a Dolly:

—¿Recuerdas que el señor Ackerman nos invitó a su fiesta? Ya has terminado aquí, y...

—¡Ah, es verdad! Ya no me acordaba. Y tenemos que ir —y entonces, Dolly invitó interesadamente a Ray—: Se trata de un amigo nuestro, que da una fiesta esta noche, en su casa, por el cumpleaños de una sobrina suya. Estará aquello muy animado. ¡Véngase con nosotros!

—No sé si debo aceptar... Tal vez allí piensen que...

—No, de ninguna forma. Somos íntimos amigos, y lo que yo haga está bien hecho.

—Bien. Acepto la invitación, porque si no me aburriré más que una ostra.

En el trayecto, Ray mantenía una conversación trivial, sembrada de bromas. Hasta consiguió arrancar una mueca del silencioso Rensie.

La residencia del tal Ackerman se encontraba en uno de los más modernos y caros edificios de la Tercera Avenida. Al salir del ascensor, Ray observó que Dolly se dirigía por el corredor a una puerta determinada, sin titubear entre tantas otras como había. Este detalle indicaba que la casa le era muy familiar.

Al abrirles la puerta un criado escucharon una oleada de música de *jazz*, risas y conversaciones: la fiesta se hallaba en todo su apogeo. Aclamaciones al ver entrar a Dolly, ofrecimientos espontáneos de bebidas y la aparición del dueño de la casa, Ackerman. Era un hombre de edad madura, plateado el cabello de sus sienes, muy alto, de una sobriedad elegante en el vestir. En su juventud debió ser lo que llaman un hombre guapo, pues aún conservaba una sonrisa atractiva y unos rasgos nobles y simpáticos a la vez.

Saludó a Dolly con gran familiaridad, estrechó la mano a Fawcett y a Rensie y se ofreció amablemente cuando Dolly le presentó a Ray como el hombre que evitó le robasen el collar.

Ackerman miró fijamente a Brand por unos instantes, y luego afirmó cordialmente:

—Es usted un hombre afortunado, señor Sullivan. Contar con la simpatía de Dolly es tener las llaves de Nueva York. Me contaron anoche su proeza, y me convencí de que todavía quedan héroes en el siglo xx. Afortunadamente, no ocurrió nada.

—¿Cómo que no ocurrió nada? —estalló Fawcett, aún con el surco rojizo en la frente—. Por poco me matan y me quitan dos mil dólares, y luego resulta que no ha pasado nada...

Y era tan cómica su expresión, y tan chillona su voz, que los demás se echaron a reír. Ackerman, con su característico tono profundo, especificó:

—Hubiera sido bastante peor que el collar de Dolly hubiese volado. Vale bastante más. Bueno, estamos charlando y no bebemos ni fumamos. Pasen por aquí.

—¿Dónde está Edna? —preguntó Dolly—. Quiero felicitarla en su cumpleaños. Le traigo una chuchería.

—Por ahí anda, sola, como siempre. No sé qué le sucede a esta chiquilla desde que salió del colegio; parece echar de menos aquella vida. Comprendo que se encuentre aburrida en este piso, sin verme más que a la hora de cenar; pero ya le digo que salga a divertirse, busque amigas, en fin, las cosas propias de una muchacha de su edad. Pero es inútil. Se pasa la vida leyendo, y ni siquiera se asoma a la ventana.

—Ya tiene edad de casarse, amigo Ackerman —dijo Rensie, el hombre de los ojos hundidos.

—Son veintidós años; me parece todavía muy joven. Apenas conoce la vida.

Fawcett intervino con aire malicioso:

—¿Le has echado la vista encima, querido Rensie? ¿Olvidas que rozas los cuarenta?

Ackerman y Rensie se quedaron serios súbitamente al escuchar la broma. Luego se miraron como si trataran de leerse mutuamente el pensamiento. Ray lo observó y dedujo que a Ackerman no le hacía mucha gracia la posibilidad de entregar su sobrina a Rensie.

Ackerman encendió un cigarrillo, y luego llamó a un individuo que cruzaba por una habitación contigua.

—¡Gilpin! ¡Venga un momento!

El llamado Gilpin pasaba de los cincuenta años. Era bajo, delgadito, completamente calvo, de facciones enjutas. Se acercó con una sonrisa humilde y servicial, saludando cariñosamente a los recién llegados, aunque no fuese correspondido con el mismo afecto. A Ray fue presentado como secretario de Ackerman.

—Gilpin, ¿querría decirle a mi sobrina que venga cuanto antes?

—Sí, señor Ackerman; ahora mismo. Con perdón, señorita, señores...

—Cada día tiene menos pelo —dijo Fawcett al ver por detrás la monda cabeza del secretario al alejarse—. El día de su cumpleaños le regalaré un bisoné.

Charlando y bromeando adelantaron por entre los invitados. El piso era verdaderamente fastuoso. La decoración recordaba la sobriedad helénica, pero allí se veían los últimos inventos para aumentar el confort. Varias puertas abiertas de par en par ponían en comunicación grandes salones, destinados accidentalmente cada uno a distinta diversión; juego, bar, sala de baile y cámara de conversaciones, pues muchos sillones y divanes acogían blandamente a los que preferían beber y charlar apartados del general bullicio. Ray observaba el aspecto de los presentes, todos vestidos de etiqueta, y no pudo ver en sus rostros ningún síntoma de plebeyez. Dedujo el joven que estas fiestas requerían un desembolso cuantioso. La misma orquesta, nutrida y escogida, costaría un verdadero capital, como asimismo el derroche de bebidas y sándwiches.

Los invitados, al ver a Dolly, demostraron conocerla de otras reuniones, pues la saludaban amistosamente y consiguieron incitarla a que cantase. Distraído Ray se encontró de pronto a solas con Ackerman, en un aislado rincón, saboreando un raro y exquisito licor. Y como hiciese un gesto extraño, el anfitrión le preguntó amablemente:

—¿No le agrada, señor Sullivan?

—Sí, sí. Mucho. Nunca lo había probado.

—Es natural. Creo que no lo hay en todo Nueva York. Me lo envía mi administrador de los yacimientos que poseo en el Brasil. Se trata de una bebida indígena...

—¡Ah! ¿Se dedica usted a...?

—Explotaciones diamantíferas, sí. Tengo la joyería en la Quinta

Avenida; si alguna vez necesita usted hacer un buen regalo a una dama... —se ofreció Ackerman irónicamente.

—Si es por eso, creo que nunca seré cliente suyo.

—No diga eso, señor Sullivan. Nunca estamos seguros de nosotros mismos si caemos en las manos de una mujer que merezca la pena, y usted me parece que está a punto de caer.

—¿Yo? ¿Por qué dice eso? —preguntó el joven, dándose cuenta de la intención del otro, pero fingiendo inocencia y manteniendo el tono cordial.

—Dolly es una mujer que a todos nos ha vuelto locos. Y me ha parecido observar que tiene bastante interés por usted.

A Ray no le cupo duda de que Ackerman estaba muy enamorado de la bella cantante, pues esperaba la respuesta con mal disimulado interés.

—Los hombres como yo no tenemos tiempo de amar; considero que... —Y se interrumpió al darse cuenta de que Gilpin, el secretario de Ackerman, habíase acercado y escuchaba con atención, a distancia respetuosa. Al verse sorprendido, el hombrecillo declaró:

—Señor Ackerman, no encuentro a Edna por ningún sitio. Debe de estar en sus habitaciones.

—Esta muchacha siempre me hace igual, sabiendo que no me gusta su comportamiento. Llegará a pecar de grosera con los invitados. ¡Bueno! No es oportuno ahora ir en su busca —y dirigiéndose a Brand—: Prosiga con sus teorías, señor Sullivan; son muy interesantes. Le ruego que considere al señor Gilpin como un amigo más. Es mi brazo derecho en todos los negocios, y sabe de piedras preciosas más que nadie.

El alabado se sonrió humildemente. Le fue simpático a Ray desde el primer momento, compadeciendo al insignificante hombre que tenía que soportar las estúpidas bromas de Fawcett.

—Pues como le decía, señor Ackerman, aunque quisiera, no podría amar a una mujer. Se necesita dinero y tiempo. Dinero, hay veces que tengo mucho, y otras nada. Pero de tiempo, no dispongo ni un centavo. Los negocios me absorben por completo.

—Me alegra saber que somos del mismo gremio, señor Sullivan. Yo también soy, por encima de todo, un hombre de negocios. El negocio es lo único que da dinero. Aquí tiene usted, entre los

invitados, a personas de todas las profesiones: intelectuales, técnicos, altos funcionarios públicos, cobrando grandes sueldos, pero sin poder ahorrar un dólar. Y sus negocios, ¿son de tal clase que le obligan a ir armado siempre?

Muchas veces, durante su carrera profesional, Ray Brand agradecería las lecciones de Arte del Fingimiento, recibidas en la Academia del FBI. Manteniendo la línea psicológica elegida, repuso ambiguamente:

—Mi negocio requiere muchas cualidades: inteligencia, audacia y valor. Humildemente reconozco que no las poseo en su totalidad. Soy joven y mi único afán es hacer mucho dinero antes de llegar a viejo. No me interesa ser millonario cuando los ataques de reuma me impidan acudir a diversiones.

—Es usted muy ambicioso, señor Sullivan —se atrevió a opinar paternalmente Gilpin—. Le hablo con la voz de la experiencia, y le aseguro que es muy difícil lo que se propone. Estados Unidos ofrece ocasiones magníficas de llegar a ser millonario en muy poco tiempo, pero la suerte ha de pasar por nuestro lado y hemos de saber verla y cogerla. ¿Usted me comprende?

—Perfectamente. No obstante, me permito argumentarle que si no se tiene esa intención ni se hace el debido esfuerzo, habrá muchas menos probabilidades de conseguirlo, ¿no cree?

Ackerman intervino, inquiriendo:

—¿Sería indiscreción preguntarle cuáles son sus ocupaciones?

—Soy un hombre de acción —repuso Ray escuetamente, con la misma seriedad que podía haber dicho: «Soy ingeniero».

Y como la respuesta era una evasiva manifiesta, los otros dos optaron por variar el rumbo de la conversación, temiendo pecar de indiscretos. Después oyeron los aplausos de los invitados en honor al arte inimitable de Dolly Cross.

Ackerman dijo:

—Voy a felicitar a Dolly; diré que hemos estado escuchándola. Ahora se reanudará el baile. Anímese y busque pareja, señor Sullivan; hay esta noche mujeres muy bonitas. Considérese como en su propia casa —y dirigiéndose a su secretario—: Dejemos a la juventud sola, Gilpin. Con nosotros a su lado no echará bien el anzuelo.

Sonrieron los tres jovialmente, separándose después Ackerman y

Gilpin hacia la sala de baile.

Ray, arrastrado en su afán de curiosidad, de no perder tiempo y buscar una pista entre las amistades de Dolly Cross, tomó la dirección opuesta, sorteando los grupos de damas y caballeros, conversando, comiendo, bebiendo y fumando, y se salió de las habitaciones concurridas, internándose por un largo y espacioso corredor. Realmente, Ackerman tenía un piso de tamaño inusitado: las habitaciones pasarían de veinte, según calculaba Ray.

Se paralizó algo al darse de frente con un criado. Éste pasó por su lado, inclinándose servicialmente, sin preguntarle adónde iba; era evidente que el anfitrión no limitaba los caprichos de sus invitados.

Cuando el criado hubo desaparecido de su vista, Brand se fijó en una puerta cerrada. Con precauciones empuñó el tirador y fue abriéndola sigilosamente. Se asomó: era la biblioteca, desierta. Temiendo perder un tiempo precioso y no encontrar el despacho de Ackerman tras aquellas puertas, eligió una más interior, y con paso normal, por si acaso le veían, fue acercándose, abriendo también con las máximas precauciones. Al asomar la cabeza por la rendija conseguida, vio una salita de estar, puesta con buen gusto, y a nadie dentro.

Penetró rápidamente, cerrando a su espalda. Y cuando se deslizaba sobre la gruesa alfombra quedóse inmóvil; alguien hablaba en una habitación inmediata. Miró a su derecha: unos gruesos cortinones, color de rubí. Con extremadas precauciones fue aproximándose, pretendiendo interpretar las ininteligibles frases. Apartó levemente la cortina para mirar.

Era una alcoba coquetonamente dispuesta, y sentada en un sillón había una joven, en vestido de noche. No pasaría de los veintidós años y su belleza era cautivadora. Poseía lo que le faltaba a Dolly Cross: aspecto angelical, sus trigueños cabellos enmarcaban un óvalo dulce, y las largas pestañas sombreaban unos grandes ojos, cuyo color no podía conocerse por estar leyendo un libro que sostenía entre las manos, diminutas y de finos dedos. Los rojos labios se movían cadenciosamente al pronunciar unos versos, en francés, sonando melodiosamente su voz:

dans que le coeurs causent, et Ton voit beaucoup

mieux les yeux quand on voit un peu moins les choses
C'est
l'ombre
[4].

Un presentimiento debió de advertir a la joven de la presencia del intruso. Levantó la mirada, pupilas amieladas, y expresó su estupor con un gesto, Ray, hechizado como pudiera estarlo el vagabundo al encontrarse con el hada del bosque, a duras penas logró rehacerse. Sin atreverse a penetrar en la alcoba, levantó más las cortinas y recitó el verso siguiente de aquella poesía:

Ce soir je trop pour te parler
t'aime
d'amour
[5].

La joven se levantó perpleja, y dejando un libro en una mesita se adelantó hasta él, que retrocedía cortésmente, arrepentido de haber profanado el santuario de la linda muchacha.

—¿Quién es usted? ¿Qué hace aquí? —preguntó ella, sin matiz de enfado, tal vez debido a su asombro.

—Soy un invitado del señor Ackerman, señorita. Como son tantas las habitaciones, me he perdido —y comprendiendo que sus excusas no serían muy razonables, optó por pasar al ataque—. Me imagino que usted es la sobrina del señor Ackerman. Justamente hace un rato comentaba él su desaparición misteriosa. Y por sus palabras deduje que no le agradaban a usted esta clase de fiestas. A mí tampoco, con sinceridad; las encuentro vacías de interés. Me parece encontrar siempre las mismas caras, aunque sean diferentes individuos.

Y Ray pensaba proseguir hablando, cuando ella le interrumpió:

—Aún no sé por qué está usted aquí, en mis habitaciones. No creo que mi tío le haya autorizado.

Brand comprendió que la jovencita era menos ingenua de lo que parecía.

—Señorita, comprendo que no tengo disculpa, pero la verdad es que estaba ya aburrido de la música y de la gente. Buscaba ante

todo un libro, un buen libro, para después sentarme a leerlo en un lugar aislado. Pensé que esto sería la biblioteca.

Ella le miraba, dudosa. Tenía ante sí a un apuesto y correcto joven, que conocía el francés y los versos que ella leía; esto último era señal de que gustaba de la lectura; su excusa podía ser sincera. Entonces fue cuando sonrió, haciéndose aún más bonita.

—Bien, no tiene importancia. Me llamo Edna.

—Yo, Ray... —Él quedó en silencio un instante al darse cuenta de la imprudencia que iba a cometer a causa de la turbación que le producía la encantadora muchacha—. Arthur Sullivan, Ray, me lo llamaban cuando era niño. Arthur Sullivan, señorita Edna, y muy sorprendido de saber que una joven como usted ama más la lectura que el baile. Es digno de alabanza comprobar que aún existe una mujer bella que desdeña la admiración de los hombres.

—Se lo ruego, señor Sullivan: no sea usted como los demás, no empiece con los piropos. Si usted ama la lectura, podría conversar acerca de otro tema. ¿Quiere sentarse? Puede usted fumar, si lo desea...

Y durante media hora, los dos jóvenes, en la mayor de las armonías, charlaron sobre lo divino y lo humano, cambiando impresiones, comparando puntos de vista y terminando por encontrarse mutuamente simpáticos. Ella pensó que Arthur Sullivan era un hombre distinto a los demás; él llegó a la conclusión de que Edna Howland era una mujer capaz de hacer feliz a un hombre durante toda la vida.

Y tan compenetrados se hallaban espiritualmente, en el sentido amistoso, que Edna aceptó la invitación de ir a bailar. Salieron de la sala, y al andar por el corredor la alta silueta del agente especial parecía proteger la delicada de su acompañante.

Entraron en la sala de baile y, por suerte, los amigos de Ray no estaban por allí; se encontrarían probablemente en la sala de juego.

Era un blue lo que tocaba la orquesta en aquellos momentos y los dos jóvenes se sugestionaron con el lento ritmo. Edna tenía que levantar la cara para mirar a Ray cuando charlaban; parecía nacida justamente para descansar la cabeza en el fornido hombro masculino. Sentíase cerca, tan cerca, que los dos tácitamente decidieron no hablar, y danzaban silenciosos, sumidos en pensamientos gemelos. Ambos hubieran deseado la penumbra de

que hablaban los versos, perder de vista a los rostros circundantes, ser sordos a las risas y dejar que los corazones, ya amigos, dialogasen hasta amarse.

Poco les duró la dicha: Dolly, Ackerman, Rensie y Fawcett aparecieron en la sala, y apenas vieron a la joven pareja se lanzaron a ellos con grandes explosiones de júbilo; el alcohol ingerido les había arrebatado la superficial compostura de las primeras horas. Dolly, con los verdes ojos resplandecientes, felicitó a Edna, a la vez que se quitaba un brazalete y se lo ofrecía: un brazalete de oro y esmeraldas.

—No dirás que no me acuerdo de ti, Edna. En cuanto vine te busqué, pero no te encontraba en ningún sitio. No creas que este brazalete es usado; es nuevo. Me lo puse yo, porque si no se me pierde. Ya sabes cómo soy.

—Gracias, Dolly; eres muy amable —repuso Edna con no mucho entusiasmo.

Rensie y Fawcett la felicitaron también. Este último dijo sus habituales chistes sobre los cumpleaños, sin dejar el monóculo un instante; y Rensie miraba a la muchacha con pasión, brillando en sus profundas pupilas una luz amorosa. Edna ni siquiera se molestó en contestarles, permaneciendo aún con la mano apoyada en el antebrazo de Ray. Ackerman lo observó.

—¿Cómo se han conocido?

La jovencita, inexplicablemente para Brand, mintió.

—Vine aburrida de mi habitación y me sacó a bailar.

—Es un hombre muy interesante, querida —afirmó Dolly, descentrado su juicio por la bebida—. Es de los que no se olvidan de la pistola.

—¡Silencio! ¡Que hay bofia por los alrededores! —anunció Fawcett, llevándose un dedo a los labios, fingiendo un miedo ridículo.

Mientras los demás reían, sólo dos personas permanecieron serias: Edna y Ray. Ella, porque ahora comprendía la dureza sentida en la chaqueta del esmoquin: significaba un arma y no una pitillera, como ella había creído; y él, porque le molestaba que Edna pensase que era un vulgar pistolero. Sintió por primera vez no haber dejado en el hotel la mortífera Luger.

Y para colmo de males, Dolly arrebató a Brand, obligándole

materialmente a bailar con ella, mientras le decía al oído:

—¡Qué dulce es sentirse en sus brazos, Arthur! Me gustaría dormirme en ellos. He soñado siempre con encontrar un hombre que fuese valiente y educado a la vez, Arthur. ¿No podríamos ser buenos amigos?

El joven respondió un maquinal: «¿Por qué no hemos de serlo?», pues su atención se concentraba en Edna, que acababa de rehusar una visible invitación de Rensie a bailar. Y luego la vio salir de la sala, sin siquiera volver la cabeza. Se iba enfadada; posiblemente desilusionada del hombre al que ella creía diferente a los demás.

Pero Dolly era una mujer de fuego y con sus miradas y palabras cariñosas fue embrujando a Brand, aunque apenas había probado el alcohol en toda la noche.

Y él fue el elegido para acompañar a la cantante a su casa, poniéndose al volante del lujoso Lincoln. Ella, junto a él, apoyaba su turbadora cabeza en el hombro masculino, y durante el trayecto no dejó de afirmar que le gustaban los hombres fuertes y valientes que sabían defender a una mujer de todos los peligros.

Apoyada en el brazo de Ray consiguió ella llegar al *hall*, descansando en un diván. Insistió tercamente en tomar más copas de licor.

—¡Cuánto hubiera dado por conocerte antes, Arthur! —dijo ella, tuteándole; estaba casi ebria.

—¿Qué hubiera sucedido? —preguntó él, sintiendo a su pesar que la voluntad huía de su cuerpo, al contemplar rendida a la bella mujer.

—¡Ven, Arthur! ¡Siéntate a mi lado! ¡Acércate más! —Y cuando él hubo obedecido, Dolly prosiguió, con voz grave y cálida a la vez —: ¡Te habría querido con todo mi corazón! ¡Desde que te conocí supe que te pertenecía, pero ahora ya es tarde!

—¿Por qué es tarde? —interrogó Ray, hechizado por las palabras y el perfume de la artista, sintiendo que la fiebre le consumía las sienes.

—¡Han pasado demasiadas cosas en mi vida! ¡Si tú quisieras mirar solamente el futuro, aún podríamos...!

Y amorosamente atrajo la cabeza del joven, enlazándole el cuello con sus alabastrinos brazos, ofreciéndole el fruto de sus labios. Ofuscado su cerebro, seducido por la venenosa belleza de

Dolly, Ray besó ansiosamente la boca prohibida.

—¡Arthur, querido! ¡Seríamos completamente felices si nos fuésemos de Nueva York! ¿Quieres? —musitó ella cuando sus labios se separaron para poder respirar.

La proposición entibió el tumulto orgiástico que esclavizaba a Ray. Éste se levantó, impelido por un remordimiento extraño, y no encontró más justificación a su separación que ofrecerle otra copa a Dolly, en silencio. Ella la bebió, mirando al joven, ofreciéndole el brindis. Y era tan seductora la mirada, que el hombre volvió a sumergirse en el piélago maldito de aquellas caricias, olvidando las recomendaciones del director de la Academia respecto a la peligrosa fascinación de algunas mujeres.

Les faltaba el aliento y se separaron. Deseando fumar, Ray recordó que se le habían acabado los cigarrillos.

—No tengo tabaco.

—En mi alcoba tengo yo, querido. Anda, sube tú mismo; no quiero moverme. La segunda puerta a mano derecha. Me parece que hay unos paquetes sobre el tocador. Baja enseguida, Arthur.

De dos en dos subió el joven los escalones, enfebrecido, deseando retornar. Abrió la puerta indicada, penetrando en el dormitorio de Dolly, ornamentado con esplendor. También flotaba en la estancia el perfume nocivo de la mujer.

Sobre el tocador no había ningún paquete de cigarrillos, ni sobre los demás muebles. Al mirar, vio sobre una mesita artísticamente trabajada una fotografía con marco: era el retrato de Ackerman, sonriente, con un aire dominador, de hombre que viene de vuelta en la vida.

Ray estuvo a punto de hacerlo trizas de un manotazo. Se reprimió a causa de su ansia de fumar y abrió el cajón único del mueble.

En su interior yacían varios paquetes de cigarrillos turcos. Fue a coger uno cuando su vista tropezó con una fotografía sin marco. Al reconocerla, una invisible ducha helada mató el ardor de Ray, un temblor estremeció su piel, tornándola pálida. Era un retrato de su hermano Alfred. Lo tomó en las manos. Sí, era su hermano: el abundante cabello rubio con unas aisladas hebras de plata. Las mismas facciones nobles que emanaban bondad innata y su boca de líneas firmes. En el ángulo inferior derecho aparecía escrito con su

letra característica, de rasgos grandes y ordenados:

«Dolly: No rompas el único amor de mi vida. —Alfred».

Ray sintió que las lágrimas afluían a sus ojos, recordando al hermano muerto, recordando la horrible cámara de las ejecuciones y también los primeros años de su juventud, cuando todos los vecinos decían que no se parecían en nada, ni físicamente ni en forma de ser. Alfred era rubio y tranquilo, de facciones heredadas de la madre; Ray era moreno, inconstante, pareciéndose al padre, un viajante de comercio que murió en un accidente de ferrocarril al poco tiempo de nacer su segundo hijo.

Recordó Ray que cuando él quiso darse cuenta de lo que costaba vivir, su hermano Alfred, diez años mayor, ayudaba económicamente al sostén de la casa con su mísero jornal, ganado como ayudante de mecánico, dedicando las horas libres a estudiar en una academia nocturna.

¡Y él, Ray, iba a traicionar a su hermano! ¡Él no solamente estaba a punto de renunciar a la rehabilitación de su honor, sino que también iba a tener amores con el único amor de Alfred!

Sintió repugnancia de sí mismo, de su comportamiento, de su falta de hombría; y el espejo del tocador reflejaba su rostro descompuesto, prietas las mandíbulas, los labios crispados y una firme determinación en sus ojos: ¡su hermano no tendría que pedirle cuentas por la traición desde la otra vida!

Con movimientos serenos dejó la fotografía en el mismo sitio, y tomando un paquete de cigarrillos cerró el cajón, bajando poco después al *hall*.

Los brazos de Dolly le esperaban ansiosamente y por ellos se dejó aprisionar, pero ahora todo era muy diferente. Fingiría y aprovecharía aquella inmejorable oportunidad de obtener una confesión de la perversa mujer.

—¡Cuánto has tardado, Arthur!

—También me han parecido a mi muy largos los minutos que he estado arriba, querida. Ahora ya estoy a tu lado. Toma un cigarrillo, y una copa más. Olvidaremos que el mundo nos rodea.

Ella apuró hasta la última gota de licor y aspiró con ansia el humo del exótico cigarrillo. Apoyó la cabeza en el hombro de Ray, pegándose a él.

—Estoy muy «borrachita», pero recuerdo que todavía no has

contestado a mi pregunta: ¿serías capaz de que nos marchásemos juntos de Nueva York? ¿O esos negocios tuyos te impiden salir de aquí?

—Sí, mi vida. Durante unos días tendré que permanecer en Nueva York; he de hacerme con mucho dinero, y luego..., luego podremos irnos a dónde tú quieras, aunque no comprendo los motivos. ¿Por qué hablas de irnos?

La especialista en tender redes a su alrededor comenzaba a ser envuelta astutamente en una por el agente especial del FBI.

—No me gusta Nueva York. Estoy harta de vivir aquí. Me gustaría viajar contigo, así siempre, muy juntos. Podríamos ir a Europa y yo cantaría en París.

—¿Por qué no eres sincera, querida? He visto la fotografía de ese Ackerman en tu alcoba. ¿Quieres huir de él?

Ella pareció recobrar por un instante la lucidez al oír este nombre, y se quedó mirando fijamente a Ray; luego estalló en una carcajada, y dijo:

—¿Eres muy celoso, Arthur? ¡Me gustan los hombres celosos que son capaces de matar por una mujer! ¿Tú serías capaz?

—Yo sería capaz de todo con tal de no perderte, querida —aseguró bravuconamente Ray, fingiendo—. Pero no puedo olvidar que tú tienes un pasado.

—Y ¿qué importa el pasado? Mira al futuro solamente.

—Ese Ackerman y ese otro que tienes en el cajón.

Dolly se separó bruscamente de él, para mirarle coléricamente, excitada por la bebida.

—¿Por qué has registrado lo que no debes? ¡Eso no es...!

—No lo hice con intención —le interrumpió Ray, justificándose—. Los cigarrillos no estaban sobre el tocador, como tú me dijiste, y busqué por la habitación. Estaban en el cajón, y a su lado una fotografía de un individuo con cara de inglés —matizó despectivamente Ray, sintiendo que se le hacía un nudo en la garganta de la emoción.

Dolly dióse por convencida, y mimosamente se echó de espaldas en el diván, apoyando la cabeza en las piernas de Ray.

—Sí, ahora me acuerdo, tienes razón. Esta mañana puse los cigarrillos allí para que la doncella no se los fumase. Es un regalo que me hizo la otra noche un diplomático.

—¿Ves, Dolly? ¿Cómo quieres que olvide a todos esos hombres? Cuando ame, tiene que ser a una mujer totalmente mía.

—¡Qué tonto eres, querido! Si ese diplomático sólo es un admirador; nada más. Y Ackerman, un buen amigo, sólo un buen camarada. Tiene mucho dinero, es el dueño de El Pájaro Azul, aunque la gente no lo sepa, y me tiene contratada. ¡Eso es todo, mi vida!

—¿Y el de la otra fotografía?

—¿Quién? ¿Alfred? ¡Bah! No tengas celos de él; está muerto. Murió hace unos meses. No estarás celoso de un muerto, ¿verdad?

—¡Claro que sí lo estoy! Cuando aún conservas su retrato, por algo será.

Hubo en los ojos de Dolly un velo de algo parecido a tristeza.

—El pobre me quería mucho, y yo también a él. Bueno, entonces creía que estaba enamorada. Ahora, conociéndote a ti...

—¿Le querías más que a Ackerman?

—Pero si a Ackerman no le quiero, Arthur. Estoy ligada a él por algunos asuntos. Me ha dado a ganar mucho dinero. Y en cuanto a Alfred Brand, fue una cosa rara: era tan buena persona que sentí no sé qué...

—¿Alfred Brand? —inquirió Ray, haciendo como que no le era totalmente desconocido el nombre.

—Sí. Era inspector de la Policía de aquí. ¿Le conocías?

—Por desgracia, sí; aunque de esto hará bastantes años y no es muy halagüeño para mí —aseguró Ray, dando la sensación de que había tenido algún tropiezo con el Departamento de Policía de Nueva York—. Hace unos meses leí en los periódicos su detención, acusado de asesinato. ¡Pasé un buen rato leyendo la noticia! ¡Bien merecido se lo tenía!

El agente especial tuvo que hacer un esfuerzo sobrehumano para fingir satisfacción. Aquella comedia le iba agotando cada vez más.

—No sé los motivos que tendrás para hablar así, pero yo sé la verdad de todo —afirmó Dolly torpemente, tartamudeando a causa del alcohol.

—La verdad la sabe todo el mundo por los periódicos. ¡Mató a un guardia! ¡Y fue a la silla eléctrica, ni más ni menos!

—Alfred era inocente. Y eso no lo sabe todo el mundo; te lo digo yo en confianza.

El latir desenfrenado del corazón de Ray se calmó súbitamente al oír la magna revelación. Tucker estaba en lo cierto: ¡Alfred Brand era inocente!

Ray se propuso averiguar la verdad, y prosiguió fingiendo.

—¡Bah! Eso no puede ser. Leí que se dejó condenar sin decir palabra. Si hubiera sido inocente ya habría declarado para descargarse de culpas. ¡Era culpable!

—¡No era culpable! ¡Fue un cobarde! No se atrevió a hablar porque le amenazaron. ¡Tuvo miedo! ¡Fue un cobarde! Sufrí tal desilusión que no hice nada por salvarle. Si hubiese sido valiente yo habría puesto las cosas en claro. No se merecía que yo le quisiera. Estoy segura de que si eso te ocurre a ti te habrían importado poco las amenazas, ¿verdad?

—A mí no se me tapa la boca con amenazas —dijo siniestramente Ray—. Se me tapa con dinero, si me conviene. Ya me imagino que fue Ackerman el que amenazaba, ¿no?

Dolly, sumida ya en el caos de la embriaguez, respondió:

—Sí, él fue. Pero tú no le tengas miedo, querido. Yo quiero que me protejas de él... No le tengas miedo...

Y Dolly cayó en un profundo sueño, yaciendo su cabeza en las piernas de Ray. Éste, ante la ansiada revelación, meditaba sobre el primer paso a dar.

Luego, con sumo cuidado, fue escurriéndose en el diván, colocando un cojín bajo la negra cabellera de la cantante, que dormía pesadamente. Pisando de puntillas se dirigió a una habitación contigua cuya puerta abierta permitía ver que se trataba de un despacho; un teléfono sobre la mesa.

Ya dentro, cerró la puerta tras cerciorarse de que la artista continuaba en igual postura, y se puso en comunicación telefónica con el hotel donde residía Bugs. Su amigo respondió con voz de ser despertado bruscamente. En tono bajo, Ray le indicó:

—Estoy en casa de ella. Ven con tu coche. Te esperaré en el cruce del camino con la carretera. No tardes.

Poco más tarde, Ray, en el lugar señalado, esperaba fumando. Se ocultó tras unos arbustos al pasar un policía motorizado en dirección a la ciudad, haciendo lo mismo cuando cruzaba algún coche.

Al fin se presentó Bugs, conduciendo el Nash comprado a su

llegada a Nueva York. En pocas palabras, Ray le explicó lo sucedido una vez que estuvieron en marcha. Y seguidamente le expuso sus proyectos: aquella noche harían una incursión a la joyería de Ackerman en busca de algún dato referente a los asuntos «extraordinarios» mencionados por Dolly.

Bugs, que había escuchado atentamente, dijo con júbilo:

—Has dado un buen paso, Ray. Ya tienes la seguridad de que tu hermano fue inocente.

—Sí, pero necesito saber quién le obligó a callar y cómo lo consiguieron. ¡Para aquí mismo! —dijo de pronto el joven.

Se apearon en un sitio solitario, sin edificaciones cercanas, junto a una nutrida hilera de árboles.

—Escóndete tú ahí, y protégeme si hubiera cualquier imprevisto.

Momentos más tarde, Ray, que estaba apoyado en el Nash, se incorporó al distinguir a lo lejos una luz vacilante, cada vez más intensa, hasta que se dividió en dos. Un automóvil se acercaba en dirección a Nueva York. Y serían forasteros, dadas las altas horas de la noche.

Se colocó en medio de la carretera, agitando los brazos, y cuando el coche estuvo a unas yardas acercóse a la ventanilla del conductor. De una ojeada pudo observar que el vehículo, un Packard, sólo llevaba dos pasajeros: el chófer, de uniforme, y en el asiento posterior, un individuo voluminoso, acabado de despertar al detenerse el automóvil.

Cortésmente, Ray se excusó:

—Perdonen la molestia, pero tengo mi coche sin gasolina. Si fuesen tan amables de... —Y no terminó de hablar, pues ya les apuntaba con la Luger, al tiempo que abría la puertecilla y sacaba de un tirón al chófer, temiendo que pisase el acelerador y le burlasen.

La maniobra tuvo éxito gracias a la rapidez desarrollada. El cañón de la gran pistola golpeó la cabeza del conductor, que quedó exánime sobre la carretera; y el hombre gordo tuvo fuerzas únicamente para preguntar gimoteando:

—¿Qué quiere usted?

—¡Abajo! ¡Y pronto! —le ordenó secamente el agente especial, convertido en un «fuera de la ley».

Fácilmente le redujo a la impotencia con su propia bufanda y los

tirantes, dejándolo atado de brazos y piernas en la cuneta, vendándole a continuación los ojos. El chófer, aun sin sentido, sufrió igual maniobra.

Haciendo un gesto a Bugs de que no hablase, ambos se alejaron prudentemente.

—¿Te has traído guantes?

—Sí, dos pares. Y también las herramientas y una linterna. Me imaginé que harían falta.

Sacó de un bolsillo dos pares de guantes de goma finísima, y levantándose el chaleco de punto mostró un amplio cinturón de cuero, como si fuese una faja, que contenía todo el instrumental usado por los delincuentes expertos en cerrajería, y no para buenos fines.

—Dame un par y el cinturón —solicitó Ray—. Lleva el automóvil tuyo a la cochera. Te esperaré en la esquina de la Calle 18 con la Sexta Avenida.

Se separaron ambos amigos. Bugs tomó la dirección de la ciudad con el Nash, y detrás Ray, con el Packard recién adquirido a velocidad moderada.

Entraba en la ciudad cuando se detuvo en un bar, tomando un café bien cargado, examinando a la vez una guía telefónica para tomar nota de la dirección exacta de la joyería de Ackerman.

Calculando el tiempo que podría invertir Bugs en su ausencia, llegó justamente con un ligero retraso al punto de cita, deteniéndose sólo un momento para que su camarada subiese; y arrancó enseguida, temiendo encontrarse con algún coche de patrulla de la Policía.

Unos minutos más tarde abandonaban el coche en la Calle 36. Llevaban puestos los guantes de goma, a fin de no dejar huellas delatorias. El cielo había perdido su anterior negrura y comenzaba a tornarse algo gris, anuncio del nacimiento de la aurora. Les urgía actuar si no deseaban ser sorprendidos por el personal de limpieza.

El edificio buscado era un rascacielos, y después de observar la Quinta Avenida en sus dos direcciones, y no distinguir a ningún guardián uniformado, Ray pulsó el timbre. Sentíanse ambos amigos algo nerviosos; aquella aventura era más difícil que detener un coche en la carretera; estaban expuestos a quedarse encerrados en el edificio y ser cogidos como ratas.

La puerta se abrió a medias y el vigilante nocturno preguntó:

—¿Qué desean a estas horas?

—Somos del piso dieciocho; hemos de preparar unos trabajos urgentes, y...

Bugs terminó la frase con un directo a la mandíbula del guardián, derribándole al suelo, donde recibió otro golpe que le hizo perder el conocimiento. Indicó a Ray que podía acercarse, pues éste había permanecido rezagado, con objeto de que luego la Policía sólo tuviese noticias de un asaltante. Maniataron al pobre hombre y le escondieron en el *hall*, detrás de una gran maceta.

Temieron usar el ascensor por si el ruido ponía en alerta a otro posible vigilante; usaron la escalera. La joyería se hallaba en el piso noveno y a él llegaron algo sofocados, de subir precipitadamente.

Ray abrió con cautela la puerta que daba a este piso y se asomó. Nadie en el largo corredor, iluminado por sendas lámparas en los extremos.

Fueron buscando, y pronto encontraron una puerta metálica que ostentaba un niquelado rótulo: «E. Ackerman. Joyero».

La cerradura era difícil de abrir, y no sólo preocupaba esto a los asaltantes, sino también que hubiese dispuesto un aparato de alarma en conexión con el cuartelillo de la Policía del distrito. Bugs, sin dudar más, bajó las escaleras, subiendo al rato.

—Ya está. Me ha dicho dónde está la palanca de corte. Puedes actuar. Nuestra ventaja está en que la Policía no se dé cuenta del apagón de la señal.

Ray forcejeó con la cerradura, aplicando el oído al utilizar las diferentes ganzúas, hasta que oyó el chasquido peculiar. La puerta estaba franca. Entraron. A la luz de la linterna vieron primeramente una elegante sala, con vitrinas a lo largo de las paredes, y en su interior pulseras, collares, sortijas, broches, destelleando las preciadas gemas al resplandor de la linterna. Despreciándolas, se encaminaron a la puerta del fondo, abriéndola con pasmosa facilidad.

Era una oficina, a juzgar por sus mesas, máquinas y objetos de escritorio. Dos armarios debían de contener los libros de contabilidad. Y penetraron en la última habitación, el despacho del joyero, sin lugar a dudas, observando su suntuosidad.

Se pusieron febrilmente a buscar en los cajones de la gran mesa:

recibos, facturas, notas sobre piedras, direcciones...; nada extraño a un negocio de joyas. Desilusionados, proyectaron el círculo luminoso de la linterna sobre la monumental caja de caudales que se levantaba a la izquierda. La examinaron con verdadera desesperación; ellos no podían abrirla; se hubiera necesitado nitroglicerina o un experto cerrajero en cajas fuertes.

Después de exponerse por dos veces, el resultado era nulo; nada sospechoso en contra de Ackerman, nada que confirmase las manifestaciones de Dolly en lo referente a los negocios «extraordinarios» del joyero.

La linterna sorda iluminó durante unos momentos los movimientos de unos dedos enguantados colocando los diferentes papeles para que no fuese notada la apertura de los cajones.

Cuando cruzaban la primera sala, la de exposición, Ray dijo:

—Convendría estropear unas cuantas vitrinas y llevarnos unas joyas. Así creerán que somos unos vulgares ladrones.

Pusieron manos a la obra, y con las culatas de las pistolas hicieron añicos varios cristales. Al sacar un puñado de joyas de una vitrina, Bugs se rasgó el antebrazo con un vidrio, lanzando una exclamación ahogada.

—¡Vamos ya! —indicó Ray, al ver que el brazo de su amigo sangraba.

A todo correr descendieron por la escalera, y atravesaron el *hall* sin apenas hacer ruido, para que el vigilante nocturno, tumbado en el suelo y de cara a la pared, no pudiese distinguir las pisadas de dos personas.

Justamente cuando salían a la calle, tres coches se acercaban a una velocidad meteórica, rasgando el amanecer con la potencia de sus faros pilotos; la Policía se acercaba al edificio a investigar el motivo de haberse apagado la señal luminosa en el tablero de la comisaría, aunque no hubiese sonado el timbre de alarma.

Los dos jóvenes corrieron a lo largo de las fachadas y, afortunadamente, no habían sido enfocados por el haz luminoso de los reflectores. Corrían como locos, teniendo presente que si los cogían les aguardaban varios años de alojamiento gratuito en Sing-Sing

. De nada les valdría decir que eran agentes especiales del FBI, puesto que obraban por cuenta propia.

Tuvieron la desgracia, cuando torcían para internarse en la Calle 36, de que la silueta de Bugs, por ir más rezagado, se recortase a la luz de los faros. E instantáneamente las sirenas de los coches rasgaron el aire con su estridencia alborotadora. Los policías ya estarían comunicando con la Central, y los locutores pondrían en movimiento a todos los coches que patrullaban por la ciudad, avisándoles mediante la radio que estuviesen atentos a un coche fugitivo.

El sudor perlaba la cara de Ray cuando alcanzó el robado Packard. Bugs llegó enseguida y se puso al volante, haciendo arrancar al automóvil en un segundo, que les pareció un año. Sin importarles contravenir el reglamento de circulación, dieron la vuelta, tomando la dirección prohibida, huyendo de la Policía.

Bugs condujo habilidosamente, tomando las curvas de la esquina a todo gas, pues a aquellas horas el tráfico era nulo y no había peligro de atropellos.

Como jauría de perros hambrientos las sirenas aullaban detrás, cada vez más cercanas. Inconscientemente, Bugs conducía hacia la parte oeste de Manhattan. Enfiló una calle larga y entonces comprobaron que los coches perseguidores eran de más potencia que el suyo, pues acortaban distancia por momentos.

—Prepárate a saltar, Ray —dijo Bugs, sin dejar de pisar el acelerador—. Voy a doblar una esquina; salta y escóndete en un portal.

—No quiero. Nos escaparemos juntos.

—No seas terco, hombre. Es la mejor forma de despistarlos. Con quedarnos los dos dentro no hacemos nada.

Resignadamente, viendo que no era ocasión propicia para hacer un cambio como conductor, Ray abrió la puertecilla lateral derecha. Y al doblar la esquina, aprovechando la disminución de velocidad, se arrojó al exterior.

Bugs, mirando el espejo retrovisor, le vio rodar por el suelo como si fuese una pelota, y seguidamente levantarse y correr hacia un portal, desapareciendo en la sombra. Los conocimientos de lucha japonesa le habían valido para hacer un ovillo con su cuerpo y no causarse lesiones de consideración.

Bugs sonrió al ver que los dos coches de la Policía continuaban persiguiéndole, sin haberse dado cuenta de la evasión de Brand.

Sintiendo que la sangre se le remozaba en las venas, saboreando la peligrosa aventura como si fuese una diversión, dado su espíritu deportivo, metió el pie a placer, obteniendo un rabioso rugido del motor. El Packard volaba, más bien que corría, y a no ser por un coche que venía hacia él, también con el aullido de la sirena, les hubiera sacado una ventaja considerable.

No tuvo otro remedio que darle media vuelta al volante y tomar otra calle. Reconoció la barriada, y una feliz idea se infiltró en su mente: les jugaría una treta ingeniosísima.

A poca distancia se hallaba el campo de polo y la orilla derecha del río Harlem. Hacia éste encaminó las ruedas de su automóvil, y buscando un sitio libre de obstáculos lo enfocó en línea recta, tras haber abierto con la mano izquierda la puertecilla. Cuando el coche llegaba casi al río, Bugs dio un salto, dando varias volteretas en el césped. Cuando se alejaba a todo correr vio que el Packard daba un magnífico salto en el vacío, como caballo desbocado, y se sumergía en las tenebrosas aguas del Harlem, produciendo un escandaloso chapoteo.

Cuando la Policía sacase a la luz del día el automóvil naufragado, comprobarían que el misterioso conductor no aparecía dentro. Por una vez, el Departamento de Policía fracasó. Ignoraba que se había enfrentado con dos inteligentes y astutos agentes especiales del FBI.

IV

EXPIRANDO EL PLAZO



UANDO Ray abrió los ojos, al día siguiente, por entre las rendijas de las ventanas entraba el quebrado resplandor de los anuncios de neón en la calle; era casi de noche. Y el motivo de despertarse era el insistente canto del teléfono. Saltó de la cama y cogió el aparato. Era Dolly, invitándole a cenar en su casa, pues aquella noche tenía descanso y no acudiría a El Pájaro Azul. Ackerman y su sobrina les acompañarían. Le rogó que no demostrase ante los otros las relaciones amorosas que les unían desde la noche anterior hasta que no fuese oportuno. Se despidió de Ray con un cariñoso saludo.

Después de ducharse, y con un cigarrillo en los labios, el joven

se puso a escribir una carta a su amigo el inspector Tucker, dándole cuenta del avance de sus gestiones. Le rogaba encarecidamente que hiciese todo lo posible por conseguirle algunos días más de permiso.

Marcaba su reloj de pulsera las ocho y media cuando salía del garaje, conduciendo el coche que había comprado a su llegada a Nueva York en diferente establecimiento que Bugs. Había echado la carta dirigida a Tucker y comprado un periódico de la noche. Perdido entre otros sucesos de la gran ciudad venía el robo a la joyería de Ackerman.

Ray se sonrió al leer la noticia, y el último párrafo le dio una nueva idea. Detuvo el coche ante una farmacia y se compró un paquete de gasa. Y ya en los arrabales, se puso la venda en el antebrazo izquierdo, liada bajo el esmoquin de tal forma que al alargar la mano se viese asomar por la bocamanga un anillo blanco. Si aquello no hacía caer en la trampa a Ackerman es que era una persona decente en contra de las apariencias.

Cuando llegó a la magnífica mansión de Dolly, Edna y su tío se encontraban en el *hall* con la artista, tomando unos highballs [6] del excelente Oíd Canadian. La acogida a Ray de aquellas tres personas fue completamente distinta; Dolly le sonrió con disimulado aire de complicidad. Ackerman le dio un cordial apretón de manos, pareciendo muy satisfecho de su llegada; Edna apenas le miró, contestándole fríamente.

Y en igual línea de conducta cenaron, manteniendo una charla general, salpicada de bromas ingeniosas de Ackerman, que no podía estar más simpático. Dolly tocaba con su zapato el pie de Ray, por debajo de la mesa, y Edna hacía caso omiso de la presencia de Sullivan, pronunciando solamente monosílabos, como si se encontrase a disgusto.

El agente especial observaba a la joven, deseando que sus miradas se cruzasen, pero llegaron los postres y no lo consiguió. Y el motivo de aquella manifiesta frialdad no podía ser otro más que lo sucedido la noche anterior en casa de Ackerman, cuando ella vio que Dolly coqueteaba descaradamente en el baile con el apuesto joven que sabía decir versos en francés.

La cantante, mientras tomaba el café, acabado de servir por las doncellas, dijo irónicamente:

—¿No sabe, señor Sullivan, que anoche robaron en la joyería de

nuestro amigo? Viene en el periódico.

Ray puso cara de inocente, negando.

—No, no lo sabía, y eso que he comprado el periódico; ni siquiera le he echado una ojeada —y dirigiéndose al joyero—: Pues no se le nota, señor Ackerman; está usted riendo como si tal cosa. Poco habrá sido lo que le quitaron, ¿no?

—No, no tan poco —repuso el aludido, sin perder la sonrisa—. La Policía está sobre la pista, y espero que dentro de algunos días las joyas volverán a mi poder, y el ladrón esté en la cárcel por unos cuantos años. Llevaba un arma de fuego y eso cuesta caro en este Estado.

Y entonces fue cuando Ray puso en ejecución su preparada maniobra. Alargó ostensiblemente el brazo izquierdo para tomar más azúcar, y el filo blanco de la venda apareció por la bocamanga. Ackerman lo notó enseguida y se quedó mirando fijamente a Ray, quien fingía no haberse dado cuenta y estaba azucarándose más el café.

Dolly había tomado la palabra, charlando sobre sus proyectos artísticos, y ni ella ni Edna habían observado el detalle. Ray dedujo enseguida que Ackerman sí estaba enterado por su silencio y seriedad repentinos.

Pasaría un cuarto de hora hasta que el joyero tomó el uso de la palabra, recobrando su anterior simpatía. Probablemente este tiempo transcurrido lo necesitó a fin de dominarse y hacerse a la idea de que no convenía aclarar de momento las cosas, aunque tuviese delante al ladrón.

—¿Qué? ¿Qué tal sus asuntos, señor Sullivan? ¿Cómo marchan? —le preguntó a Ray, demostrando ser un hombre de nervios templados.

—No mal del todo. Estoy bastante satisfecho de las últimas operaciones.

Ackerman enrojeció visiblemente; era indudable que le ponía al rojo vivo la desfachatez de aquel individuo desconocido.

Dolly volvió a dirigir la conversación al margen del duelo invisible. Ray recordó que por la mañana había encargado a Bugs vigilase desde el anochecer la casa particular de Ackerman. Estando éste alejado, y su sobrina, sería fácil hacer una incursión en ella, por si en su despacho hubiese algunos documentos comprometedores.

La ocasión de hacer el registro no podía ser más propicia.

Miró su reloj: eran las doce y media.

—Siento abandonar su grata compañía, pero mañana he de levantarme muy temprano.

Dolly y Ackerman protestaron, afirmando que sería un verdadero crimen abandonarlos.

—Lo lamento de verdad. Mañana me espera un día de ajetreo y necesito estar descansado. Por la tarde ya estaré libre y tendré mucho gusto en corresponder a sus amables invitaciones.

Y pese a las protestas de los dos, mientras Edna permanecía indiferente, Ray se despidió, haciendo un significativo gesto a Dolly, como sintiendo no poder quedarse con ella hasta última hora.

El regreso a Nueva York lo hizo a gran velocidad, entrando en el hotel apresuradamente. Preguntó al conserje si le habían llamado, y el hombre le respondió que un señor había preguntado dos veces por él. Con el corazón sobresaltado, imaginándose que su amigo tenía alguna noticia importante, salió del ascensor entrando en su cuarto. Necesitaba coger el cinturón de las herramientas, los guantes de goma y la máquina micro fotográfica.

Cuando dio la luz, algo le llamó la atención: el cordón del teléfono se balanceaba. Alguien había dentro del cuarto. La sensación de peligro le hizo reaccionar igual que en los momentos más difíciles de sus combates en avión durante la guerra. Serenidad, mucha serenidad, y no perder la cabeza. Desechó el pensamiento de huir cobardemente de la habitación. Tenía que localizar al intruso y atraparle.

Echó una mirada alrededor, todo estaba aparentemente en orden. ¡El individuo emboscado sólo podía estar oculto en el cuarto de baño o dentro del armario, o debajo de la cama!

Ray Brand demostró ser un hombre de nervios acerados. Como si no se hubiese dado cuenta de nada, tarareando una cancioncilla popular, comenzó a desvestirse. Primero el abrigo, que arrojó descuidadamente sobre una silla; luego la chaqueta del esmoquin, quedando al descubierto la Luger, colgando de la sobaquera izquierda. Y cogida la prenda con la mano siniestra, abrió con la derecha la puerta del armario, dispuesto a empuñar velozmente la pistola si el intruso estuviese dentro. No había nadie. Sólo los trajes colgados de las perchas.

Parsimoniosamente, y sin dejar de tararear, colocó la chaqueta en su sitio. Y con los músculos tensos, traspuso la puerta del cuarto de baño, dando la luz, pues sabía que su silueta se recortaría fácilmente bajo el dintel de todas formas. Tampoco allí había nadie. Se enjuagó la boca con el elixir dental, como quién se dispone a acostarse, y regresó al dormitorio. ¡El intruso estaba debajo de la cama!

Miró de soslayo, pero los flecos de la colcha le impidieron ver algo. Dejó de cantar, mientras se quitaba la corbata delante del espejo; no logró oír más respiración que la suya, y no muy normal por cierto. Tampoco el azogado cristal le permitía ver en su reflexión algún indicio sospechoso debajo del lecho. ¡Y, sin embargo, tenía que estar allí, tal vez apuntándole con un arma! Si se le ocurría levantar la colcha, buscando al azar, es seguro que el intruso le dispararía a quemar ropa.

La situación se enrarecía. No le agradaba la idea de acostarse, sabiendo que debajo había un hombre que probablemente empuñaba una pistola con silenciador. Decidió dejar que los acontecimientos corrieran por sí solos; mientras él tuviese la Luger en la mano, siempre le quedaría el consuelo de no dejar ileso al escondido.

Fue quitándose los pantalones, se descalzó, y por último se quitó la camisa, no sin antes descolgarse la sobaquera con el arma, depositándola suavemente sobre la almohada, de forma que la visual del que estaba debajo no abarcase la maniobra. Por último se puso el pijama.

Iba a acostarse cuando el timbre del teléfono comenzó a sonar escandalosamente, produciendo un ruido capaz de destrozar al más templado en aquella situación. Ray miraba desesperadamente el aparato, no queriendo acudir a cogerlo, pues el otro le vería que llevaba el arma empuñada a pesar de ir en pijama, y sospecharía enseguida la verdad. Y no coger el aparato sería demostrar que algo anormal ocurría. Hiciese lo que hiciese, estaba acorralado. ¡Y el maldito timbre sin dejar de sonar!

Ray encontró a medias, una solución. Se pasó la pistola a la axila izquierda, bajo la chaqueta del pijama. Y con el brazo apretado disimuladamente contra el costado, para que no se le cayese el arma, se acercó al aparato, descolgándolo:

—¡Diga!

—¿Es usted, señor Sullivan?

Quién llamaba era Bugs, con voz agitada.

—Sí, yo soy, querida —repuso Ray, melosamente, queriendo disimular, pues el intruso estaría escuchando atentamente.

Bugs no debió de entender bien el «querida», porque notificó apresuradamente:

—Estoy enfrente de la casa de A. Hace media hora que subieron dos individuos a su piso; dos tipos sospechosos. Han dejado un coche herméticamente cerrado en la puerta de la calle. Creo que es algo interesante. Venga enseguida, señor Sullivan. Le llamé antes dos veces. ¿Dónde estaba usted?

—¡Oh, nena, no hagas preguntas indiscretas; no me gustan las chicas preguntonas, por muy preciosas que sean...!

—Pero ¿qué demonios te pasa, Ray? —estalló al otro lado de la línea Bugs, creyendo que su amigo se había vuelto loco—. Soy yo, que te llamo. ¡Ven enseguida y no hagas más el tonto!

—No, querida, lo siento mucho, pero no puedo ir a verte. Es ya muy tarde y mañana tengo que trabajar. Debes ser formalita e irte a la cama, como hago yo. Las chicas decentes están acostadas a estas horas.

—¡Déjate de bromas, Ray! Que a lo peor salen de un momento a otro y se escapan... ¿Qué hago? Déjate de tonterías, o, ¿es que te ha vuelto idiota esa cantante?

—No, preciosa, no, no puedo. Tú haz lo que quieras. Si te son simpáticos esos caballeros, vete con ellos, y que te diviertas. Yo ahora no puedo, nena. Te digo de verdad que no puedo. Tengo un sueño feroz. Mañana me lo contarás todo.

—Pero ¿eres tú Ray o no? ¿Quién es usted? ¡Yo no soy su nena ni su nada! Yo quiero hablar con un señor de ese hotel. ¡Cuelgue y déjeme en paz! —vociferaba Bugs, fuera de sí.

—Sí, eso voy a hacer. ¡Voy a colgar, pero no te enfades, cielín! Ya sabes que soy un hombre de amplios ideales. Márchate con ellos, pórtate bien, y sobre todo ten cuidado; esos señores siempre son de cuidado. ¡Adiós, nena! ¡Adiós, reina!

Y Ray colgó, conteniendo un suspiro que le nacía desde las plantas de los pies; había pasado un rato fatal. ¡Y el pobre Bugs tampoco lo habría pasado mejor!

Prosiguiendo la comedia, se dirigió a la cama, monologando filosóficamente:

—¡Ay! ¡Qué mujeres! ¡Siempre buscándonos complicaciones!

Una vez metido en la cama, con la Luger empuñada, apagó la luz, quedándose inmóvil; y a los pocos momentos fue respirando acompasadamente, como si comenzase a dormir. Estaba con los ojos abiertos, taladrando la suave penumbra que penetraba por la abierta ventana. Aún no se oía ningún ruido debajo del lecho.

Ray, vigilante con los sentidos y el cerebro, llegó a deducir que aquello era obra de Dolly, o de Ackerman, o de ambos puestos de acuerdo. ¡Recordaba que era muy extraño el interés de Ackerman por retenerle en casa de la cantante! ¡Y la invitación a la cena también era rara! Y además, ¿qué otras personas conocían su dirección? Nadie; si la Policía le hubiera seguido la pista a causa del robo en la joyería, no habría utilizado estos métodos.

En consecuencia, el agente especial varió sus intenciones, decidiendo no capturar al intruso, y así dejar que Ackerman reuniese todos los datos obtenidos y dedujese que el tal Arthur Sullivan era un ladrón.

Transcurrieron diez minutos de hacerse el dormido cuando oyó un leve rumor bajo su cuerpo, de algo que se deslizaba sobre el piso. Apretó firmemente la culata de la Luger por si el enviado de Ackerman llevaba órdenes de matarlo mientras dormía.

De nuevo el silencio y a continuación un arrastrarse suavemente. El individuo estaba saliendo a gatas. Ray le vio alejarse muy despacio, con infinitas precauciones, y luego erguirse para abrir la puerta y salir.

La tensión eléctrica que saturaba la atmósfera del cuarto se desvaneció. El fingido durmiente esperó todavía unos minutos. La llamada de Bugs era urgente e importante, mas convenía actuar con calma. Cuando lo creyó oportuno se puso en pie y a oscuras se acercó a la puerta; abriéndola con cuidado: no había nadie en el largo corredor.

Encendida la luz tras haber cerrado las maderas de las ventanas dio comienzo la tarea de vestirse. Y al abrir la maleta en busca del cinturón del instrumental se dio cuenta de que le faltaba el cinturón, apareciendo todo el fondo destrozado, quedando al descubierto el doble fondo donde él había guardado las joyas

quitadas a Ackerman en su establecimiento de la Quinta Avenida. La pérdida de las preciosas joyas no le importaba puesto que desde el primer momento no pensaba aprovecharse de ellas, sino devolverlas más tarde a su dueño, fuese un malhechor o no. Pero sentía la pérdida del instrumental, difícil de reponer sin levantar sospechas en los confidentes de la Policía.

Afortunadamente, ni él ni Bugs conservaban la documentación de agentes especiales del FBI, por ser un impedimento más que una garantía de seguridad. Cuando Ackerman escuchase a su compinche, seguiría pensando que Arthur Sullivan era un ladrón audaz, un ladrón de guante blanco.

Al cruzar con su automóvil por delante de la casa donde residía Ackerman, en la Tercera Avenida, vio a Bugs que le salía al encuentro. Frenó un momento para que su amigo subiese, y continuó la marcha, dando luego la vuelta, con el fin de tener el coche en la misma dirección que el Studebaker parado ante la puerta del joyero.

—¿Qué te ocurría hace un rato, Ray? Después he caído en la cuenta de que te sucedía algo raro. ¿Es que tenías visita?

—Sí, has acertado, pero una visita no invitada por mí.

Y a continuación le explicó lo ocurrido. Bugs lanzó un silbido de satisfacción.

—¡Ahora es cuando estamos seguros de que andamos sobre la buena pista!

—No lo estoy yo tanto, Bugs. Imagínate que lo de esta noche ha sido consecuencia de las sospechas de Ackerman, un conocido joyero a quien acaban de robar. Y además, ¿olvidas que mañana es el último día de permiso, y aún no hemos conseguido un solo dato con el que podamos hacer intervenir al FBI y justificar así nuestras actividades?

Hubo un corto silencio, meditativos ambos jóvenes, sin dejar de observar la puerta del edificio donde vivía Ackerman. Lo rompió Ray, preguntando:

—Oye, ¿y cómo sabes tú que esos dos individuos han subido al piso de Ackerman? ¿No estabas tú aquí, en la calle?

—Sí, pero los vi bajar de ese coche, acompañados por Fawcett, aquel tipo de la otra noche cuando el atraco en la carretera; con el monóculo es inconfundible. Y hace un rato, después de llamarte por

teléfono, entraron también un caballero alto y corpulento y una muchacha. Me imaginé enseguida que sería ese joyero y su sobrina, por las señas que me diste. Seguramente estarán en conciliábulo.

—Y la cantante, ¿no ha venido con ellos?

—No.

Acababa de pronunciar la negación cuando, señalando con el dedo a dos tipos que montaban en el Studebaker, dijo:

—¡Ésos son! ¿Los conoces?

—No —repuso Ray, poniendo el motor en marcha—. Bugs, aléjate y continúa vigilando aquí. Antes de que amanezca, te vas a acostar. Ten cuidado con las patrullas de Policía, no sospechen de verte a estas horas.

—Aquí no hay nada que hacer, Ray. Me voy contigo.

—No, es mejor lo que yo digo, tenemos que vigilar todos los movimientos de esta gente. Anda, que ya se alejan y no quiero perderlos de vista.

De mal humor, Bugs se bajó del automóvil, que al instante arrancaba a moderada velocidad, para no llamar la atención de los ocupantes del Studebaker.

Apenas vio Ray que tomaban la Avenida de San Nicolás y luego cruzaban el Hudson por el puente de Washington, internándose en el Estado de Nueva Jersey, supo que la llamada de Bugs alcanzaría proporciones insospechadas. Era muy extraño que a aquellas horas de la noche se saliese del estado de Nueva York, a no ser por un motivo de suma importancia.

El poderoso Studebaker de los perseguidos avanzaba a gran velocidad por la asfaltada carretera, y el agente especial se veía obligado a obtener el máximo de su modesto Ford. La doble hilera de árboles retrocedía, rauda, dando la sensación de vertiginosa velocidad. El joven llevaba los faros apagados y temía que de un momento a otro algún puntilloso policía de tráfico le echase el alto. Se guiaba por el punto rojo que le precedía, exponiéndose a estrellarse en alguna de las curvas.

Y al doblar una de ellas, en una subida, perdió de vista al Studebaker, desvanecido en la noche como si fuese un fantasma. Por más que el joven recorrió un gran trecho, no consiguió distinguir el vehículo de los perseguidos. Era seguro que habían tomado algún camino, apagando la luz de los faros

preventivamente.

De mal humor, intuyendo que aquel fracaso era trascendental, Ray regresó a hotel.

V

ULTIMO DÍA DE VACACIONES



RA más de mediodía del último día de plazo cuando Ray despertó. Éste fue su primer pensamiento: «Todas sus gestiones resultaban baldías; en realidad no sabía nada, no podía acusar de nada a Dolly ni a Ackerman». El desaliento hizo presa en él, y por un momento se consideró impotente para descubrir el misterio que le trajo a Nueva York. Bajó en el ascensor a la piscina de invierno del hotel, una moderna construcción, cerrada por completo, con el agua a una temperatura casi templada. La atlética contextura de Ray quedó al descubierto al quitarse el albornoz y quedarse en bañador. Desde lo más alto del

trampolín, en un salto de carpa, se sumergió limpiamente en el líquido elemento, causando la admiración de los pocos presentes.

Emergió como un tritón poderoso, e hizo varios largos a *sprint*, con largas y elegantes brazadas que apenas levantaban agua, mientras con los pies practicaba el difícil estilo del crawl. El agua le sirvió de sedante, comunicándole nuevas energías, y al salir tuvo la impresión de que se había bañado en la legendaria fuente de Juvencia.

Se hallaba en una de las cabinas, friccionándose el cuerpo con la toalla de baño, cuando el altavoz anunció:

—¡Llaman al señor Arthur Sullivan al teléfono! ¡Al teléfono el señor Arthur Sullivan!

Se puso el albornoz precipitadamente y corrió hacia el teléfono que había en la entrada de la piscina.

Al momento, la voz de Dolly Cross al otro extremo del hilo:

—Oye, Arthur: tengo noticias muy importantes, que te interesan. ¿Irás esta noche a El Pájaro Azul?

Y más que el sentido de las palabras, impresionó a Ray el tono de la artista, preocupado a todas luces. Le repuso afirmativamente.

La concurrencia a El Pájaro Azul era muy numerosa cuando Ray Brand penetró aquella noche —su última noche de «vacaciones»— en la suntuosa sala de baile. Enseguida distinguió sentados a una mesa a Dolly, más bella que nunca, a Fawcett, y a la linda Edna, la sobrina de Ackerman; pero éste no se hallaba presente, con profunda consternación de Brand, que de un golpe se sintió descorazonado al creer que el apremiante aviso de Dolly sólo había sido un deseo de enamorada.

De mala gana se acercó a ellos. Dolly, siempre magnífica actriz, fingió la justa medida de cordialidad. Edna repuso a su saludo fríamente y Fawcett, con el monóculo y tan atildado como de costumbre, fue el más efusivo.

A los pocos momentos invitaba a bailar a Dolly, curioso por conocer las interesantes noticias. Danzaban cuando Ray preguntó:

—¿Qué ocurre?

—¿De qué clase son tus negocios, Arthur? —interrogó ella a su vez.

—Convertir el agua del mar en oro —fue la sarcástica respuesta

de Ray, diciendo a continuación—: ¿No sabes que me molestan mucho las preguntas indiscretas?

La reacción de la cantante fue típicamente de enamorada. En lugar de darse por ofendida, se rindió:

—Te lo preguntaba porque Ackerman desea verte enseguida. Está muy enfadado y he oído algunas cosas de ti que no me agradan.

—Si no te agradan, tienes dos caminos a elegir: olvidarme o resignarte. Cuando hable con Ackerman ya te explicaré. ¿Dónde está?

—En el despacho, arriba. Fawcett tiene orden de llevarte, sin prevenirte. Arthur, ten cuidado, querido; no conoces a Ackerman. Es capaz de todo; y no quiero que tengas un mal tropiezo —aseguró ella, con aire sinceramente preocupado.

—Guarda ese temor para tu querido amigo —aconsejó Brand, con ironía—. Ackerman es poca cosa. Tiene demasiado dinero para jugarse la vida a una carta.

Dolly se apretó más contra el pecho de Ray, como si se sintiese segura en los brazos del hombre que no sentía miedo de nada.

Regresaron a la mesa, y Fawcett, algo nervioso, dijo:

—¿Tendría inconveniente en acompañarme unos momentos, señor Sullivan, si las señoritas nos perdonan?

Siguió al del monóculo por la escalera de mármol que se levantaba en un rincón, subiendo a la abierta galería superior; también allí había mesas y parejas dominando desde lo alto la pista. Traspusieron el umbral de una puerta, luego otra, y por último, tras recorrer un pasillo, penetraron en un despacho donde se encontraba solo Ackerman.

Éste ofreció asiento a los recién llegados después de estrechar la mano a Ray, quien procuró colocarse de espalda a la pared, frente a la puerta. El joyero atacó de palabra, sin preámbulos:

—Sullivan, voy a meterlo en la cárcel.

Como un relámpago pasó por la imaginación de Ray el examen de aquella tarde en la Academia, en un caso parecido, aunque no exacto. Y la misma reacción tuvo lugar. En vez de asustarse, o aparentar inocencia, dijo burlonamente:

—Créame, señor Ackerman, que en el hotel me tratan bien, y estoy satisfecho del servicio. ¿A qué se debe ese interés suyo por mi

bienestar?

Fawcett y Ackerman se miraron, desconcertados. Este último se recobró antes y acusó:

—¡Es usted un ladrón, y tengo pruebas!

—Por favor, Ackerman —rogó Ray cachazudamente—, no se me ponga usted trágico, ni emplee palabras impropias de un caballero con esmoquin. ¿Por qué llamar a las cosas por su nombre más feo? Tenga usted en cuenta que la estética, en el sentido más noble, nos indica buscar la belleza natural en las partes y la belleza ideal en el todo, y así acomodarnos a lo que dijo Aristóteles:

«Optimum inunoquoque genere est mensura coeterorum». ¿Me ha comprendido? —Y dirigiéndose burlonamente a Fawcett, que escuchaba alélado—: Y ¿usted? ¡Ah, bueno! ¡Usted bastante tiene con su monóculo!

Fuera de sí, Ackerman golpeó la mesa con el puño repetidas veces:

—¡No le consiento que se burle de mí, Sullivan! ¡Voy a denunciarle ahora mismo a la Policía y le caerán unos cuantos años de cárcel por ladrón, por robar en mi joyería!

—Se lo ruego, Ackerman, no haga tanto ruido ni vocee de esa forma. Usted ya tiene edad para saber contenerse. Por favor, no me estropee los oídos.

Como loco se levantó el joyero, agarrando de las solapas a Ray:

—¡Maldito ladrón, voy a...!

No llegó a terminar; el joven metió el puño derecho entre los brazos de Ackerman y le descargó un directo a la mandíbula que lo tiró contra el sillón, dejándolo medio atontado, y cuando al recobrarse iba a sacar algo de un cajón de la mesa, la voz siniestra de Brand le contuvo:

—¡Quieto, Ackerman, si no quiere morir!

Y el agente especial tenía ya la mano junto al pecho, presto a sacar la Luger. Su acento amenazador y su expresión torva amedrentó al joyero, que dijo con más suavidad:

—Me ha pegado usted, y le va a costar caro, Sullivan. No sabe usted con quién se ha enfrentado.

—Sí, lo sé; con un hombre que tiene mucho dinero y que posee unas pruebas contra mí, unas pruebas muy relativas, claro está. Si usted en vez de excitarse hubiera hablado como un hombre de

negocios, hubiésemos llegado a un acuerdo. Tomemos una copa de cualquier cosa, y busquemos una solución. En primer lugar, podrá hablarme de las pruebas que tiene, y luego ajustaremos.

Justamente en aquel momento penetró Dolly en el despacho. Su rostro desencajado indicaba que había estado oyendo toda la conversación a través de la puerta.

—Creo que el señor Sullivan tiene toda la razón, Ackerman. La violencia no conduce a nada. Yo misma serviré la bebida.

Unos instantes más tarde, los cuatro se hallaban sentados en el tresillo. Ackerman se pasaba la mano por la mandíbula, y Fawcett miraba con perplejidad al ladrón. Ray, más seguro de sí mismo que nunca, siempre de frente a la puerta, volvió a responder:

—Veamos esas dichosas pruebas, Ackerman.

El tono que empleó el joyero a continuación era muy distinto al anterior, normal por completo; la lección había sido dura.

—Usted robó en mi joyería la otra noche. En la maleta se le encontraron las joyas y las herramientas que utilizó para forzar las puertas y cajones. En una de las vitrinas apareció sangre, y usted tiene vendado el brazo. ¿Qué más prueba quiere?

—Ninguna de esas pruebas convencería a un jurado, porque, en realidad, no son pruebas. Yo negaría que las joyas y esas herramientas fueran encontradas en mi cuarto. Lo del análisis de mi sangre es muy relativo; el rasguño —mintió Ray descaradamente— me lo hice la otra mañana al salir de la piscina. Y mis huellas, estoy seguro de que no han aparecido en ningún mueble de su joyería. Continuamos en el principio. ¿Algo más?

—Es usted muy inteligente, Sullivan; pero hay algo que usted no pudo evitar. He sacado las huellas que aparecen en ese cinturón suyo, donde guardaba esos instrumentos tan bonitos.

Sinceramente, Ray no se esperaba esta acusación. Le habían ganado la partida, aunque indirectamente eso favorecía el desarrollo de sus planes. Recobrándose, dijo:

—Es posible que aparezcan las mías, pero también las del individuo que lo cogió. Y entonces, seríamos dos los acusados, y los dos seríamos condenados. Y no creo que ese individuo se dejase meter entre rejas sin cantar algo que le perjudicase a usted. Creo que hemos llegado a un punto muerto y urge encontrar una solución. ¿Qué propone usted?

—¡Meterle en la cárcel! —aseguró sombríamente Ackerman.

—¡No sueñe, querido Ackerman! Tengo aquí algo que le haría caer de su sueño —afirmó el joven, tocándose la chaqueta.

Dolly intervino, astutamente:

—Creo que conviene llegar a un arreglo.

—Habría un arreglo si Sullivan se resignase a firmar un documento reconociéndose autor del robo de mi joyería. Prometo que no haría uso de él, pero lo guardaría para estar garantizado —dijo Ackerman.

—¿Garantizado de qué?

—De la proposición que voy a hacerle; una proposición interesante.

El corazón de Ray se alborozó; comenzaba a internarse en el laberinto de secretos que envolvía al joyero.

—Usted dirá.

—En pocas palabras: yo necesito gente audaz para mis negocios «extraordinarios». Desde que me enteré de su actuación cuando atracaron a Dolly y a Fawcett en el automóvil pensé hablarle. Lo que no pude imaginar es que usted, apenas se enteró de dónde tenía yo la joyería, fuese a robarme. La cosa es bastante fuerte, ¿no cree?

Todos se rieron, celebrando la rapidez de la actuación del ladrón.

—El tiempo es oro —afirmó Ray filosóficamente, sonriendo también, siguiendo el curso de los acontecimientos con verdadera atención.

—¿A usted le importaría matar a un hombre si se le pagase bien? —preguntó Ackerman, como quien pregunta una cuestión corriente.

—Depende de la «pasta» que me «untan» —repuso Ray, adoptando decididamente el lenguaje de los maleantes—. Con diez «papiros» estoy servido.

—¡Bien, muchacho! —exclamó el joyero, brillándole los ojos de satisfacción—. ¿Qué tal tirador eres?

—En el *Loop* [7] tenía fama de *bigshof* [8]. He aquí una muestra.

Y con sus palabras actuó vertiginosamente la mano del agente especial, sacando a una velocidad de relámpago, y quitándole a Fawcett el cigarrillo que sostenía en los labios de un balazo que fue a incrustarse en la pared opuesta.

Los otros se quedaron asombrados, en especial Fawcett, más muerto que vivo, que apenas pudo balbucir, cuando pasó el fragor de la detonación:

—Oiga, Sullivan, esas bromas, no... me... gustan... mucho.

Dolly contemplaba admirativamente a Brand, y Ackerman no le iba a la zaga. Ellos no sabían el incalculable número de horas que Sullivan se había pasado «sacando» y disparando a los blancos de la Academia del FBI.

—¿Alguna demostración más, señores? —interrogó Ray, en broma.

—No, no, más que suficiente —se apresuró a contestar Fawcett, aún no repuesto del susto, tocándose los labios a cada instante—. Sí me ha hecho aire la bala.

El joyero tomó una hoja de papel, y se la ofreció junto con su pluma estilográfica a Brand:

—¿Hacemos esa confesión?

—¿Por qué no? —dijo, displicente, Ray—. Si se le ocurriese utilizarla, en cuanto saliese de la cárcel se podía usted echar a temblar.

Y con rapidez escribió unas líneas, reconociéndose autor del robo a la joyería de Ackerman. Firmaba «Arthur Sullivan».

Con verdadero placer lo relejó el joyero, diciendo después:

—¡Bien, ya somos todos uno! Mañana le presentaré al jefe de mis hombres y él le dará órdenes.

—Un momento. ¡Más despacio con eso! ¿Quién va a soltar la «mosca»?

—Se paga con mi dinero —afirmó fanfarronamente Ackerman.

—Entonces, usted es mi jefe. Yo recibiré órdenes de quien pague. Y más adelante hablaremos sobre eso de la jefatura de los hombres. Me gustaría conocer cuanto antes a ese boss para darle una leccioncita. Yo he sido jefe en Chicago y si ahora estoy aquí, distrayéndome en alguna operación, es porque aquella Policía me tiene un poco entre ojos.

—Vamos, Arthur, no seas terco. Accede de momento, y como vales más que ninguno llegarás a ser todo lo que quieras —suplicó Dolly, insinuante.

—Lo siento, pero de lo dicho, nada, Ackerman. Usted paga, a usted obedezco. Si alguna vez tuviese que «trabajar» con los otros,

eso es diferente; lo haría con gusto si en mi bolsillo «cantasen» ya los cuartos.

—Bueno, muchacho, así será. Yo lo arreglaré —prometió el joyero, condescendiente.

—De acuerdo; y de momento, para sellar el pacto, necesito cinco de los grandes. Con quitarme usted sus joyas, me arrebató la ganancia de una noche.

Fawcett, tan estúpido como siempre, se rió a carcajadas, atreviéndose a palmotear amistosamente la ancha espalda del agente especial.

—¡Qué cosas tiene, Sullivan! ¡Qué cosas tiene!

El joyero, sometido a todo lo que pidiese el magnífico tirador a su servicio, dijo:

—Bajemos a la sala, y allí diré en caja que le entreguen esa cantidad; aquí no tengo.

Ray vio que guardaba la confesión firmada en el cajón central de la mesa de su despacho.

Descendieron los cuatro a la sala de baile, acercándose a la mesa ocupada por Edna. Ackerman parecía muy contento e invitó a bailar a Dolly, haciendo Fawcett lo mismo con la jovencita. Ray dijo que iba a cobrar el dinero prometido, pero lo que deseaba era encontrar una ocasión para regresar al despacho, en busca de pruebas, pues posiblemente allí habría algo de importancia, siendo el lugar de reunión de los miembros adictos al joyero.

Subió las escaleras, aprovechando la subida de unos caballeros, y penetró en el pasillo. Avanzaba sigilosamente, pese a que anteriormente había observado la ausencia de gente en aquella parte de El Pájaro Azul.

No había nadie en el despacho, y febrilmente comenzó a forzar las cerraduras de los cajones de la mesa con la única ganzúa que no le habían robado por llevarla siempre consigo. Le fue fácil encontrar la confesión suya, y enseguida ardía el documento por sus cuatro costados en el cenicero. Halló una magnífica pistola *Parabellum*, progenitora famosa de la Luger, y se la introdujo entre el pantalón y la camisa, pues dado su largo cañón, no le cabía en los bolsillos; más adelante la remitiría al Laboratorio de Balística del FBI, y allí investigarían si había sido usada con fines criminales en anteriores ocasiones, comprobando las erosiones que las estrías de su cañón

producían en los proyectiles al disparar.

En el mismo cajón halló un bloc de papel, cuya primera hoja tenía hechas unas apuntaciones curiosas: varias iniciales en columna, y a su lado una cifra que alcanzaba el orden de los millares. Iba a forzar el cajón de la derecha cuando una voz a su espalda le ordenó:

—¡Manos arriba, señor Sullivan!

El joven se encogió instintivamente; había sido cogido en la trampa. Alguien, aprovechándose de que la puerta no estaba cerrada, había entrado y le encañonaba por la espalda. Buscó una treta para salir del difícil atolladero, cuando la misma voz advirtió:

—¡No intente ninguna jugada! ¡Le mataré, y nadie oirá la detonación! ¡Levante los brazos, y vuélvase hacia mí!

Obedeció el agente especial, encontrándose con el insignificante secretario de Ackerman, con Gilpin, que le miraba seriamente amenazándole con una Browning FNA. Se le veía algo nervioso, y Brand temió que apretase el gatillo.

Gilpin avanzó unos pasos, sin dejar de apuntarle, y con una sonrisa suave, como si pidiese perdón por lo que estaba haciendo, despojó al joven de la Luger que llevaba en la sobaquera, diciéndole:

—¡Inconvenientes de alardear mucho, señor Sullivan! Todos sabemos ya que la lleva en este sitio.

Pero Gilpin cometió el fatal error de no abrirle a Brand la chaqueta del esmoquin; si lo hubiese hecho habría visto asomar la empuñadura de la terrible *Parabellum*, perteneciente al joyero.

—¡Aléjese hacia aquella pared, y no se le ocurra moverse! —ordenó el secretario, depositando la Luger en la mesa, y tomando con la mano izquierda el teléfono interior, dijo:

—Oiga, señorita: díglele urgentemente al señor Ackerman que suba a Dirección enseguida.

Y colgó el aparato, sin dejar de observar a «Sullivan». Éste, comprendiendo que su situación no era muy halagüeña, buscaba mentalmente una forma de invertir los «papeles». Tenía un arma en la cintura y, sin embargo, no podía llegar a ella por tener los brazos levantados y la chaqueta abrochada.

—Mi querido señor Gilpin, me parece que está usted cometiendo una equivocación soberana. Desde hace un rato estoy al servicio del

señor Ackerman, y tengo plena libertad de actuación. Al menos, permítame que baje los brazos; hace tiempo que no hago gimnasia, y estos esfuerzos me producen luego agujetas dolorosísimas. Además, estoy desarmado. ¿O es que tiene miedo?

—Bueno. Baje los brazos; pero ¡cuidado con dar un paso adelante!

De nada sirvió a Ray conseguir aquella ventaja, pues Ackerman y Fawcett entraron en el despacho, sorprendiéndose de la curiosa escena.

—¿Qué ha sucedido, Gilpin? —preguntó el joyero.

—Sullivan estaba registrando los cajones de su mesa.

Renegando como un condenado, Ackerman corrió hacia la mesa a comprobar lo que le faltaba. Ya el ver un papel quemado en el cenicero le hizo lanzar un juramento. Fawcett, tan estúpido como siempre, se acercó a Ray, diciéndole:

—Los curiosos escapan mal, amiguito.

Y como estaba en la línea de tiro, Ray le echó el brazo izquierdo al cuello, atrayéndole y escudándose en su cuerpo, mientras que con la derecha actuaba ágilmente, buscando la *Parabellum*. Gilpin, instintivamente, apretó el gatillo de su Browning por tres veces. El hombre del monóculo se retorció al recibir los impactos. Detrás de él Ray hizo fuego una sola vez, bastándole con destrozar el arma que empuñaba el secretario. La situación había cambiado.

Dejó caer el cuerpo de Fawcett, que rodó por el suelo, herido de muerte en el pecho.

—Vean ustedes a lo que conduce no saber comportarse debidamente con los amigos.

Gilpin y Ackerman estaban inmóviles, pálidos, temiendo a su vez seguir el macabro camino de su compañero. Pero en los planes de Ray no entraba eliminarlos por su cuenta, ni tampoco enemistarse con ellos, ya que era primordial conocer sus actividades.

—Señores míos, no pretendo hacerles daño alguno. ¡Cuidado, Ackerman! Retírese de la mesa —ordenó al joyero, quien miraba con demasía la Luger que Gilpin había dejado sobre la mesa, al hablar por teléfono; Ray se apoderó de su arma, pasándosela a la sobaquera, y prosiguió hablando—: Repito que si me paga bien haré lo que sea necesario; para mí, todo es cuestión de curas.

—Entonces, ¿por qué subió aquí otra vez y registró los cajones?

—No me gusta que me tengan atado de esa forma. Supóngase que un día registra aquí la Policía, buscando otra cosa, y se encuentra con el dichoso papelito; sin ustedes querer yo entraría en la cárcel por una temporada. Sean ustedes comprensivos y razonen.

No hubo contestación de los amenazados, pues en aquel momento una doble serie de detonaciones ininterrumpidas llegó hasta ellos. Ackerman palideció aún más, diciendo con voz ronca:

—Es en la sala; están usando ametralladoras. ¡Esos malditos de Cáster!

Por la imaginación de Ray pasó el recuerdo de Edna; abajo estaba la joven, expuesta a morir. Sin pensarlo, audazmente, se dirigió hacia la puerta, diciendo:

—¡Vamos a ver qué ocurre!

En la mano llevaba la *Parabellum* de Ackerman. Detrás de él corrían el joyero y su secretario, desconcertados. La salida a la galería superior les permitió contemplar una escena horrorosa. Gritos, lamentos, chillidos de terror salían de los asistentes, tumbados en el suelo, protegiéndose como podían de las ráfagas de plomo que enviaban desde el *hall* dos ametralladoras, que Ray, por serle familiar su repiqueteo, reconoció como ametralladoras ligeras Thompson.

Y vio tras una columna a Edna, temblando de pavor al oír que las balas silbaban a su alrededor; cualquier movimiento que hiciese dejaría una parte de su cuerpo al descubierto.

Lo más desesperante para Ray era ver que no podía hacer nada. Los que manejaban las ametralladoras estaban fuera de su campo visual, por encontrarse ellos en el *hall*, desde donde barrían toda la sala, haciendo imposible la bajada por la escalera.

El trepidar de los disparos de las Thompson continuaba cantando trágicamente, destrozando todo el local. El joven miró a sus dos acompañantes: estaban lívidos, y toda la antigua serenidad de Ackerman había desaparecido. Aquella sensación de impotencia fue la que indujo a Ray a cometer una locura.

La galería se hallaba a gran altura, pero confió en sus músculos y se descolgó, cayendo a propósito sobre dos individuos que permanecían echados en el suelo, sirviéndole sus cuerpos de amortiguadores. Y con la *Parabellum* empuñada fue deslizándose hacia el centro de la sala, hasta el campo batido por el enemigo.

Ahora sí veía a los de las ametralladoras, arrodillados en el *hall*, disparando a placer. Apuntó cuidadosamente al de la izquierda y apretó el gatillo. El proyectil, de gran calibre, destrozó la cabeza del ametrallador. Y seguidamente Ray lanzó una ráfaga al de la derecha, segándole el pecho. Las dos máquinas Thompson habían enmudecido como por arte de magia.

En el silencio penoso que siguió escucháronse unas voces airadas en el *hall* y la orden de retirada. Los enemigos huían. Corrió tras ellos Ray bravamente, cuando al salir a la calle vio ponerse en marcha a tres automóviles que se alejaban a toda velocidad. Pensaba perseguirlos, pero a sus oídos llegó el silbato de un policía y las sirenas de los coches de patrulla.

Una voz interior se adentró en su excitada mente, avisándole del peligro que corría si la Policía le encontraba con un arma en la mano. A todo correr regresó a la sala de baile, donde aún estaban los asistentes echados en el suelo, temiendo que la tormenta volviese a descargar una lluvia de balas sobre ellos.

Corriendo subió la escalera, y al llegar a la galería, con la *Parabellum* aún humeante, dijo a Ackerman y a su secretario:

—Ya está ahí la Policía. No quiero que me encuentren. ¿Dónde puedo esconderme?

Los otros lo miraban con manifiesta admiración por su proeza. Fue Gilpin el primero en reaccionar.

—Véngase conmigo, muchacho. Yo le indicaré la forma de escapar.

Y entraron en el pasillo, conduciéndole Gilpin a una escalera.

—Baje por aquí, siga un corredor, y al final encontrará una puerta. Junto a ella, a la izquierda, encontrará un botón disimulado. Apriételo y se hallará usted en un bar de esta misma calle; siéntese, tome cualquier cosa y ya le avisaremos cuando la Policía haya terminado sus investigaciones.

—Tome la pistola de Ackerman. Identificarán los proyectiles que clavé en esa gente, y no quiero líos.

Y el joven, prudentemente, pasó el pañuelo a toda la superficie del arma, borrando sus huellas, y se la entregó a Gilpin.

—Veo que no pierde la cabeza, Sullivan. Ya hablaremos más adelante —y haciendo una pausa meditativa, comentó—: El pobre Fawcett será el que dispare esta arma, muriendo después de su

valerosa defensa. Lo bajaremos a la sala. No creo que nadie se haya dado cuenta exactamente de quién era el que repelió a esa cuadrilla de Cáster.

—¿Quién es Cáster?

—Ya, ya se lo explicaré con más calma, Sullivan. Ahora baje por ahí y espere en el bar.

Dos horas más tarde, pasada la medianoche, el dueño del bar se acercó a Ray, que estaba tomándose la cuarta copa de coñac.

—¿Es usted el señor Sullivan? —Y ante el gesto afirmativo del joven, el hombre dijo—: Me han telefoneado que regrese usted por el mismo sitio.

Brand penetró en uno de los lavabos y el camarero empujó con fuerza una baldosa de la pared. Se abrió una puerta y, después de cerrarla por donde el joven regresó al despacho de Ackerman en El Pájaro Azul. Su entrada acalló la acalorada disputa que mantenían el joyero, su secretario, Dolly y un desconocido que fue presentado a Ray con el nombre de Peter Royal, boss de la banda de gánsteres que servía a Ackerman.

El tal Royal era un tipo fuerte, de mandíbula cuadrada y una sonrisa bravucona en sus gruesos labios; desde el primer momento le fue antipático a Brand, porque aquel individuo encarnaba la típica escoria de las grandes ciudades: hombres de humilde condición social, que en lugar de trabajar honradamente consideraban más lucrativo poner su fuerza, su habilidad con las armas y sus corazones encanallados al servicio de un hombre rico e inteligente, no menos canallesco y desalmado. Era la herencia dejada por el tristemente célebre Al Capone; individuos amantes de los placeres bastardos, que vestían con lo más caro y lo menos elegante, que comían y bebían como los emperadores romanos y que no tenían inconveniente en matar a un familiar suyo si el puñado de dólares recibido merecía el esfuerzo de apretar el gatillo de un arma.

Peter Royal miró con curiosidad impertinente a Ray, tal vez envidioso de su hazaña. Dolly le dirigió una mirada admirativa, orgullosa de él.

—Sullivan —inició Ackerman, volviendo a ser el de antes, ya pasado el peligro—, la Policía se ha marchado, llevándose los muertos y los heridos. En nuestras declaraciones todo ha recaído

sobre Fawcett, y por si descubrieran que lo hicieron con una Browning y no con proyectiles de una Thompson, hemos referido que, aparte de los que tiraban con las ametralladoras, había otros detrás tirando con otro tipo de armas. La coartada es perfecta, y usted puede estar tranquilo. Me he hecho el inocente y he declarado que no sabía quiénes podían ser los que destrozaron mi local. Peter Royal se encargará de realizar la revancha debida.

—¿Están seguros de que ha sido ese Cártter? —inquirió Ray.

—Y tan seguros —repuso el joyero, irritado—. Los dos individuos que «eliminó» usted pertenecen a su banda. Cártter me la tenía guardada desde el momento que «contraté» los servicios de Peter Royal en su lugar. Menos mal que no ha conseguido descubrir el punto fuerte de nuestro «negocio».

—¿Tan mal elemento era? ¿Peor que éste? —interrogó Ray, señalando despectivamente a Royal.

—Los dos tienen casi el mismo número de «fiambres» a su cargo —repuso el joyero canallescamemente—. Pero Cártter cometió el error de enamorarse de Edna, y no se le podía tolerar.

—¿Qué ha sido de Edna? —preguntó el joven, aprovechando la ocasión de hablar de ella sin levantar sospechas.

—Gracias a usted escapó con bien. La envié a casa. Ella no sabe nada de nada. Con entera franqueza, le recomiendo que no ponga los ojos en ella. Es tabú.

—No me gustan las crías. Tengo puestos los ojos en otra mujer, y ahí sí que a nadie le consentiré que me haga prohibiciones —aseguró el joven, fingiendo maravillosamente y mirando con descaro a Dolly, que se mordió los labios, al saberse observada.

—Ya discutiremos eso en otro momento, Sullivan —dijo Ackerman siniestramente. Era indudable que estaba enamorado de la bella cantante.

—Señores, si no hay otra cosa que hablar, me voy a dormir. El día ha resultado bastante movido. Si me necesita para algo, Ackerman, llámeme usted mismo a mi hotel.

—Mañana, a la noche, le espero en mi casa. Doy una fiesta.

Ray se despidió de Dolly, disculpándose por no poder acompañarla.



VI

SE DESGARRA EL MISTERIO



la noche siguiente, su entrada en la lujosa mansión del joyero fue observada primeramente por el untuoso Gilpin, que le condujo a la biblioteca, apartado del bullicio general. Al momento entró Ackerman, saludando cordialmente:

—¿Qué tal, Sullivan? Temí que no viniese.

—¿Y por qué no iba a venir?

—Tengo una misión para usted, esta misma noche. Cuando Rensie venga, acompáñele. Él tiene instrucciones. Y ahora, vamos a cenar; tengo un apetito de mil diablos.

Se unieron a los invitados, y un poco más tarde cenaban todos, sentados a una larga mesa, digna de un príncipe oriental por su fastuosidad de vajilla y exquisitez de platos. Disimulando, Ray «flirteaba» con una rubia sentada a su lado, que tenía un rostro atractivo y picaresco.

Después de tomar los licores, los asistentes se entregaron a sus aficiones favoritas: unos a jugarse el dinero y otros a bailar. La abundancia de bebidas pronto excitó la alegría general, y a la media hora todos se trataban como si fueran antiguos amigos.

Ray observó que Ackerman y Gilpin se hallaban en la sala de juego, empeñados en una partida fuerte. La ocasión de buscar a Edna, principal aliciente que aquella noche le había llevado a casa del joyero, se le presentaba franca, pues la joven no asistió a la cena, y lo más seguro es que estuviese recluida en sus habitaciones.

Anduvo por el largo corredor y con sigilo empujó la puerta de la salita de estar, antesala de la alcoba de Edna. Vio a la joven, sentada, escribiendo unas cuartillas y mirando un libro, alternativamente. Al oír que la puerta se abría, levantó la vista, quedándose sorprendida al distinguir a Sullivan bajo el dintel. El joven, no sabiendo cómo romper la frialdad del encuentro, recordó los primeros versos del afamado poeta francés que ella conocía, y en tono quedo, cálido, los recitó:

*Tú demandes pourquoi je reste sans rien dire?
C'est
que voici le grand moment,
l'heure
des yeux et du sourire,
le soir, et que ce soir je t'aime infiniment!* [9].

La sorpresa de Edna tornóse confusión, enrojeciendo sus mejillas, ante la poética declaración de amor. Al fin pudo articular:

—Hola, Arthur.

Ray, con audacia amorosa, se aproximó a ella, teniendo buen cuidado antes de entornar disimuladamente la puerta.

—Deseaba hablar con usted, Edna, y como no la veía...

—Ya sabe que no me gustan esa clase de fiestas... Yo también deseaba verle para darle las gracias por lo de anoche; me salvó

usted la vida.

—Entonces, ¿seremos en adelante buenos amigos, Edna?

—No, no podemos serlo, Arthur —aseguró ella tristemente, nos separa algo ya forjado y que no se puede derribar.

—¿Qué es ese algo?

—Usted es como ellos, y yo no puedo ser amiga de un hombre así.

—¿Quiénes son ellos? ¿Su tío?

—No es mi tío —afirmó rotundamente Edna, tornándose áspero su acento—. Es mi tutor, solamente, y un mal tutor.

Ray la había escuchado con gran interés, pues aquellas declaraciones revelaban que en la vida de Edna existían pasajes acres, amargos, que mantenían a la joven en aquella actitud reservada, como de sonámbula.

—Edna, confíe en mí; cuénteme su vida —casi imploró él, rendidamente.

—No puedo confiar en usted. Al principio de conocerle, en esta misma habitación, creí que al fin había encontrado a un hombre capaz de ayudarme. Luego..., luego comprobé que...; en fin, señor Sullivan, será mejor que no nos veamos; mejor para los dos.

—A veces las apariencias engañan, Edna. Confíe usted en mí, y si ahora no puedo descubrirle mi verdadera personalidad, es porque un juramento me obliga a callar. Olvide que me conoció aquí y en esta forma y pregunte sólo a su corazón. No podemos ser extraños el uno al otro; congeniamos desde el primer momento, y por mi parte le juro que el último verso de la estrofa es cierto. La quiero, Edna, y usted lo sabe. Hay algo que nos liga ya y nadie podrá romperlo, ni nosotros mismos, pase lo que pase.

Y ante las vivas muestras de amor de Ray, la joven apartó la mirada de él pensativa, luchando por callar sus propias reacciones íntimas. Tras un embarazoso silencio, ella suplicó:

—Márchese ahora, Arthur... No aumente usted más mi dolor. Yo..., nosotros no podemos querernos. Hay alguien más fuerte que nosotros —y como él fuese a insistir, ella suplicó—: Por favor, márchese, Arthur.

Ray Brand salió de la estancia con el corazón destrozado. Algo tenebroso se cernía sobre Edna; y sería muy difícil de vencer aquel poder oculto que prohibía amar a la joven. Tal vez más adelante, si

él conseguía desenmascarar públicamente a Ackerman y a sus secuaces, podría también destruir la mordaza invisible, pero real, que inmovilizaba los labios de la joven.

Al entrar en la sala de baile, vio que Rensie estaba allí. Se acercó a él, saludándole. Como siempre, Rensie parecía enemigo acérrimo de la sonrisa; su cara no era humana, más bien semejava una máscara pétrea...

—Estaba buscándole, Sullivan. Ya le habrá dicho Ackerman que...

El joven asintió con un movimiento de cabeza. Salieron de la casa y montaron en un «roadster». Tomaron la misma dirección llevada por los dos individuos que le despistaron. La zozobra de Ray nació, adivinando que esta noche iba a hacer grandes descubrimientos. En efecto, durante el trayecto, Rensie, mientras conducía el veloz automóvil, explicaba monótonamente:

—Se trata de llevar una caja a un autogiro. Usted acompañará al piloto. No es de nuestra entera confianza, pero hemos tenido que admitirlo porque ninguno de nosotros entiende de esas cosas.

Ray tuvo buen cuidado de callarse que él conocía la técnica de conducir toda clase de aeronaves. Su acompañante continuaba diciendo:

—La misión de usted es vigilarle y comprobar que esa caja es entregada en pleno vuelo a un avión. Después volverán a tierra, y su tarea habrá terminado por esta noche.

No dijo más. Tampoco Ray necesitaba saber más de momento, no osando preguntar para así no levantar sospechas con su impertinente curiosidad.

Media hora después, Rensie torcía el volante a la derecha, y el coche tomaba un camino serpenteante entre árboles y zarzales, que luego quedaron atrás, y por último se detuvieron ante la masa sombría de una arboleda rodeada por una alta valla metálica. Algo relució a la luz de los faros, y Ray tuvo conocimiento de que la alta valla estaba protegida por un cable de alta tensión, capaz de desanimar al más atrevido escalador.

—Espere aquí Sullivan. Enseguida salgo —dijo Rensie, apeándose del vehículo y abriendo la gran puerta con una llave que se sacó del bolsillo.

La espera de Ray fue difícil; ardía en deseos de descubrir lo que

se ocultaba en el interior del recinto acotado, pero temía ser descubierto y perdería en un instante lo que le costó muchos esfuerzos conseguir: la confianza de la banda de Ackerman.

Apenas consumía el segundo cigarrillo cuando la puerta volvió a abrirse, saliendo Rensie y otro hombre desconocido, llevando entre ambos una gran caja grisácea, que fue introducida en el «rainbowside» [10] del «roadster».

El desconocido cruzó por delante de los faros, y la luz de éstos iluminaron al hombre que llevaba un mono azul, lleno de manchas; su cara era vulgar, de una expresión estúpida.

Rensie sentóse nuevamente en el baquet, puso en marcha el motor y emprendieron él y Ray el regreso por el mismo camino.

—¿Va usted armado, Sullivan?

—¿Cree que si no viniese armado me atrevería a acompañarle con esa cara que tiene de lobo feroz? —preguntó Ray en tono de broma.

Rensie se echó a reír, y su voz al responder pareció más humana:

—¡Tiene usted buenos golpes! Después de todo lo que me han contado de usted, ha sido estúpido preguntarle eso. Me es simpático, Sullivan, aunque no lo crea. Me agradaría que llegase usted a ocupar el puesto de Royal; es una bestia con muy malas intenciones. Me han contado lo que hizo usted anoche en El Pájaro Azul. Ackerman no sabe dónde ponerle a fuerza de elogio. Aproveche la ocasión y ganará mucho dinero. Particularmente le estoy muy agradecido por salvar a Edna.

—¿Tiene usted interés por ella? —interrogó Ray, aprovechándose de aquella extraña amistad del hombre que aparentaba carecer de sentimientos.

—Sí, Sullivan. Le hablaré francamente, porque sé que usted prefiere a Dolly, y no podemos ser rivales. Quiero con locura a Edna, y Ackerman me ha amenazado si insisto en querer a su sobrina. Ni él ni nadie podrán impedirme quererla, y como se ponga terco... —matizó Rensie con un acento siniestro que hubiera asustado al propio jockey.

—Deje correr el tiempo, Rensie. Y en cuanto a su simpatía hacia mí también me gustan los hombres callados y activos; a Royal se le va la fuerza por la boca.

Quedó en suspenso la conversación, al abandonar Rensie la

carretera y tomar un camino a la derecha. Apagó los faros y el automóvil daba tumbos a un lado y a otro hasta que rodó sobre un llano deteniéndose al rato junto a otro coche, también con las luces apagadas.

Se aparearon. A corta distancia se vislumbraba la fea silueta de un helicóptero, posado en tierra. Dos individuos se aproximaron no distinguiéndoseles las facciones en la oscuridad. Rensie les ordenó:

—¡Atrás va eso! ¡Cogedlo y llevadlo al aparato! —Y dirigiéndose a Ray—: ¡Vamos allá, Sullivan, y mucha atención!

Apeándose, avanzaron hasta la aeronave, cuyo piloto aguardaba sentado en la carlinga delantera. Rensie le habló en voz baja, y luego indicó a Brand:

—Suba al asiento de atrás y enganche el asa de la caja con el garfio que cuelga de ese cable. En el momento que le indique el piloto, apriete esta palanca y se abrirá a sus pies una compuerta. Deje caer por ella la caja, sosteniéndola por este tornillo, para que baje poco a poco. Luego recoja la cuerda y cierre la compuerta. ¡Buena suerte, Sullivan!

El piloto puso en marcha el motor, y las aspas horizontales comenzaron a girar vertiginosamente sobre el aparato, y éste se elevó verticalmente a gran altura, avanzando a continuación a toda velocidad.

Ray tuvo que subir el cuello del abrigo, al sentir que el frío comenzaba a hacer presa en él. Había perdido el sentido de orientación, y hasta que a la media hora no miró hacia abajo, viendo la lámina plateada del mar, no supo que volaban sobre el océano Atlántico. Sin paracaídas, otro menos acostumbrado que él hubiera sentido miedo en aquella frágil nave.

El piloto le observaba constantemente, volviendo la cabeza. Ray no podía distinguirle las facciones, por llevar casco y grandes gafas. Una de las veces le señaló para que mirase atrás. A lo lejos se distinguían en el aire unas lucecitas indicadoras de que otro aparato se acercaba.

Unos minutos después, un gran avión de transporte, tetramotor, disminuía su marcha, manteniéndose en línea recta y sin variar de altura. Sus luces parpadearon por tres veces. Ray, conocedor de todos los modelos de aviones, hubiera jurado que aquel aparato era una fortaleza volante, tipo D, pues tenía la proa como la cabeza de

un pez, hecha de un plástico transparente, por el que se filtraba la luz, permitiendo ver en la carlinga al piloto y al copiloto. Y en la que pudiera llamarse mandíbula inferior, también de material plástico, no se veía luz alguna, por ser la cámara de navegación, lugar destinado al navegante y al bombardero.

El piloto del helicóptero puso a todo motor el aparato y a continuación fue centrándose sobre el gran avión que volaba a velocidad contenida. En la parte superior de su fuselaje se abrió una tronera, de la que brotó un chorro de luz, permitiendo ver a un hombre que agitaba los brazos. El helicóptero fue descendiendo paulatinamente, y cuando se encontraba a unas yardas dio unos bandazos peligrosos, debido a las fuertes corrientes de aire que producían las cuatro hélices del avión de transporte.

Conseguida la distancia prudencial, el piloto indicó con un gesto a Ray que actuase. El joven, siguiendo las instrucciones de Rensie, abrió la compuerta y empujó la enganchada caja por el hueco, conteniendo con el torno la fuerza de la gravedad. Paulatinamente fue soltando cable, hasta que la caja se halló próxima a las manos extendidas del hombre del tetramotor.

Levantó Brand la mirada, buscando la aprobación del piloto, cuando vio con sorpresa que éste le encañonaba con una Browning, haciéndole señas de que descendiese por el cable. El agente especial se quedó desconcertado: ¡Ackerman le había descubierto y tendido una trampa para eliminarle, sin responsabilidades! ¡Cuando descendiese, el piloto le dispararía!

A pesar del frío de las alturas, el joven notaba que el sudor le inundaba el rostro. No podía empuñar la Luger por tener cerrado el abrigo; cuando llegase al arma ya tendría en el cuerpo varios proyectiles, mortíferos a tan poca distancia.

Resignado a morir, con el cerebro sumergido en un torbellino de reacciones opuestas, se descolgó por el hueco, descendiendo a pulso, cogido al cable, que le cortaba las manos. Cuando se encontró en el vacío, el viento de las hélices y la enorme resistencia del aire, a tan gran velocidad, le llevaban hacia atrás, apartándose con el cable de la vertical; afortunadamente, el contrapeso de la caja le ayudaba en parte.

Miró arriba. El piloto del helicóptero le apuntaba con la pistola. Miró abajo. El hombre del cuatrimotor le contemplaba. Sintiendo

que los músculos le flaqueaban más a causa de la desesperada situación que del ejercicio, se dejó caer en el vacío cuando rozaba con los pies en el gran aparato.

Vio en una ráfaga pasar a su pies parte del fuselaje del tetramotor, y luego cayó sobre los alerones de la cola, cogiéndose a ellos como el náufrago a la tabla de salvación; un poco más, y no habría tenido asidero, cayendo desde la gran altura en el sombrío océano que aguardaba abajo, presto a devorar la presa.

El silbido del aire en sus oídos y el temor a que el piloto moviese la palanca de mando, sacudiendo los alerones, le obligó a echarse boca abajo en el fuselaje, pegándose a aquella superficie metálica que no ofrecía el más leve punto de agarre. Observó que el hombre del tetramotor ya había cogido la caja y que el helicóptero se iba rezagando. Ray experimentó un ligero alivio; de momento, había escapado a las balas.

Sabiendo que no podía resistir por más tiempo aquella peligrosa posición, que le cansaba los pulsos, se decidió a avanzar, arrastrándose, animado por el continuo gesto alentador del hombre que aparecía en la tronera abierta.

Pulgada a pulgada, luchando contra el choque del viento, que llegaba a alcanzar la densidad de un líquido, logró avanzar hasta hallarse a una yarda del hombre. Ray se encontraba como el ratón vigilado por el gato, temiendo que de un instante a otro aquel individuo le disparase. Al ver que no empuñaba ningún arma y seguía gesticulando amistosamente, incitándole a adelantar, se decidió a entregarse a la suerte que le deparaba el destino antes que sentir bajo su cuerpo la resbaladiza superficie del fuselaje.

Deshecho, agotado, se dejó caer por el boquete; y gracias a la ayuda del individuo no se estrelló contra el suelo del pañol. Medio aturdido iba a empuñar la Luger cuando el hombre le gritó, luchando con el zumbido ronco de los motores:

—¿Por qué ha hecho usted todo eso? ¡Ha estado a punto de matarse! ¿O es que se le soltaron las manos?

Ray disimuló su movimiento, dándose cuenta de que no se le quería asesinar, y sin embargo..., aún recordaba el amenazador orificio de la Browning.

El individuo cerró las compuertas, y al resplandor de una bombilla eléctrica salieron del pañol, repleto de mercancías, y

penetraron en la cabina, donde el piloto y el copiloto charlaban sin dejar de vigilar los mandos y de observar las múltiples agujas que oscilaban en el complicado tablero de instrumentos, marcando altura, velocidad, presión, cantidad de esencia en los depósitos, temperatura y otras más.

Ray se convenció plenamente de que aquel aparato era una fortaleza volante, tipo D, al ver la ahora inútil aguja registradora de los movimientos que el bombardero imprimía a su mando en la cabina inferior, al fijar en la cuadrícula de pelo del visor el blanco enemigo.

El joven había pilotado muchos aparatos de este tipo, y en visión fugaz pasaron por su memoria aquellos difíciles momentos en la lucha contra los japoneses, cuando él se veía obligado a apretar delicadamente con los pies el balancín de dirección del timón, siguiendo las oscilaciones de la aguja que marcaba las sucesivas rectificaciones del rumbo. Recordó también la visión de las grises vedijas de humo que producen los arracimados proyectiles antiaéreos al estallar, removiendo el aire de tal forma que el pesado aparato más parecía ser una ligera embarcación zarandeada por las olas. Y luego, la doble señal para coger la horizontalidad perfecta, pues medio grado de escoramiento a gran altura significaba un error de varios centenares de yardas allá, abajo. Y por fin, el parpadeo de la lucecita en el tablero, indicador del lanzamiento de las bombas, con intervalos de medio segundo.

El recuerdo se desvaneció en cuanto un trago de *whisky* le puso los nervios en calma, unido al reconfortante calor de la calefacción.

—¿Ya se encuentra mejor, Sullivan? —le preguntó el piloto, volviendo la cabeza.

—Sí, gracias. ¿Cómo sabe que me llamo Sullivan?

—Tenemos una carta para usted. Tómela.

Precipitadamente rasgó Ray el cerrado sobre, leyendo la carta, escrita a máquina y sin firma:

Estimado amigo Sullivan: Su excesiva inteligencia y sus dotes de conquistador me obligan a destinarle a operar en Europa por una temporada, donde usted podrá desarrollar libremente esa capacidad suya que todos admiramos. Nuestro agente en Europa le entregará órdenes mías, muy provechosas económicamente para usted. En cuanto lo crea oportuno le permitiré pasarse unas «vacaciones» con

nosotros, pero no intente regresar sin mi permiso; le esperaría un desgraciado recibimiento.

Trabaje a mis órdenes y sus deseos de hacer dinero se verán colmados. El piloto sabe a quién ha de entregarle. ¡Sea buen chico! ¡Ya sabe que se le aprecia! —A.

Ray vio aclarada la causa de todo lo sucedido aquella noche. Ackerman lo consideraba un elemento demasiado peligroso para su jefatura, además de quitarle el cariño de Dolly. El joyero no sabía que él era un agente del FBI. La amenaza del piloto del helicóptero sólo había sido con el fin de obligarle a descender, sin propósito de matarle. Pero Brand no estaba dispuesto a alejarse de Estados Unidos, abandonando su deber.

Como los otros le observaban mientras leía, se propuso sacar el mejor partido posible de la situación. Dirigiéndose a ellos, exclamó jovialmente:

—¡Bueno! ¡El jefe manda! ¡Qué se le va a hacer! Iremos a Europa, y allí veremos si hay rubias peligrosas.

Los otros se echaron a reír y el piloto se presentó con el nombre de Sharp, resultando llamarse los otros dos, Tonki, el copiloto, y Hoffman.

Poco después, mientras fumaba, el joven interrogó sin disimular su curiosidad:

—¿Adónde vamos?

—Tú y la caja pasaréis en pleno vuelo a otro helicóptero como el que te trajo. Nosotros vamos a otro sitio, a un campo de Francia.

—Pero ¿es que el jefe ha creído que soy un artista de la cuerda floja?

Otra vez las risotadas. A partir de entonces, Ray podía considerarse como uno de la tripulación, desvaneciendo con su simpatía los naturales recelos de aquella gente. Y a fin de tranquilizarle del todo respecto a su impotencia dentro del aparato, exclamó, jocosamente:

—¡Ah, si yo supiera conducir estos pajarracos! Os «liquidaba» y me volvía a tierra. Estaba citado con una rubia en Broadway, y todavía me estará esperando.

Las carcajadas fueron generales, continuando cuando el joven se tumbó en una butaca, fingiendo tener sueño. El llamado Hoffman le imitó, a su lado.

Ray vigilaba a los pilotos a través de las pestañas. Maquinaba la forma de hacerse dueño de la aeronave. Tendría que luchar contra tres, pero con la Luger en la sobaquera se hubiera enfrentado a un batallón de gánsteres.

Transcurriría media hora, cuando el copiloto, sin abandonar su asiento, apoyó la cabeza en el respaldo, disponiéndose a descansar. Sólo quedaba en vigilancia el piloto, atento a los mandos. Los motores del aparato continuaban con su monótona y grave canción, avanzando sobre la superficie ondulada del océano, que parecía, allá en lo hondo, como una mancha blanca al reflejar la palidez de la luna.

El agente especial se llevó la mano derecha al pecho, y poco a poco por entre la ropa, llegó hasta la culata de la pistola. Hubiera lanzado un suspiro de satisfacción si la tarea no hubiese estado en sus comienzos. Le atribulaba el saber que a cada minuto se alejaba más y más de la costa americana.

De un salto se puso en pie y simultáneamente golpeó al dormido Hoffman con el cañón de la pistola, haciéndole pasar al desvanecimiento. Al golpe, los pilotos volvieron extrañados la cabeza, pues el copiloto se había despertado bruscamente y al darse cuenta éste del ataque echó mano a un cajoncillo. No llegó a sacar ningún arma; Ray descargó una ráfaga de plomo, segando al copiloto por el cuello.

—¡No te muevas, o seguirás la suerte de tu compañero!

El piloto sonrió, a pesar de hallarse amenazado, diciendo:

—Si me matas, tú también morirás en el mar, Hoffman no sabe llevar el aparato.

—Pero lo sé llevar yo —aseguro Ray—, y te lo voy a demostrar enseguida.

De dos zancadas llegó hasta el piloto, y poniéndole el cañón de la Luger en la nuca le mandó:

—Da la vuelta, regresamos a tierra. Y no intentes engañarme, porque sé de esto más que tú.

A través de la transparente caperuza se vio que el tetramotor comenzó a variar de rumbo, describiendo un amplio semicírculo. Aparte de los aparatos registradores, bastaba con observar el estrellado cielo.

—Ahora, mete el automático.

Y en cuanto el encañonado obedeció, dejando la aeronave bajo el mando del piloto automático, un golpe en la cabeza lo dejó inerte en el sillón. A rastras lo retiró Ray.

Guardándose la Luger, y apartando la mirada del repugnante cadáver que yacía sangrando a su derecha, empuñó la palanca de mandos y colocó los pies en el balancín de dirección del timón.

Según su reloj de pulsera eran las cuatro de la madrugada cuando alcanzó a distinguir, allá en lo bajo, las blanqueadas cintas espumosas de las rompientes. A propósito había eludido las proximidades de la ciudad de Nueva York, temiendo tropezarse con la escuadrilla aérea del Departamento de Policía.

Ahora necesitaba encontrar algún campo llano y libre de obstáculos, alejado de las poblaciones, y poder tomar tierra sin luz ninguna, a excepción del resplandor lunar. El aparato se internaba ya unas millas en el continente americano, volando a menos velocidad y a una altura prudencial que permitía a Ray distinguir las luces de las poblaciones y las masas sombrías de las arboledas, ambas enemigas de su aterrizaje.

Al fin creyó encontrar un terreno propicio. Con el motor parado y el tren de aterrizaje bajado a impulsos de la palanca correspondiente, planeando, el avión describió en el aire un arco, perdiendo cada vez más altura.

Se trataba de un campo aparentemente plano desde la altura, pero aún no se podía precisar de qué se trataba. Con los músculos en tensión, Ray maniobraba, impidiendo firmemente que el pesado aparato cayese en picado, arrastrado por el peso de la cabeza y las alas. No se trataba de un ágil caza, sino de un mastodonte del aire.

Decidido a jugarse la vida, enfiló el campo, que resultaba ser un sembrado, y las ruedas tocaron tierra, dando varios botes el avión; y luego, ya a poca velocidad, el tren de aterrizaje se desprendió con un crujido horrible, enganchado tal vez en alguna roca.

Ray sintió que a sus pies rozaba el fuselaje con la tierra, exponiéndose a hincar la cabeza y dar una voltereta mortal. Vio venir a su encuentro una masa de árboles. De un salto se puso en pie, abandonando los mandos, y corrió hacia el pañol de cola.

La colisión fue espantosa: toda la carlinga quedó hecha pedazos al chocar con los troncos, pero no hubo incendio por estar cerrado el motor. El joven fue arrojado contra una pared, mas pronto se

repuso del golpe, comprobando con alegría que el aterrizaje en aquellas pésimas condiciones podía considerarse una proeza.

Su primera preocupación fue asomarse por la tronera; semejaba el tetramotor un albatros desalado. En los alrededores no se veía luz ni edificios. Tendría la seguridad de que la presencia del mutilado avión no sería observada por la gente del país hasta el alba. En tanto, pensaría sobre su proceder respecto a la misteriosa caja y a los dos gánsteres supervivientes.

El contenido de la caja le atrajo en primer lugar. Con las herramientas del mecánico logró abrirla, y a la luz de un fósforo vio algo que nunca podía sospechar: fajos y más fajos de billetes de cien dólares, completamente nuevos. Examinando uno pudo convencerse de que era legítimo, al compararlo con otro que llevaba él en su cartera, de la misma emisión y cantidad. Los guardó juntamente.

Sólo encontraba una razón a los «extraordinarios negocios» de Ackerman: contrabando de moneda. El joyero introducía moneda norteamericana en Centroeuropa, explotando la alta cotización del dólar en la posguerra; pero... ¿qué sacaría con ello? ¿Qué obtendría a cambio?

Lleno de dudas se decidió a llevarse la caja con la ayuda forzosa de los gánsteres. Iba a incorporarse, y a pasar del paño a la cabina, cuando tuvo la sensación de que alguien le acechaba por detrás. De un salto cambió de sitio, empuñando la Luger. Y entonces vio una silueta en la puertecilla.

—¡Quieto! —ordenó el joven.

La sombra se había paralizado. Ray no quiso disparar a mansalva. Reconoció al piloto, esgrimiendo una barra, ya que sus armas fueron arrojadas al océano. Escuchóse una voz ronca, con acento emocionado:

—¿Esos billetes iban en esa caja, Sullivan?

El agente especial dedujo que el otro había visto el magnífico botín a la luz del fósforo, y la codicia había podido más que su instinto de conservación, no amedrentándole saberse encañonado.

Aquella codicia del piloto dio una idea a Ray.

—Sí. La caja está llena de billetes, y estúpidamente íbamos a perderlos nosotros, los que nos exponemos, mientras el jefe se queda en Nueva York, tranquilamente, divirtiéndose. Hay más de un millón de dólares, lo suficiente para no tener más

preocupaciones en la vida.

No distinguía Ray al hablar las pupilas del otro, pero adivinaba en ellas una expresión exaltada, codiciosa, corroborada por sus palabras.

—¡Maldito Royal! ¡Se ha estado riendo de nosotros!

El nombre de Peter Royal descubrió un punto más del misterio. Aquella gente no conocía la personalidad criminal de Ackerman, sino que recibían órdenes directas de Royal. El joyero era un hombre de refinada astucia y procuraba mantenerse en la sombra, y si la Policía llegase a descubrir cualquier cabo nunca llegarían a él con una denuncia.

—Oye, Sharp: hay aquí una verdadera fortuna, que nos la podemos repartir entre los tres. Royal no sabrá nada de nosotros. Nueva York es muy grande, o nos podemos ir a vivir a otro sitio. Lo importante ahora es marcharnos de aquí antes de que amanezca y llevarnos la caja.

—¿No piensas matarme, Sullivan?

—¡No hombre, no! ¿Qué iba a ganar yo con eso? Royal es el que debía morir.

El agente especial, sin soltar la Luger, se dirigió a la puerta, saliendo del pañol. Un golpe seco le hizo echarse a un lado temiendo una agresión por la espalda. Se escuchó un estertor de muerte.

—¿Qué ha pasado, Sharp?

—Hoffman era hermano de Royal aunque se habían puesto distintos apellidos. Estaba todavía atado, y ya no habrá que darle parte. Estoy seguro de que nos hubiera traicionado.

Una ola de repugnancia invadió a Ray, al tener que aliarse con un criminal de tanta crueldad; y, sin embargo, le era necesaria su ayuda.

—Encárgate de la caja, Sharp, y no intentes engañarme.

Las protestas del piloto parecían sinceras, pero mientras salía del aparato, Ray no dejaba de apuntarle, y ya ambos en tierra, le ordenó:

—¡Adelante! Todo derecho. Y no intentes volverte ni detenerte.

Atrás quedó el destrozado aparato y los dos hombres avanzaron a buen paso por un sembrado, hundiéndose en la removida tierra de los surcos, Sharp caminaba delante, con la caja al hombro,

encorvado, pues si los billetes pesaban poco, el armazón era metálico, de respetable grosor.

Yarda tras yarda caminaron hasta que pisaron terreno abrupto, del que brotaban rocas, arbustos y árboles, formando un espeso bosque a las orillas de un riachuelo, cuya humedad templaba algo el frío del amanecer. Ray mandó hacer alto, ordenando a Sharp después:

—Esconde la caja entre esa hojarasca. Tápala bien.

La orden fue obedecida diligentemente por el malhechor, y juntos prosiguieron andando, encontrando por fin un camino vecinal que terminaría llevándoles a una carretera. Ray se propuso enterarse de cuanto supiera Sharp, sin dejarle que se retrasara o intentase cualquier maniobra peligrosa.

—¿Te paga mucho Royal por estos servicios?

—Una porquería, en comparación con lo que él gana. Y no creas que es fácil aterrizar en Francia, aunque los nuestros de allí están atentos. Y luego el regreso, en igual forma; en fin, que esto es jugarse la vida, y no matar a un hombre entre tres, como él hace.

—Pues ¿qué creías que contenía la caja?

—Contrabando de otra clase; yo pensaba que sería opio o cocaína, pero nunca billetes. ¡Con los viajes que he hecho, a estas horas sería el más rico de los Estados Unidos!

—Y allí, ¿quién lo recogía?

—Un autogiro que nos salía al paso antes de llegar a Le Havre. No sé adónde iría a parar.

Continuaron caminando, en silencio. A la grisácea claridad del amanecer, vieron un letrero al borde del camino: «A Decershire, 30 millas». Se hallaba Ray mirando pensativamente el letrero, orientándose, cuando un movimiento rápido de Sharp le puso en guardia, a un tiempo que esquivaba el brazo que se liaba a su cuello. Le fue imposible sacar la Luger del bolsillo del abrigo. El piloto se le echaba encima, con los ojos reflejando el deseo de matar, hambriento de ser el único poseedor de la colosal fortuna escondida en la caja.

Ray se agachó repentinamente, dejando que le pasase por encima el puño del otro, y cuando le tuvo de espaldas se irguió, sacudiéndole con la mano abierta un golpe tajante en la nuca. Sharp se tambaleó bajo el demoledor golpe de «jiujitsu», pero era

corpulento y fue a revolverse, para atacar de nuevo. El agente especial no lo dejó, y echándole las manos a la cabeza lo levantó en vilo, volteándolo y estrellándolo contra el suelo. Sharp no conduciría más un avión; quedaba en el polvo del camino con el cuello troncado, retorcido su cuerpo.

A buen paso se alejó Ray del lugar. Media hora más tarde llegaba al cruce con una carretera de primer orden, indicándole un poste que se encontraba en el estado de Nueva Jersey. Orientado ya, continuó la marcha, agradeciendo el calor del sol.

Toda aquella noche de aventuras, amenazas y crímenes pareció desvanecerse a la vez que el humo de su cigarrillo en el aire de la mañana. Anhelaba desentrañar lo que se escondía tras la verja donde le llevó Rensie. Ansiaba enfrentarse con Ackerman y con Royal, para arrancarles una confesión de sus crímenes, y también deseaba volver a charlar con Bugs, su fiel amigo, y con el buen inspector Tucker, y ver otra vez a la dulce Edna.

Respecto a Ackerman, era seguro que no se enteraría de lo ocurrido al tetramotor hasta que los periódicos de la tarde no describiesen el hallazgo en su columna de sucesos.

Sin dejar de caminar sacó de su bolsillo el billete cogido de la caja. Por más que lo miraba y remiraba no podía encontrar ninguna imperfección en sus trazos, ni desvaimiento en el colorido, y tampoco el papel era sospechoso, pues mirado al trasluz se veía la marca de agua distintiva, con sus siglas legales USIR[11].

El ruido de un motor a su espalda le hizo guardarse el billete precipitadamente. Era una motocicleta con sidecar, que se acercaba a todo gas. El joven, observando que no era de la Policía, pidió raid.

Le fue concedido por el conductor, un individuo con tipo de viajante de comercio, parlanchín y simpático, que se dirigía a Nueva York a solucionar asuntos de negocios. Contestó Ray a las curiosas preguntas, afirmando que había tenido que dejar el coche, por avería, en un camino vecinal.

La entrada en la ciudad reanimó las fuerzas a Brand. Dándole las gracias al amable motorista, se dirigió seguidamente al hotel de Bugs. Éste se hallaba comiendo en el buffet-*lunch*, y lo que menos podía esperar era ver aparecer a su amigo Brand con barba de dos días, los ojos enrojecidos y vestido de esmoquin.

—¡Vamos a tu cuarto, Bugs! —Fueron las primeras palabras de

Ray.

Ya en la habitación 734 del Marcus Hotel, Brand contó a su amigo todo lo que le había ocurrido la noche pasada. Al terminar, Bugs lanzó un suspiro.

—Entonces, ¿no sabes lo de Dolly?

—No.

—Los periódicos de la mañana dicen que su cadáver ha aparecido flotando en las aguas del East River, con tres balazos en el pecho. Cuando te vi llegar tan deshecho, creí que...

—¡Dolly muerta! —murmuró Ray, apesadumbrado.

Hubo un corto silencio, roto por Bugs, en tono conmisericordioso:

—¿La querías?

—No podía quererla, por los motivos que tú sabes, pero... No, no es eso lo que me preocupa. Yo tenía la esperanza de que fuese ella, por ser mujer, la que confesase la verdad acerca de mi hermano. A Ackerman, si logramos atraparlo, será más difícil hacerle declarar. Y ¿quién la habrá matado?

—La Policía está haciendo averiguaciones. No creo que consiga nada si media ese Ackerman. Si ha sido él, habrá hecho bien las cosas.

—No puede ser él; estaba muy enamorado de Dolly. Tal vez la gente de Cáster haya querido vengarse. Tenemos que enterarnos enseguida, Bugs; Edna está en peligro. Voy a cambiarme de ropa, a mi hotel, y comenzaré a...

—Cálmate, Ray. Tú no puedes ir a tu hotel. Esta mañana te llamé por teléfono y me dijeron que te habías ausentado de la ciudad. Extrañado, me fui por allá y en el comptoir me dijeron que habías enviado a primera hora un mensajero, con una carta, rogándoles que le entregasen tus efectos. El mismo mensajero pagó tu cuenta.

—Eso es digno de Ackerman; no descuida detalles. Temía que mi ausencia del hotel fuese notificada a la Policía. Imitarían mi letra, y no sé cómo... Y se han llevado mi máquina micro fotográfica, la ropa, todo.

—No te preocupes; te prestaré la mía. Venimos a ser iguales. Debes quedarte en este hotel; en este mismo piso, así estaremos en contacto continuo. No sospecharán que te has metido aquí; además, podrás dar otro nombre falso, y perderán tu pista. Lo primero que

necesitas es comer bien, lavarte y dormir; estás hecho una lástima.

Una hora después, Ray Brand dormía pesadamente en la habitación 730 del Marcus Hotel, bajo el nombre de George Was. Su amigo Bugs le llamaría a las diez de la noche.



VII

EL FBI ENTRA EN ACCIÓN



las diez y media de la noche ambos amigos terminaban de cenar en la habitación de Bugs.

—¿Sabes algo del inspector Tucker? —preguntó Ray.

—No, nada. Y me tiene preocupado. Estamos actuando ilegalmente y al menor fallo nos meten en la cárcel. ¡Si encontrásemos pruebas!

—Esta noche confío encontrarlas. Voy a hacer una incursión en el chalé del que te hablé. De allí salieron los billetes. ¿Conservas la máquina micro fotográfica que nos trajimos de la Academia?

—Sí, ahí la tengo.

—Dámela, y unos guantes de goma. No sé dónde podré encontrar a estas horas una pértiga larga.

—Yo te la buscaré. En este hotel hay un campo de deportes, y el otro día vi que tenían varias. Será cuestión de dar una buena propina. Por cierto, Ray, que de dinero estoy a las últimas.

—Pues estamos iguales. Y del billete ese no quiero desprenderme. Anda, Bugs, mientras me visto, consígueme la pértiga. Encarga que me la tengan preparada dentro de media hora, en la puerta de servicio; y tu coche también. Estoy deseando encontrarme dentro de aquella casa.

—Estás expuesto a que te cacen, Ray; allí habrá mucha gente y... ¡Yo iré contigo!

—No, Bugs, no. Haces más falta en la casa de Ackerman. Vigílala, y sobre todo vigila a Edna. Desde que me dijiste lo de Dolly tengo un mal presentimiento; y si a esa muchacha le ocurre algo...

—¿La quieres, Ray?

Brand miró a su amigo, y en tono solemne aseguró:

—Estoy muy enamorado de ella, aunque ella no quiere nada conmigo; me desprecia, cree que soy un asesino. Si algún día se aclara todo eso, espero convencerla de cómo es mi amor. Por ello te ruego que la protejas. Los de Cáster matarían a Dolly, sabiendo que harían daño a Ackerman, y querían hacer lo mismo con Edna. Ya sabes lo que es la *vendetta* entre los gánsteres: hasta que no se encuentran ahitos de sangre, no cesan de cometer crímenes.

—Bien, lo que tú digas, Ray. Cuidaré de ella.

Eran las once de la noche cuando Ray conducía el coche de Bugs, llevando en lo alto, a la larga, una pértiga de gran longitud. Había dejado atrás el núcleo urbano de Nueva York y tomó la carretera que conducía al estado de Nueva Jersey, recorriendo el mismo camino que llevó con Rensie la noche anterior.

Era más de medianoche cuando llegaba al camino que nacía en la carretera para morir en el misterioso chalé. Lo pasó con el fin de dejar el coche en un lugar disimulado, y luego, con la pértiga en la mano izquierda, se adentró en el camino, a buen paso, haciendo oído por si tenía la desgracia de tropezarse con alguno de la banda.

La alta valla se le presentaba como un obstáculo infranqueable, y más con el cable que la protegía, probablemente conductor de la

suficiente energía eléctrica para matar a un posible curioso.

Y una vez más demostró que la nueva escuela del FBI —de preferir hombres fuertes, atléticos y a la vez cultos, elegantes e inteligentes— era más eficaz que la antigua de la Policía, cuyos miembros llegaban a ser detectives cuando ya eran de edad madura, con mucha experiencia, pero con poco arrojo y fortaleza física.

Ray se quitó el abrigo, dejándolo en el suelo; después de pasarse a los bolsillos del pantalón y de la chaqueta la linterna sorda, la máquina microfotográfica, algunas ganzúas y los guantes de goma. Como siempre, la Luger esperaba pacientemente en la sobaquera.

Hizo oído, no escuchando ningún ruido. Se extrañó; sólo la quietud de la fría noche a su alrededor. Eligió un terreno llano y libre de obstáculos para el escalo, y tomando ventaja corrió ágilmente hacia la verja con la pértiga preparada. En el sitio calculado apoyó la pértiga, y con el impulso de la carrera, unido a una sacudida de músculos, ascendió en el aire, pasando por encima de la valla, cayendo al otro lado, de puntillas.

Tiró de la pértiga y un estremecimiento recorrió su piel al ver que el cable oscilaba; si hubiese tocado él, habría quedado electrocutado instantáneamente. En el suelo dejó el útil elemento que le facilitaría en igual forma la salida.

Se hallaba en un jardín poblado de arbustos y árboles. Miró a su alrededor con detenimiento, buscando algo sospechoso o alguna luz. Nada en absoluto. Sólo las desnudas ramas de la arboleda murmurando al compás del viento nocturno.

Paso a paso se deslizó, procurando causar el menor ruido posible, temiendo que tuviesen algún perro mastín guardando el lugar. Una edificación de dos pisos levantaba su oscura mole ante él, con sus ventanas herméticamente cerradas. Dio una vuelta completa a la casa, buscando una entrada, y no la halló. Sólo dos puertas, una en la fachada principal y otra en la posterior, ambas cerradas.

Se decidió a forzar la última, y tras maniobrar con las ganzúas consiguió escuchar el alentador chasquido. Empujó suavemente, la puerta se fue abriendo. Oscuridad densa en el interior, calma absoluta. La casa parecía estar muerta.

Con la Luger en la mano derecha y la linterna en la izquierda, proyectando su círculo luminoso, Ray avanzó por un pasillo, luego

una cocina, después otro pasillo flanqueado de puertas cerradas, y por último un *hall*, pobremente amueblado, con un sofá, unas butacas y unas sillas.

Enfocaba el arranque de una escalera, cuando un ruido a su izquierda le puso en guardia. Se agazapó tras una butaca y apagó la linterna. Un momento de espera. Se oyeron unos pasos, y luego el descorrer de un cerrojo, el chirrido de una puerta al girar sobre sus goznes mal engrasados, y un rectángulo luminoso, enmarcando una oscura silueta humana se proyectó en el suelo del *hall*. Las bombillas de una lámpara se encendieron, hirientes con su resplandor.

Ray se encogió aún más, con la pistola en la mano, preparado a defenderse si le descubrían. Asomándose por una esquina, vio a Rensie, el sombrío y adusto compinche de Ackerman, seguido de un individuo vestido con «mono». Rensie decía:

—Sube al comedor; allí habrá alguna botella. Pero no abuséis, ¿eh? Esta noche tiene que quedar eso listo.

—Haremos todo lo posible. Es que el viejo dice que es mucho trabajo.

—Sí, es mucho trabajo, pero esta noche hay que terminarlo.

Y ambos hombres cruzaron el *hall*, pasando a dos yardas escasas del espía, sin darse cuenta de su presencia. Subieron la escalera.

Decidido a aprovechar la magnífica ocasión, Ray se dirigió a la abierta puerta, trasponiendo el umbral. Era tal su ansia de desentrañar el enigma, que no pensaba en la posibilidad de ser cazado como en una ratonera, en cuanto el otro individuo regresase.

Unas estrechas escalerillas descendían a sus pies, y por ellas bajó sigilosamente, penetrando en un sótano de paredes de cemento. Torció un recodo, y no tuvo necesidad de exponerse más. A su vista se ofrecía una amplia sala, sin ventanas, de muros desnudos. Tres individuos trabajaban sobre mesas cubiertas de papel, lentes de aumento, cubetas, frascos conteniendo líquidos de distintos coloridos, herramientas de grabar, una máquina de fotografiar documentos, lámparas de petróleo, pantógrafos, tornos geométricos, y en medio una prensa, y a su lado un montón de billetes grandes, y un hombre de avanzada edad, a juzgar por su melena blanca y la curva de su espalda, mirándolos y remirándolos con una lupa.

Ray experimentó la embriaguez del triunfo. ¡Había descubierto el gran secreto de Ackerman! Nervioso, excitado, se enfundó la Luger y sacó la máquina microfotográfica, que no abultaba más que una caja de fósforos. Gastó todo el rollo en tomar las fotografías de la escena, mientras los hombres seguían trabajando, ignorantes de que alguien estaba obteniendo pruebas para meterlos en cárcel.

Todo fue cuestión de segundos, y con las máximas precauciones, y otra vez empuñando la pistola, Ray retrocedió, temiendo encontrarse de súbito con el individuo que había subido al comedor. En la estrechez de aquella lóbrega escalera, con enemigos delante y a la espalda, su descubrimiento hubiera sido inútil y él caería acribillado a balazos.

Los últimos escalones los salvó a grandes zancadas.

Y otra vez con la linterna en la mano izquierda recorrió los pasillos, atravesando la cocina, y salió al exterior, cerrando la puerta por fuera y así no dejar señal alguna de su incursión.

Fue deslizándose por entre los árboles, tomó la pértiga y con ella salvó la valla, cayendo al otro lado, a campo libre. Recogiendo el abrigo y con él y la pértiga en las manos, recorrió el camino hasta llegar a la carretera, donde le esperaba su coche.

Cuando sonó el rugido del motor, los oídos de Ray escucharon el himno de la victoria. Su amigo Tucker tendría ahora más que pruebas suficientes para pedir ayuda oficial al Estado Mayor del FBI, en Washington.

Bugs, cumpliendo su promesa a Ray, vigilaba a la mañana siguiente la casa de Ackerman. Era una mañana fría, encapotado el cielo neoyorquino con nubes plomizas, precursoras de una fuerte lluvia. Desde su coche, parado en la acera opuesta, Bugs había visto salir juntos, a las ocho, a Ackerman y su secretario, subiendo en un lujoso automóvil y alejándose, seguramente a trabajar en la joyería.

El tiempo iba pasando y Bugs sentía cada vez más frío, por estar inmóvil en el baquet, fumando cigarrillo tras cigarrillo. Su mente se ocupó en recordar lo que la noche anterior le había contado Ray. Parecía imposible que al fin hubiesen hallado la verdadera pista y obtenido las pruebas suficientes. Sólo había en Bugs un ligero resquemor, en su sentido más noble: de aquella tarea, la peor y más peligrosa parte recaía siempre sobre su amigo Ray, mientras él se limitaba a realizar tareas fáciles. Su espíritu activo y sus músculos

exigían más actividad y peligro. Únicamente le sujetaba el temor a estropear los planes trazados y a desobedecer a Brand, en el que reconocía más inteligencia.

Se distrajo después en contemplar el mareante tráfico de la avenida y en observar a todas las personas que salían de casa de Ackerman. Todas ellas le eran desconocidas, posiblemente inquilinos de otros pisos. Recibió con alegría la salida de Edna, a media mañana, a pie, encantadora con su abrigo de pieles. Bugs dedujo que la joven iba a hacer compras. Al menos seguirla sería más entretenido que permanecer hora tras hora en el mismo sitio.

La vio alejarse por la acera contraria, a buen paso, y puso el motor en marcha. Delante de él despegó un coche, un Cadillac negro que también había estado aguardando varias horas y cuya ventanilla posterior tenía la cortinilla echada, impidiendo ver a sus ocupantes. Creyó que sería una casualidad, hasta comprobar que conforme él seguía a Edna, también el coche delantero la seguía, manteniendo una velocidad muy reducida.

La atención de Bugs se concentró en la joven y en el extraño coche. Edna se detuvo ante el escaparate de una zapatería y después de mirar unos minutos entró en el establecimiento. El coche misterioso se detuvo también. Detrás, Bugs. Ahora sí que sus dudas se habían disipado, aunque no supiera de qué se trataba; pero los acontecimientos hablarían por sí solos.

Edna salió del establecimiento sin haber hecho compra alguna, pues no llevaba ninguna caja. Esto no le extrañó a Bugs, que conocía bastante bien a las mujeres, pero sí la maniobra del coche precedente, que se fue a la acera de la joven, aprovechando un cruce, y viniendo lentamente en dirección contraria, rozando el bordillo, Bugs se vio obligado a frenar para no pasar de largo.

Del intrigante vehículo se apearon dos individuos altos, bien vestidos, que se acercaron a Edna interpellándola. Bugs los veía hablar y gesticular. La muchacha mostraba extrañeza. Uno de ellos se llevó la mano a la solapa y levantándola enseñó una placa. Fue entonces cuando la joven, con manifiesto estupor en su semblante, subió al automóvil de los individuos.

Bugs vio que se alejaban a toda velocidad. Temía enfrentarse con los detectives del Departamento de Policía, pero debía de enterarse de la comisaría a que era llevada Edna. Sin pensarlo más,

dio la vuelta, procurando no perder de vista al largo y negro Cadillac.

Una esquina, otra esquina, salieron de la avenida, cruzaron calles y más calles y tomaron la carretera de Albany, cruzando el puente sobre el Harlem.

La extrañeza del agente especial subió de grado al ver que el Cadillac volaba más que corría, alejándose de la población. Por aquellos lugares no había ningún cuartelillo de la Policía. La idea de que un peligro se cernía sobre la mujer amada por Ray se infiltró en el pensamiento de Bugs. Sin dejar el volante, sacó el arma que solía llevar en la pistolera de la cintura. Era un magnífico revólver Cok, de carro, de calibre.45, de seis perforados en el tambor, cargado con balas de plomo, al estilo de los usados antiguamente por los gun-men

del Oeste, capaz de derribar de un balazo a un hombre, le diese donde le diese.

El temperamento deportista y fogoso de Bugs gozaba con aquella persecución, que él adivinaba terminaría en tiroteo mortal. Si a Edna querían hacerle algo, antes tendrían que eliminarle a él.

Una lluvia fina comenzó a empañar el parabrisas del coche, y las ruedas resbalaban levemente sobre el húmedo macadán de la carretera.

Con emoción vio Bugs que el Cadillac paraba al lado de una espesa arboleda que se levantaba a la izquierda. El momento de actuar había llegado. Distinguió a tres hombres sacando en volandas a Edna, corriendo con ella hasta internarse en la foresta. Bugs no sabía si sería conveniente parar. Estaba aún lejos, y sospechaba que dentro del Cadillac habría quedado algún individuo, que podría verle.

Decidido, frenó en seco y, empuñando el Colt, saltó a la cuneta, corriendo campo traviesa, para llegar diagonalmente hasta el bosquecillo. La angustia de llegar tarde le prestaba alas en los pies, aunque los zapatos se le hundiesen en la mojada y blanda tierra. Ninguna detonación llegaba a sus oídos, pero la esperaba de un momento a otro. Jadeaba como una locomotora su pecho, pero el joven seguía corriendo y corriendo, tropezando, cayendo, levantándose, manchándose de barro la gabardina y los bajos de los pantalones.

Desesperado, disparó al aire, con el fin de asustar a los secuestradores, aunque los pusiese en alerta. Todo antes de llegar demasiado tarde. De un salto se introdujo en la foresta, y el instinto de conservación le hizo ser precavido.

Con agilidad, mas con sigilo, fue sorteando los troncos, procurando no hacer ruido al atravesar la maleza. Miraba en todas direcciones, buscando: aguzaba los oídos, tratando de percibir algún ruido sospechoso. No le importaba caer en una emboscada con tal de salvar a la joven.

Bugs, en aquellos momentos, era una fiera desatada, capaz de morir matando como fuese. Le había tocado el turno de jugarse la vida en aquel juego de Ray Brand, y no iba a retroceder ante las armas de tres cobardes gánsters, sólo valientes con una mujer indefensa.

Era tal su locura, que tropezó con una raíz a flor de tierra, cayendo al suelo. Y aquello fue su momentánea salvación, pues dos proyectiles le silbaron por encima. Y, desde el suelo, miró al frente, buscando a los agresores. Distinguió a dos, en pie, mal protegidos, en sendos troncos, y a la izquierda, a Edna sujeta por otro gánster.

—¡A ellos, muchachos; ya son nuestros! —gritó Bugs, con voz poderosa, simulando acaudillar una legión de hombres.

Los gánsteres se esperaban todo menos aquello, y se desconcertaron durante un instante. El preciso para que Bugs apretase el gatillo cuatro veces, derribando a los dos individuos de la derecha, mordidos por las destructoras balas de plomo del calibre.45. Sólo uno de ellos hizo un disparo, perdiéndose el proyectil a lo lejos.

Bugs gritó al que sujetaba a Edna, y que se escudaba en el cuerpo de ella, también desconcertado ante el ataque:

—¡Suelta a esa mujer!

El forajido, con la pistola apoyada en la espalda de la joven, repuso mirando temerosamente a su alrededor:

—Si me disparáis, morirá ella.

—Déjala y te salvarás —manifestó Bugs, recargando en tanto el tambor de su Colt, sin dejarse ver, para así intimidar más al forajido.

Pero el malhechor inició una retirada peligrosa, arrastrando a la joven y sin dejar de amenazarle con el arma. Edna tenía el rostro

lívido, sin poder hablar, convencida de que el menor movimiento le costaría la vida.

—¡Quieto! —aulló Bugs, al ver que se le escapaba el gánster.

—¡Déjeme que me vaya, o la mato!

El agente especial se corrió a la derecha, y fue visando con el recargado Colt la mano armada del bandido. Y cuando le tuvo de costado viéndose la separación entre él y la joven, quedándose al descubierto la Browning que empuñaba, recordó Bugs sus antiguos ejercicios de tiro en la Academia. Apuntó cuidadosamente, sin dejar de correr la mano, y apretó el gatillo. La bala del .45 arrebató la Browning del bandido, y éste, con un grito de rabia y dolor, iba a huir, cuando dos proyectiles le detuvieron en su incipiente carrera, haciéndole tambalearse y caer sangrando mortalmente.

De un salto se puso Bugs en pie, corriendo hacia la joven, a punto de desmayarse. También su carrera fue cortada a la mitad; de la espesura surgió un individuo disparando contra el agente especial. Bugs sintió un fuego horrible en la cintura y se contrajo de dolor, pero su fortaleza física y el espíritu de lucha que le enseñaron en el FBI le hicieron sostenerse, con la rodilla hincada en el suelo, y, cara a cara, apretó el gatillo hasta descargar el tambor en el cuerpo del último forajido, el que se había apeado del coche al oír el tiroteo.

En tierra yacían cinco hombres, y de los cinco sólo vivía uno: Bugs, que luchaba denodadamente con el sopor que le invadía, invitándole a sumergirse en el sueño eterno. Respiraba con afán, y entrecortadamente dijo a Edna, que se había acercado a él, horrorizada aún, sin suficiente serenidad para tomar una determinación:

—Señorita, ayúdeme a... levantarme. Vamos al coche de éstos.

Tras ímprobos esfuerzos, con un rictus doloroso en su faz, el malherido agente especial se puso en pie, y, apoyado en el hombro de la joven, se dirigieron lentamente hacia la carretera, apartando Edna las húmedas ramas, y soportando ambos la persistente lluvia, que calmaba con su frialdad la fiebre de sus sienes.

Cuando llegaron junto al Cadillac de los gánsteres, Bugs preguntó:

—¿Sabe usted conducir?

—Sí —musitó ella débilmente, sin voz para hablar.

—Ayúdeme a subir y póngase al volante —hizo una pausa el joven—. Dé la vuelta y vamos a aquel coche parado.

Obedeció Edna prontamente, tranquilizada por momentos, vislumbrando la realidad de escapar con vida, después de aquella horrorosa escena en la que los forajidos la amenazaban de muerte.

El automóvil de Bugs recibió a ambos jóvenes, no sin grandes esfuerzos por parte del herido, que se tendió en el asiento posterior. Se sujetaba la región del plexo solar con ambas manos, sintiendo que el calor del infierno le roía las entrañas. Su respiración era fatigosa. Pudo articular:

—Lléveme de prisa a un hospital, señorita, por favor. Dese prisa.

Edna sufría lo indecible contemplando la agonía de su salvador, del desconocido que la había librado de la muerte. Puso el motor en marcha, dio la vuelta y tornó la dirección de Nueva York, pisando a fondo el acelerador, pues de ello dependía una vida. Aferrada al volante, sin dejar de pisar, iba dejando atrás millas y más millas de carretera, cuyos árboles parecían huir vertiginosamente a ambos lados del vehículo. Por el espejo retrovisor vio que el herido le hacía señas de que parase, y abrió la boca como queriendo hablar.

Frenó la joven y, saltando a tierra, abrió la portezuela posterior.

—¿Qué quiere?

Los ojos del herido habían perdido el brillo y comenzaban a empañarse con el velo de la muerte; su respiración más parecía un estertor. A retazos logró decir:

—¡Me muero!... ¡Ya no puedo más!... ¡Escúcheme, señorita!... ¡Le pido un favor!... Vaya usted al... Marcus Hotel, trescientos treinta, y allí está Sullivan. Díglelo que... ha pasado; díglelo que le he hecho un buen servicio, y que... he sido su mejor amigo —el aliento cada vez era más débil, y tras una pausa, que destrozaba el corazón a Edna, él prosiguió—: Señorita, de la vuelta a..., mi tacón derecho...

La joven creyó que el malherido hombre comenzaba a desvariar en su agonía; pero vio tal súplica en los ojos que, con tal de complacerle en su pequeño deseo, se arrodilló, tomando en sus manos el zapato derecho. Fue indescriptible su sorpresa al ver que el tacón giraba y mostraba una oquedad en la que brillaba una insignia, una placa de variado colorido. La cogió temblorosamente, y entonces pudo leer: «Department of Justice. Federal Bureau of

Investigation. —Fidelity. Bravery. Integrity».

Los ojos de Edna se anegaron en lágrimas, al saberse protegida por la famosa organización anticriminal. Ella creía haber sido salvada por un amigo de su tutor, sintió después del descubrimiento una emoción inenarrable, pareciendo que todos sus temores se habían desvanecido, que aquella secreta amargura que la acompañaba desde que salió del colegio había desaparecido al conjuro del FBI. Y entonces experimentó la terrible angustia de no poder salvar la vida al hombre que derrochó tanta bravura en un acto temerario, rayano en heroísmo.

Vacilaba, dudaba, no sabía qué determinación tomar, hasta que hizo ademán de incorporarse para continuar conduciendo el vehículo y llegar cuanto antes, con su triste carga, a un hospital. Pero Bugs, que la contemplaba, dijo casi imperceptiblemente:

—No, no... ¡Sáqueme del coche y écheme en la cuneta! No me lleve a... ningún sitio. ¡Tíreme a la cuneta! Luego... vaya pronto a Ray. Marcus, trescientos treinta. El vendrá y... ocultará mi cuerpo... —se retorció el pobre joven en el asiento por un ataque de dolor; sus ojos comenzaban a cerrarse; articuló—: Quiera mucho a Ray, Edna... El la quiere mucho... Él me envió a... salvarla. Dígle que... le he... querido como a un hermano.

Hubo otra crispación en su rostro.

—¡Ay, Dios mío! —exhaló en un gemido.

La cabeza de Bugs cayó pesadamente contra el asiento, con los ojos cerrados, perdida la noción del ser.

¡Qué turbión de ideas asolaba la mente de Edna, mientras conducía hacia Nueva York! Detrás llevaba el cadáver de un héroe; le había dado lástima dejar abandonado su cuerpo. Como única precaución por si la veían circular por las calles de la ciudad, había echado las cortinillas de la ventana. No obstante, se exponía a ser descubierta y detenida por la Policía. En el bolsillo llevaba la placa del FBI, y en la memoria guardaba: Marcus Hotel, 330, y en el corazón le latía el feliz conocimiento de la verdadera personalidad de Arthur Sullivan. Arthur no era un gánster, era un agente del FBI, era un hombre bueno, al que ella ya podría amar, porque la barrera helada que los separaba se había desvanecido al conjuro de las palabras del muerto.

Velado estaba el cielo por el manto de nubes; velado se hallaba

el parabrisas con la lluvia; velada tenía la vista Edna, a causa de las lágrimas; pero en su corazón brillaba diáfana el alba de un amor.

En la habitación 330 del Marcus Hotel, Ray Brand silbaba alegremente, satisfecho de los descubrimientos conseguidos, mientras sus manos sumergían en el agua del lavabo los positivos de las importantes fotografías tomadas la noche anterior.

Hacía una hora que se levantó, y su primer cuidado fue pedir que le subiesen los útiles necesarios para revelar fotografías, encerrándose en el cuarto de baño, cuya bombilla había cubierto previamente con un papel rojo.

Esperaba impacientemente a que apareciesen los contornos de las imágenes cuando oyó llamar a la puerta de la alcoba. Extrañado tapó con una toalla el lavabo y después de cerrar la puerta del cuarto de baño salió a abrir en mangas de camisa. Sospechaba que sería su amigo Bugs.

Clavado al suelo se quedó cuando en lugar de su amigo apareció bajo el dintel la bella figura de Edna con las facciones desencajadas, lleno de barro su abrigo de pieles y los zapatos. Ella también se había quedado inmóvil, y luego balbució:

—Su amigo Bugs está abajo, muerto.

—¿Mi amigo Bugs? —preguntó Ray, como herido por un rayo, sin dar crédito a lo que oía, temiendo caer en una trampa; todo ello amalgamado a la inesperada visita de la mujer que amaba.

Ella, incapaz de hablar, se limitó a tenderle la placa del FBI. Brand se la arrebató de las manos y, mirando su revés, vio el número que correspondía a su amigo Bugs. Se le aclaró el cerebro en un santiamén, y roncamente preguntó:

—¿Dónde está?

—Abajo, en la puerta, en un coche que él llevaba.

—¡Pase dentro y espéreme! No salga de aquí hasta que vuelva, o escapará usted mal.

Y colocándose la sobaquera con la Luger, salió corriendo por el pasillo en busca del ascensor, poniéndose la chaqueta.

Al llegar a la calle, enseguida distinguió el coche de su amigo entre los muchos vehículos que bordeaban la acera. Al ver corridas las cortinas de las ventanillas posteriores, abrió la portezuela, cerrando otra vez.

¡Sí, Edna no le había mentido! ¡Allí estaba su buen amigo Bugs,

muerto, inundados de sangre el asiento y el piso!

—¡Bugs, Bugs! —llamó Ray, desesperado.

Y, al cogerle las manos, en llamada angustiosa, sintió como una descarga eléctrica. ¡Latía el pulso de su amigo! ¡No estaba muerto!

Febrilmente le desabrochó la gabardina, la chaqueta y la camisa. Apoyando el oído en el pecho del yacente, escuchó con indescriptible alborozo los latidos del corazón, aunque muy débiles.

El hombre de acción que era Ray Brand no vaciló un momento. Ágilmente salió y, sentándose al baquet, puso en marcha el automóvil, dirigiéndose a toda velocidad hacia el más próximo hospital. Las paradas del tráfico le ponían loco, y de buena gana no las hubiera respetado; pero el temor a llamar la atención de la Policía le hacía aguardar. Y entonces miraba atrás, y seguía viendo inmóvil, en postura de cadáver, el cuerpo de Bugs.

Con un frenazo en seco paró ante la puerta de un hospital. A todo correr entró en la conserjería, ordenando secamente a dos hombres uniformados que allí se hallaban:

—¡Vengan conmigo! ¡Traigo un herido muy grave!

Su timbre de mando y su gesto desesperado intimidaron a los dos individuos, que creyeron estar ante una autoridad, y le siguieron hasta el coche.

—¡Sáquenlo con cuidado! ¡Tienen que operarle enseguida!

Y fue detrás de los dos hombres, que llevaban en vilo el cuerpo inerte de Bugs, y ya dentro del hospital, le dijo:

—¡Enseguida, a la sala de urgencia! ¡Voy a recoger su documentación! ¡Ahora hablaré yo con el cirujano!

Y mientras los dos hombres desaparecían con su carga humana, Ray regresó al coche y, subiendo en él, se alejó a todo gas del hospital. No podía dar explicaciones, que tendría que repetir ante la Policía. Le quedaba el consuelo de que su amigo Bugs sería operado enseguida.

En un callejón abandonó el automóvil, imposible de llevar a un garaje, con sus asientos manchados de sangre. No tardaría en descubrirlo la Policía, pero hasta que localizasen al vendedor del coche tardarían unas horas, las suficientes para que Ray cambiase de alojamiento, borrando su pista.

Regresó al hotel. En la habitación le esperaba Edna, sentada, abatida. Miró, sin vida en los ojos, a Ray. Éste preguntó secamente:

—¿Qué pasó, Edna?

—Esta mañana salí de compras, y unos hombres se me acercaron, enseñándome sus placas de la Policía, y rogándome que subiera a su coche para aclarar un asunto en la comisaría. Cuando vi que salíamos de Nueva York me di cuenta de que eran gentes de ese Cártter. Con las pistolas me obligaron a obedecerles. Iban a matarme entre una arboleda que hay a la izquierda de la carretera de Albany, cuando se oyó un disparo y...

Edna prosiguió narrando la épica lucha, las últimas palabras de Bugs y su llegada al Marcus Hotel.

Cuando terminó, la joven lloraba en silencio; era más débil que el fluir de los duros sucesos. También Ray estaba conmovido por el relato, admirando el heroico comportamiento de su amigo. Mentalmente rogó a Dios que no le arrebatase la vida en plena juventud.

La voz de Edna le sacó de su ensimismamiento:

—¿Quién es usted, Arthur? ¿Es usted del FBI? Su amigo me dio un nombre: Ray. Y estando aquí sola, he recordado que a lo primero de conocernos, usted lo pronunció.

Había tal súplica amorosa en los bellos ojos de Edna, que él confirmó:

—Mi nombre es Ray Brand, y soy agente especial del FBI. Sé que puedo confiar en usted, y más después de todo lo que sabe. Estoy siguiendo la pista de un asesino, y creo que lo he encontrado. ¿Qué tiene usted que ver con Ackerman, con su tutor?

—Le odio. Me ha envenenado la vida y me ha robado la fortuna que heredé de mi padre.

—¿Por qué no lo ha denunciado?

Ella calló un momento, y, luego, mirando a Ray fijamente, dijo con voz estrangulada:

—Yo maté a un hombre, y él lo sabe.

Hubo una larga pausa a causa de la terrible revelación. Ray no podía comprender que aquella mujer por él amada hubiese cometido un asesinato. Para él, Edna era un ángel de bondad y de pureza, y sin embargo... ¡Había asesinado y vivido con unos criminales! Una fuerza interior e indefinible le obligó a preguntar:

—¿Por qué no me cuenta su vida, Edna? Olvide que soy un agente, y vea solo en mí al amigo. Tenga confianza en mí. Usted

sabe que yo... Por favor, Edna: cuénteme su vida.

—Perdí a mi madre cuando era muy niña; apenas si la recuerdo. Mi padre era ingeniero, un hombre rico; y a partir de la muerte de mi madre dejó sus ocupaciones, dedicándose a viajar. Yo fui llevada a un colegio de interna, y recibía cartas suyas muy a menudo. Las Navidades siempre las pasaba con él; me quería mucho y éramos felices. El día que cumplí los diecinueve años no recibí ni su felicitación ni su regalo. Pocos días más tarde se presentó Ackerman en el colegio, enseñándome unos documentos y un periódico. Mi padre había muerto en un accidente de aviación, en el Brasil, y quedaba Ackerman como tutor mío.

—¿Usted lo conocía de antes?

—No. Entonces fue la primera vez. Creo que se conocieron en el Brasil, y juntos tuvieron allí unos negocios de diamantes. Me sacó del colegio y fuimos a vivir a la casa que usted conoce. Me presentó a muchos amigos, y yo fui perdiendo la tristeza por la muerte de mi padre. Me gustaba asistir a bailes, y Ackerman era muy cariñoso y me llevaba a todos los sitios. Una noche, ya muy tarde, regresábamos los dos de un *cabaret* de las afueras, en coche. Yo conducía, cuando de pronto vi a la luz de los faros a un hombre que cruzaba la carretera. Toqué el claxon, dejando de pisar el acelerador. No sé qué le pasó a aquel hombre: se quedó como desconcertado, y ya fue tarde para frenar. Oí el golpetazo que le dio la aleta. Yo quise volver a recogerle, pero Ackerman se negó, diciéndome que me costaría muchos años de cárcel, por conducir embriagada. Yo no estaba embriagada; había bebido, pero ni siquiera sentía mareo. Él me convenció de que la Policía se enteraría de que habíamos estado en un *cabaret* y me culparían del atropello con todas las agravantes. Fui cobarde, lo confieso; falté a mi conciencia, y bien me ha pesado.

Edna se mordía los labios, avergonzada, con la vista baja. Ray preguntó:

—Y ¿no se enteraron qué heridas recibió aquel hombre?

—Murió al amanecer, en un hospital; fractura de cráneo. A los dos días Ackerman me llamó a su despacho y me presentó a una mujer enlutada. Era la viuda del atropellado. Antes de morir, él le dijo a su mujer el número de la matrícula. La había visto, cuando yo frené, enseguida. Lo recogió otro coche que venía detrás y lo

llevaron a un hospital. La viuda quería dinero, y hubo que dárselo, con tal de que no se lo dijese a la Policía. Cincuenta mil dólares. Ackerman lo arregló todo, como tutor mío. Desde entonces comenzó mi calvario; me tenía cogida y podía meterme en la cárcel.

—Es ésa la causa de su aislamiento, ¿no?

Ella asintió con la cabeza, explicando:

—Unos meses después me enteré de que todo lo que heredé de mi padre había desaparecido. Ackerman mismo me lo dijo, riéndose, sabiendo que yo no podía denunciarle. Me había robado, y yo tenía que callar. Ésta es mi historia, Arthur.

—¿Qué sabe de Ackerman y de la gente que le rodea? ¿Conoció usted al inspector Alfred Brand?

—Sí; le conocí. Era muy simpático, y muchas veces estuve tentada de confesarle el secreto que encerraba mi vida, porque los remordimientos no me dejaban un momento de calma. Pero le veía tan enamorado de Dolly que... no me atreví. Luego supe que había sido electrocutado. Resultó ser un ase... —Y, súbitamente, Edna enmudeció al caer en la cuenta de que Arthur había dicho antes llamarse Ray Brand; maquinalmente preguntó—: ¿Era su hermano?

—Sí; era mi hermano, y no era un asesino. Fue una víctima de Ackerman; como lo ha sido usted, y como lo ha sido Bugs, más o menos directamente. Ackerman, ése es el asesino. ¿Qué sabe usted de él?

—Nada, en concreto. Sospecho que realiza negocios sucios, pero no sé nada. A mí me tienen apartada por completo. Él y Gilpin están siempre juntos, y no hablan nunca delante de mí.

—Y ¿de Gilpin?

—Es un hombre repugnante; es su secretario. Y me tiene acosada con sus declaraciones de amor. Más de una vez han discutido Rensie y él por mí. Los dos dicen quererme, y yo les odio.

—¿Qué sabe de ese Rensie?

—Es un hombre muy raro, casi nunca habla. De cuando en cuando aparece por casa, pasa al despacho con Ackerman, no volviendo hasta unos días después. Creo que sale de viaje; tal vez sea el encargado de comprar joyas.

Por concatenación de ideas, al nombrar a Rensie, Ray recordó las fotografías que tenía en el lavabo.

—Perdone un momento, Edna.

Y al rato salía con una minúscula tira de papel aún húmedo. De un cajón sacó una lupa, mirando con satisfacción las diminutas fotografías obtenidas que bajo el poderoso aumento de la lente se perfilaban nítidamente en todos sus detalles.

—¿Ha visto usted a alguno de éstos, Edna? —preguntó a la joven, entregándole las fotografías y la lupa.

No hizo ella más que mirar a través de la lente, cuando el color se le fue del rostro y se tambaleó, como mareada. Los brazos de Ray evitaron que cayese al suelo. Con cuidado la echó en la cama, y mientras le friccionaba el rostro con una toalla empapada en agua, trataba de adivinar la causa de aquel desvanecimiento.

—¡Edna! ¡Edna!

Paulatinamente la joven fue abriendo los párpados; estaba sumamente bella en su palidez espectral; los descoloridos labios musitaron:

—¡Es mi padre! ¡Mi padre!

Y despidiendo con un esfuerzo visible la nube que le oscurecía el cerebro, se incorporó, preguntando ansiosamente:

—¿De cuándo es esa fotografía, Arthur?

—De anoche mismo. ¿Cuál de ellos es?

—El del cabello blanco; está mucho más viejo que cuando le vi la última vez, pero es él. ¿Dónde está? Tengo que verle enseguida, Arthur. Lléveme allí ahora mismo —y la pobre muchacha lloraba de emoción.

—¡Cálmate, Edna querida! —La tuteaba él, inconscientemente, emocionado también—. Yo sé dónde está, pero no es fácil llegar hasta él. Está en poder de Rensie en una casa apartada. Pero no te preocupes; te prometo salvar a tu padre. Esta misma noche intentaré sacarlo de allí. No sé cómo, pero lo conseguiré. Confía en mí, Edna —y arrastrado por su pasión, enlazó a la joven, atrayéndola dulcemente contra su pecho. Edna lloraba en su hombro, y él besaba con amorosa dulzura los perfumados cabellos.

—¡Arthur! ¡Ray! ¡Ayúdame tú! ¡Sólo tú puedes ayudarme! Estoy tan sola... He vivido en un mundo de pesadillas, y tú eres el primer rayo de luz que veo desde hace mucho tiempo. ¡Quiéreme de verdad, Ray!

—Sí, mi vida, te quiero y te querré siempre. No tengas miedo de nada ni a nadie. Yo te protegeré contra todos.

Ella levantó su rostro anegado en lágrimas y a la vez radiante de felicidad. Aleteaban temblorosamente sus labios, ofreciéndose en un beso que unió sus almas afectivamente.

La crudeza de la realidad les hizo separarse y meditar. Ray propuso:

—No volverás a casa de Ackerman; temo que te ocurra algo. Tomarás una habitación en este hotel, hasta que todo sea resuelto. Aun cuando yo soy del FBI, estoy actuando solo, ilegalmente, y si la Policía me coge terminaré en la silla eléctrica, como mi hermano. Ya te lo explicaré con más tiempo. Ahora necesito actuar enseguida. Lo primero es llamar a ese hospital. ¡Pobre Bugs!

Y sabiendo que se exponía a ser localizado, llamó al hospital por teléfono. La contestación fue dada muy sospechosamente, aunque dijese que el herido de un balazo en el plexo solar había pasado a la sala de operaciones, y aún vivía, temiéndose se presentase un caso de peritonitis.

Al ver el gesto preocupado de Ray, Edna preguntó:

—Te hace falta ayuda, ¿verdad?

—Sí. ¡Son tantos los sitios a que debo acudir! Lo de Bugs me estropea todos mis planes. A Ackerman hay que tenerlo vigilado, y saber lo que hace y quién le visita.

Hubo un corto silencio, roto por la joven:

—Me voy a casa, Ray. Yo lo vigilaré. Nadie mejor que yo, es lo menos que puedo hacer.

—No, tú te quedarás aquí, pase lo que pase. No quiero perderte, Edna. Son unos criminales.

Fue rotunda la afirmación de la joven:

—Me voy, Ray. Es mi obligación. No temas por mí; desde hace tiempo tengo una pistola que encontré en el cajón de una mesa. Seré capaz de matarlos si intentan hacerme algo. Y tú preocúpate de mi padre, Ray; y avísame enseguida. ¡Adiós!

Y ofreciéndole sus labios, le abrazó fuertemente, entregándole cuerpo y alma.

Como si el destino fuese más fuerte que él, Ray tuvo que ver partir a Edna, tal vez hacia la muerte.

Sin ningún apetito, media hora después, Ray trataba de comer algo en el buffet-*lunch* del hotel. Era tan grande su preocupación por la suerte de Bugs que los alimentos le repugnaban sólo con

verlos. Levantó la mirada y se quedó sorprendido: sentado a otra mesa, el inspector Tucker le hacía un guiño de complicidad.

Ray estuvo tentado de levantarse, impulsándole su alegría ante el encuentro, pero le contuvo el más elemental principio de cautela. Vio levantarse al inspector, que le hacía una señal de inteligencia, invitándole a juntarse fuera.

En el pasillo, Tucker preguntó en voz baja:

—¿Cuál es tu habitación?

—Trescientos treinta.

—Espérame allí.

Nervioso, esperaba Ray en su cuarto, hasta que escuchó el golpear de unos nudillos en la puerta. Era Tucker, que apenas cerró por dentro abrazó al joven paternalmente.

—No sabía que también vivías tú aquí, Ray. Fue para mí una sorpresa verte abajo. Por tus cartas creí que estabas en el Ridge Hotel.

—Tucker, ocurre algo muy grave: Bugs está en trance de muerte.

Y expuso en pocas palabras la heroicidad del otro agente especial; y la treta empleada para llevarle al hospital sin caer en manos de la Policía. Tucker parecía conmovido conforme iba escuchando, y por último sacó dos carnés del FBI.

—Querido Ray, ya podéis trabajar sin temor alguno. Recibí vuestras cartas y conseguí obtener la autorización del Estado Mayor para que oficialmente demos fin a este caso. Ahora ya no lucharás solo, sino que toda nuestra organización estará a tu servicio, concediéndote poderes especiales en este asunto que has descubierto. Tú la conoces mejor que nadie, y dirigirás la acción. A estas horas ya habrán recibido los agentes nuestros de Nueva York la orden de prestarte cuánto necesites. Es un orgullo para ti haber descubierto algo tan importante. Toma tu carné y vamos ahora mismo a ese hospital. Hay que hacer todo lo posible por salvar a ese muchacho. ¡Vamos! En el coche me contarás detalladamente lo sucedido, cómo está la situación y tus planes finales.

Mientras el conductor del taxi les llevaba al hospital, Ray hizo una exposición completa de las circunstancias, sin ocultar su amor por Edna, y el descubrimiento de que su padre vivía.

Era tanto lo que tenía que contar al inspector que el trayecto se les hizo corto, y aún no había terminado cuando el chófer anunció

que estaban ante el hospital.

Tucker pagó, y juntos entraron en la conserjería preguntando por el herido que había llegado aquella misma mañana. Junto a la telefonista de la centralita estaba sentado un hombre, que al oír a Ray, miró a los conserjes, y uno de ellos le hizo un gesto de asentimiento.

El individuo se levantó de un salto, y acercándose a los dos visitantes, se levantó la solapa izquierda, enseñando la placa de detective del Departamento de Policía de Nueva York.

—En nombre de la ley, quedan ustedes arrestados.

—¡Ah! ¿Sí? —exclamó burlonamente el inspector Tucker, dirigiéndose luego con la vista a su compañero, como invitándole a lucirse por primera vez con el carné.

Ray, agradeciendo aquella deferencia, displicentemente sacó el carné, metiéndoselo por los ojos al detective, que a su vez exclamó, atónito:

—¿Del FBI?

Tucker le enseñó el suyo y el detective se cuadró instintivamente.

—A sus órdenes, señor inspector. Yo, es que..., que me dijeron éstos que...; en fin, perdóneme, pero...

—Nada, nada, muchacho —le disculpó Ray, saboreando un poco infantilmente su reconocida autoridad—. Fui yo quien trajo a ese herido, y ahora venimos a saber de él. Telefonee usted a su jefe, al encargado de este asunto, y dígame que deseamos verle.

Todo solucionado, los dos miembros del FBI fueron conducidos a un despacho, donde conversaron con el cirujano que había operado a Bugs.

—Estas heridas en el plexo solar no suelen ser mortales de momento, aunque sí muy graves, dado el peligro de que se presente la peritonitis. Hubo que hacerle una transfusión, y no sé cómo escapará. Continúa sin conocimiento. Hay un médico a su cabecera, observándole. Si llega a recobrar los sentidos les avisaremos enseguida.

No tuvieron que hablarse Tucker y Ray para estar de acuerdo en quedarse en el hospital hasta saber si Bugs lograba salvarse. Contando con el permiso del director del benéfico establecimiento, utilizaron uno de los despachos para tratar de la banda de

Ackerman.

Ray terminó su exposición de los hechos, y explicó sus planes de ataque inmediato a la casa donde se fabricaban los billetes falsos.

Por teléfono, Tucker citó al inspector local del FBI y al jefe del Departamento de Policía para una hora más tarde, en el mismo hospital.

Mientras esperaban, pasaron a ver a Bugs. El pobre muchacho parecía un cadáver: su piel estaba más pálida que las sábanas del lecho. Tenía los ojos cerrados y su respiración apenas era perceptible. En aquellos momentos luchaba contra el poder de la muerte.

Con lágrimas en los ojos, Ray salió de la habitación. Observándolo, Tucker le pasó un brazo por el hombro, dándole ánimos:

—No te preocupes, Ray; estoy seguro de que aún hará grandes cosas por nuestro departamento. Es joven y fuerte y saldrá de ésta.

A la hora fijada, en el despacho escogido, se hallaban Sanders, inspector del FBI, destacado en Nueva York; Mamey, oficial comandante de la División de Detectives del Departamento de Policía de Nueva York; el inspector Tucker y Ray Brand.

El joven hizo un relato sucinto acerca de los falsificadores de billetes y conforme hablaba, Sanders y Mamey escuchaban con creciente atención, sorprendidos de oír la existencia de una banda tan peligrosa sin ellos sospecharlo.

A partir de la exposición, el despacho más bien parecía del Estado Mayor de un ejército de operaciones. Sanders recibió el encargo de enviar por avión el billete falsificado a los laboratorios técnicos del FBI, en Washington, para examen y estudio de sus irregularidades, con el fin de pasar la noticia a la Tesorería Nacional y proceder a la vigilancia de la emisión legal. Además, se le encargó que reclutase para la noche cinco agentes especiales, con proyectores de «luz negra». El oficial comandante del Departamento de Policía, Marney, ordenó a sus detectives que recogiesen inmediatamente la caja llena de billetes que Ray escondió en el bosque, en el estado de Nueva Jersey, sin que sus autoridades se enterasen, y así no incrementar el papeleo oficial.

Y luego, inclinados los cuatro hombres sobre el mapa del estado de Nueva York, planearon el ataque nocturno a la casa donde vivía

Rensie. La División Motorizada de la Policía cortaría la retirada en todas las carreteras y caminos adyacentes, y cincuenta policías, armados con ametralladoras y bombas de gases, rodearían el edificio. Algunos miembros de la División de Emergencias de la Policía llevarían escaleras y tijeras especiales para cortar el cable de alta tensión.

Sanders y Mamey abogaban por un ataque total, entrando en masa en la casa. Ray, recordando la petición de Edna, se oponía, alegando que probablemente Rensie mataría a Howland, eliminando a un testigo de cargo. Era partidario de que apenas fuese cortado el cable, sin causar alarma a los moradores de la casa, saltar él sólo la valla e introducirse en el edificio, con objeto de proteger al anciano. Una vez conseguido esto, él ordenaría el ataque con un disparo.

Convinieron en reunirse todos a medianoche en el cruce de Riverdale con Henry Hudson. Una enfermera solicitó entrar, anunciando que Bugs había recobrado el conocimiento. Tucker y Ray se dirigieron apresuradamente a ver al herido. Éste sonrió débilmente cuando les distinguió a través de la neblina que velaba sus ojos. No pudo hablar, pero apretó en silencio las manos de sus amigos.

Marcaban los relojes las doce y media de la noche cuando varias siluetas humanas se acercaban cautelosamente al vallado recinto. Algunas llevaban a la espalda una mochila metálica, y en la cabeza un foco, al parecer apagado, pero con las gafas especiales que cubrían sus ojos los portadores veían con la misma luminosidad que si proyectasen un foco eléctrico. Aquellos aparatos eran un reciente invento, conseguido durante la guerra para localizar tanques enemigos en la noche, y el FBI se había apropiado el invento, con ligeras variantes, para su misión anticriminal. Consistían en focos emisores de rayos de «luz negra», invisibles a las personas que no llevasen las necesarias gafas, de cristales contruidos con fórmulas guardadas secretamente.

Cuatro miembros de la División de Emergencias se adelantaron, y trepando por las escalerillas llevadas al efecto, cortaron el cable de alta tensión con tijeras aisladoras. Ray, tras comprobar que la Luger salía fácilmente de la sobaquera, dio un apretón de manos al inspector Tucker, y subiendo por una de las escaleras, se dejó caer

desde lo alto de la valla al otro lado, desapareciendo a la vista de las fuerzas policiacas, que a partir de aquel instante rodearon el recinto acotado, armados con ametralladoras y fusiles Garand, extra rápidos, tipo M-L, muy útiles por su cargador de ocho balas, con mínimo retroceso.

Sanders, Mamey y Tucker capitaneaban distintas secciones de fuerzas. Todos esperaban oír la detonación, para comenzar el asalto general.

En tanto, Ray había llegado a la puerta posterior del edificio, y de igual manera se introdujo, utilizando hábilmente las ganzúas. Le sorprendió en gran manera oír voces y risas. Los moradores de la casa se hallaban levantados y la situación se complicaba. Era más prudente retroceder y esperar a que se hubiesen acostado. Pero recordó la impaciencia del oficial comandante. No quedaba otro remedio que intentar una locura: enfrentarse con los gánsteres a pecho descubierto.

Paso a paso cruzó la cocina, y luego el largo corredor, hasta acercarse a la puerta que daba al *hall*, del que llegaba el resplandor de una luz. Pegado a la pared, protegido en la sombra del corredor, vio de una ojeada al grupo de forajidos sentados en varias mesas, jugando a los naipes, conversando y riendo; sin dejar olvidadas las botellas de licor que tenían a mano. A la izquierda vio al anciano padre de Edna, a Howland, junto al aparato de radio, escuchando una emisión de noticias internacionales. El hombre parecía abstraído, con una expresión de intensa fatiga en su arrugado rostro.

Dudaba Ray sobre la forma de actuar, cuando se oyeron unos pasos, y entraron en su campo visual Rensie y Royal. A Ray le extrañó la presencia de este último en la casa; ignoraba que tuviese el cuartel general en ella. Su presencia, juntamente con la de sus hombres, complicaba todavía más el ataque, Peter Royal era un hombre capaz de todo antes que entregarse a la Policía, sabiendo que indefectiblemente le esperaba la silla eléctrica.

De toda la casa sólo conocía Ray aquella parte y el sótano, donde imprimían los billetes. El subterráneo tenía una sola entrada y podía ser un excelente refugio, pero ignoraba si su puerta estaría abierta. Rápidamente fraguó la comedia a representar. Con la Luger al frente, dio unos pasos adelante, dejándose ver.

—¡Buenas noches, amigos!

Su jovial saludo atrajo la atención de todos, inclusive la de Howland. Y al verle armado los gánsteres comenzaron a mover las manos disimuladamente.

—¡Quietos, amigos! ¡No vengo en plan de guerra! Solamente como una elemental precaución. ¿Qué hay, Rensie? ¿Cómo va eso, Royal?

Los aludidos estaban boquiabiertos, como si viesan aparecer a un fantasma. Peter Royal fue el primero en reaccionar de palabra pues permanecía inmóvil, sabiendo que con Sullivan no se podía bromear.

—¡Es muy agradable encontrarte por aquí, Sullivan! No esperábamos tu visita. ¿Qué ha sido de tu vida en estos últimos tiempos?

Todo su afán era distraer la atención de Ray, y permitir que alguno de sus compinches aprovechara el descuido.

—Gracias por tus cariñosas palabras, Royal. Ya veo que estás estudiando el método de urbanidad. Eso hacen los chicos como tú.

Y a la vez que hablaba Ray de una ojeada comprobó con verdadera satisfacción que la puerta del sótano estaba entornada. Súbitamente, cambiando su irónico tono de voz por otro cortante y autoritario, ordenó:

—¡Manos arriba!

—¿Te has vuelto loco, Sullivan? —se atrevió a argumentar Rensie.

—¡Manos arriba tú también!

Los gánsteres habían oído hablar de la extraordinaria puntería de Sullivan, y no osaron cometer la estupidez de arriesgarse a encajar una ráfaga de proyectiles. El orificio de la Luger era realmente impresionante.

—¡En pie! ¡Y de espaldas!

—¡No dispaes, Sullivan! ¡No dispaes! —gritó Peter Royal.

Ray vio en su súplica una añagaza para llamar la atención de alguien en el otro piso; pues su cara, serena y brutal, no mostraba miedo alguno.

—¡Calla, Royal, o te mato como a un perro!

Y cuando tuvo a todos de espaldas a él, y en pie, con las manos en alto, Ray se acercó a Howland, que también había obedecido las

órdenes y cogiéndolo de un brazo, le hizo retroceder poco a poco en dirección al sótano. No perdía de vista la escalera, mientras retrocedía.

En efecto: distinguió una mano armada y una cabeza. Su disparo y el del otro sonaron simultáneamente. Ray oyó silbar la bala por delante.

—¡Abajo, señor Howland!

Y precipitadamente retrocedió arrastrando al anciano. Cuando cerraba la puerta del sótano, por dentro, tuvo que disparar contra el grupo de gánsteres, pues algunos habían desenfundado las armas, aprovechándose del corto duelo.

Al echar el grueso cerrojo, Ray se consideró como en una fortaleza. Los malhechores no tratarían de echar la puerta abajo; las detonaciones habrían servido de señal a la Policía, y ya estarían asaltando el edificio.

—Baje, señor Howland. Tenemos que hablar.

Sumisamente, el anciano obedeció; se veía que era un hombre acabado.

En líneas generales, Ray expuso la causa de su presencia en la casa, descubriendo su verdadera personalidad y hablándole de Edna. El anciano, conforme iba oyendo, comenzó a llorar.

—¿Cómo está mi hija?

—Esperándole, señor Howland. En estos momentos la Policía estará acabando con esta gente. Saldremos, y mañana mismo podrá usted abrazar a su hija. Ahora, cuénteme cómo es que usted ayudaba a Ackerman.

Largo rato necesitó el anciano hasta lograr recuperar la voz: tan intensa era su emoción.

—Ackerman y yo éramos amigos desde la infancia; fuimos al mismo colegio. Pasaron muchos años sin verle, y estando haciendo yo unas investigaciones científicas, en el Brasil —siempre me interesó mucho la mineralogía—, lo encontré en compañía de otro, llamado Gilpin. Les conté mi vida y les ayudé, pues ellos carecían de dinero. Me di cuenta enseguida de que llevaban una vida aventurera por toda Sudamérica, estafando a quienes podían. Mi error fue no apartarme a tiempo de ellos. Un día vieron unas planchas de acero grabadas por mí al aguafuerte, arte que practiqué desde la juventud, por afición. Lo comentaron asombrados, y

aquella misma noche entraron en mi habitación y me dieron una paliza hasta dejarme sin sentido. Cuando recobré el conocimiento me hallaba en un lugar desconocido, y mediante torturas me obligaron a hacer testamento, dejando heredera de todos mis bienes a mi única hija: a Edna; y a Ackerman, como tutor.

Las palabras del anciano comenzaban a embarullarse, debido a su emoción. Ray le sirvió un vaso de agua. Luego Howland prosiguió explicando el horrible destino que le forjaron el par de aventureros.

—Allí mismo, en el Brasil, me forzaron a hacer unas planchas con el fin de falsificar billetes del país. El principal problema era el papel; se hacía necesario que lo fabricasen igual al oficial. Y entonces me trajeron a Nueva York, siempre vigilado, y cuando me ordenaron falsificar billetes de los Estados Unidos, me negué; yo no podía hacer eso en contra de mi patria. Pero Ackerman tenía en sus manos una jugada importante. No me hubiese obligado ni con castigos ni con amenazas de muerte, pero usó un látigo que me hizo claudicar; me amenazó con matar a mi hija. Sé que he faltado, pero ¿qué hubiese hecho otro padre en mi lugar? Sé que he hecho mal, pero... quisiera ver en mi puesto a todos los que tienen hijos. La patria necesita héroes, pero yo no soy héroe; soy un hombre cualquiera, un padre que quiere a su hija.

A la acongojante revelación de Howland siguió un corto silencio. Fue Ray quien lo rompió, conmovido por el relato del anciano:

—¿No tuvo usted nunca ocasión de fugarse o de enviar un mensaje a la Policía?

—Nunca. De día y de noche me vigilaban. Y ¿con quién iba a enviar una carta, si todos eran mis carceleros? Únicamente, algunas veces, intenté usar la emisora que tienen arriba, pero no pude conseguirlo.

—¿Una emisora, arriba? —pregunto Ray, poniéndose en pie.

—Sí; la tienen desde hace bastante tiempo.

—¿Dónde?

—Yo no la he visto; deben de tenerla en el último piso.

El joven agente especial parecía electrizado al oír la noticia; seguramente ya habrían notificado los gánsteres a Ackerman el asalto de la Policía. ¡Era necesario apoderarse de la emisora!

—Venga conmigo, señor Howland. En cuanto yo salga de este

sótano, vuelva usted a echar el cerrojo, y no abra, a no ser que escuche cuatro golpes en la puerta.

Con las máximas precauciones y la Luger en la mano derecha, Ray abrió, asomándose. Una nube de gases lacrimógenos flotaba en el desierto *hall*; escuchábase el fragor de las detonaciones del piso alto y en el exterior. La Policía no había logrado entrar en la casa.

—¡Cierre enseguida, señor Howland!

Y a todo correr, el joven atravesó el *hall*, subió la escalera, teniendo que detenerse al encontrarse en el piso superior, que estaba totalmente a oscuras. El tiroteo sonaba más cercano, en el piso último; allí se habían atrincherado los gánsteres, repeliendo la agresión.

A tientas, Ray fue subiendo y comenzó a oír las voces. Estuvo a punto de rodar escaleras abajo al tropezar con un cuerpo humano yacente. La voz de Rensie sonó débilmente:

—Llévame de aquí; estoy muriéndome.

Rensie no había reconocido en la oscuridad al que le pisó, creyendo que se trataba de uno de sus hombres. Ray saltó por encima y prosiguió ascendiendo. El piso último también estaba en tinieblas. Las detonaciones seguían sonando por encima del agente especial. Adivinó entonces que los gánsteres se defendían fácilmente desde la azotea, lugar adonde no alcanzaban las bombas. Y como viese que en el último piso no parecía haber nadie y, sin embargo, era lógico pensar que en una de sus habitaciones se hallaría instalada la emisora, comenzó a registrar habitación por habitación.

A la quinta puerta abierta, distinguió a un hombre manipulando la emisora, de último modelo. Tuvo la infeliz idea de volverse a ver quién entraba, y fue su perdición. La Luger ladró una vez y el hombre cayó del asiento al suelo, sin poder empuñar la pistola que tenía al lado.

Esgrimiendo una silla, Ray destruyó los complicados y delicados aparatos, inutilizándolos totalmente. Luego salió al pasillo. El tableteo de los ukeleles proseguía incesantemente sobre su cabeza.

En lo último del pasillo nacía una estrecha escalera de caracol. El agente especial puso la Luger en tiro extra rápido, y peldaño a peldaño fue ascendiendo, hasta llegar a una puertecilla. Adosada a la pared vio la gran azotea, bordeada por una balaustrada de yarda y media de altura, que servía de excelente parapeto a siete

gánsteres, disparando hacia abajo con las mortíferas ametralladoras Thompson. En el centro de la azotea, dos hombres se dedicaban a rellenar los cargadores, sacando la munición de una caja de madera. Y sembrando el suelo, varios cuerpos humanos en posturas retorcidas, algunos de ellos quejándose lastimosamente.

Era una visión realmente dantesca aquella escena sacudida por el estampido de los continuos disparos, o las líneas luminosas de las balas trazadoras de la Policía remontándose al cielo, sus aulladores silbidos, los cadáveres y los ayes de los heridos.

La tensión emotiva, el peligro, el olor a pólvora y el odio a los malhechores hicieron de Ray una fiera, despojándole de su humanidad. Con la sangre hirviendo en las venas, apretó el gatillo de la Luger, corriendo la mano velozmente. La ráfaga de proyectiles iba derribando hombres por la espalda, hasta que el cargador se agotó. Quedaron en pie dos tiradores con ametralladoras y el par de individuos que, arrodillados, reponían los cargadores.

Aprovechándose del natural desconcierto de los gánsteres, Ray dio un salto, apoderándose de una ametralladora caída. Y dejándose caer a tierra barrió en ráfaga a los restantes hombres, de los que sólo uno se escapó, por estar más alejado de su línea de tiro. Cuando quiso visar sobre él fue tarde. Huía desesperadamente escaleras abajo, oyéndole Ray maldecir, y por la voz reconoció a Peter Royal, el criminal boss al servicio de Ackerman.

Era una locura seguirle en la oscuridad, sin recargar la Luger. Y mientras lo hacía se dio cuenta de que los disparos de la Policía habían cesado, al cesar los de los forajidos. Asomándose, gritó:

—¡Adelante, FBI! ¡Soy Brand! ¡Adelante!

Y después, aun cuando llevaba una linterna en el bolsillo, bajó, a oscuras, agazapado, temiendo que Royal le estuviese espionando. No había hecho más que bajar al piso inmediato y aproximarse al rellano de la escalera, cuando unos brazos le rodearon por detrás con la fuerza de los tentáculos de un pulpo. ¡Royal le había atrapado!

Inmovilizado como estaba era inútil apretar el gatillo de la Luger, pues sus balas se perderían en el vacío. Dejando caer el arma y sintiendo el aliento repugnante del gánster en la nuca, sacudió la cabeza atrás, arrancando una maldición al recibir el bestial golpe en la cara.

Y cuando Ray sintió que los brazos del criminal subían, en el intento de agarrarle el cuello y estrangularle, comprendió que no lucharía contra un hombre, sino contra un monstruo demoniaco, enloquecido por acorralamiento.

Sus conocimientos del «jiujitsu» le permitieron inclinarse adelante rápidamente y voltear a su enemigo como si fuese un leve peso. Y tuvo la suerte de agarrarle de una muñeca cuando el asesino chocaba contra el suelo. Izándolo a pulso, volvió a voltearlo, estrellándolo nuevamente. Terribles serían los efectos de los golpes; pero Royal era un hombre de gran resistencia y se incorporó nuevamente, agarrándose a las rodillas del agente especial y derribándolo. En el suelo, ambos tanteándose mutuamente para hacer presa, Ray consiguió agarrarle por los tobillos, manteniéndole boca arriba. Cuando oía cercana la respiración del gánster, al querer levantarse, el joven se echaba adelante y con la cabeza le golpeaba bestialmente el estómago, haciéndole caer otra vez.

Los músculos de Ray comenzaban a fatigarse y en aquella postura no podría aguantar mucho tiempo, y la Policía aún no llegaba en su ayuda. Jugándose el todo por el todo, se puso en pie de un salto y mientras le pisaba a Royal la pierna izquierda le retorció la derecha, apretando más y más. Sonaron los chasquidos de los tendones, y el gánster exclamó:

—¡No! ¡No! —Y un gemido escalofriante horadó las tinieblas.

El inspector Tucker, a la cabeza de la Policía, iluminó con su linterna a los dos combatientes en igual postura.

—¿Estás bien, Ray?

—No mal del todo. Que se hagan cargo de éste. Arriba hay unos muertos y unos heridos. Que registren todas las habitaciones. Venga conmigo, inspector; en el sótano están las prensas y el padre de Edna.

Cuando descendían, ya iluminada toda la casa, Ray vio en el *hall* a Rensie, echado en un diván; junto a él, un guardia.

—¡Mal asunto para ti, Rensie! —le dijo Ray, sin crueldad ni ironía—. Sería mejor que confesases todo lo que sabes. Ahora te tomarán declaración, mientras viene la ambulancia.

El sombrío Rensie, próximo a la muerte, miró al joven sin odio. Dijo tenuemente:

—No me gusta morir, Sullivan. El pesar que tengo es saber que

ellos se escaparán. Los llamamos por radio y no nos han enviado ayuda. ¡Que ese cerdo de Gilpin me quite a Edna!... ¡No dejes que se rían, Sullivan! Ellos se llevaban las ganancias, y ahora se habrán escapado. Tienen suerte...

—¿Los avisaste por la emisora?

—Sí. En cuanto empezó la lucha. Hablé yo, pidiéndoles un autogiro... Y no han hecho caso. ¡Malditos vampiros!...

Ray se dirigió a Tucker, que había escuchado la corta conversación:

—Seguramente estarán preparándose para huir. Es necesario que los de Emergencias arreglen enseguida la línea telefónica, y hablar con la Central de la Policía para que detengan a Ackerman en su casa. Fui un estúpido al destrozar la emisora, pero no sabía que todo iba a salir bien.

En cuanto Tucker dio las órdenes pertinentes, acompañó al joven hasta la puerta del sótano. Cuatro golpes, y apareció el anciano Howland.

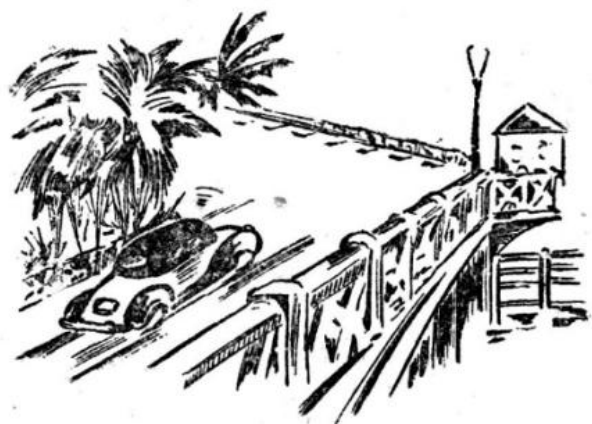
—El padre de Edna, inspector. Cuide usted de él, y que no se le trate como a un prisionero. Es inocente. Ya le explicaré más despacio. Que recojan todos los billetes y las planchas. Regreso a Nueva York; que me acompañen unos cuantos agentes especiales.

—Aquí ya no hay nada que hacer, Ray. Iremos todos contigo, y que queden sólo los de Emergencias para cuando vengan las ambulancias. Este señor puede venir con nosotros.

—Vamos, entonces. Estamos perdiendo mucho tiempo.

Unos minutos más tarde, una caravana de coches oficiales regresaba velozmente a Nueva York. Royal iba en uno, convenientemente custodiado.

Ray no hacía más que pedirle al conductor que acelerase, consumiéndose de impaciencia, pues temía que le hubiese ocurrido algo a Edna.



VIII

UN CEREBRO DIABÓLICO



L edificio donde vivía Ackerman fue rodeado por la Policía, vigilados los pisos, la puerta de entrada, la escalera para casos de incendio, los ascensores y la escalera principal.

Ray pulsó el timbre de la puerta, tras comprobar que todas las medidas estaban tomadas. Un criado le abrió. A la pregunta del agente especial repuso que el señor Ackerman y el señor Gilpin habían salido; también la señorita Edna.

¡Con cuánta desolación comprobó el joven que el criado no había mentado, al registrar todas las habitaciones! El espectáculo de

la caja de caudales abierta, con un sinfín de documentos tirados por el suelo, le recordó la joyería.

Nuevamente se pusieron en marcha los automóviles, interrumpiendo con su avance el tráfico de las calles. De igual manera se rodeó el edificio donde estaba la joyería de Ackerman. El conserje les abrió al serles mostradas las placas y ver los uniformados agentes en la calle. El mismo les facilitó la llave del establecimiento. Con las precauciones debidas, empujó Ray la puerta, la Luger en la otra mano.

Había luz en el interior, y en la misma sala de exposición, tendido en el piso, Ackerman, con la cabeza sangrándole, aunque sin perder el conocimiento. Saltando por encima, Ray se adentró en las restantes habitaciones. Nadie. La caja fuerte, también abierta y saqueada.

Regresó junto a Tucker, que incorporaba a Ackerman, sentándose en una silla, mientras un policía le vendaba con un pañuelo la cabeza, que tenía un rasponazo de bala en la sien.

—¿Dónde está Edna, Ackerman? —preguntó Ray, excitado.

El joyero, acobardado, sin su completo raciocinio a causa de la herida, repuso al rato con desfallecida voz:

—¡Gilpin!... ¡Gilpin se la ha llevado..., y todo el dinero!

—¿Adónde? ¿Adónde se la ha llevado? —inquirió Ray, cogiendo al joyero por el cuello y sacudiéndolo como si fuese un pelele.

—A su yate..., hace un rato. Nos íbamos a ir, cuando me disparó por la espalda. Perdí el conocimiento. Creo que habrá ido al yate.

—¿Dónde estaba y cómo se llama?

—Albatros, en el dock veintiuno. Me traicionó.

Ray se dirigió al inspector Tucker:

—¡Voy a buscarlos! Me llevaré gente. Ordene que la Policía del puerto se ponga bajo mi mando. ¡Cómo le haya hecho algo a Edna...!

Poco después, en la joyería sólo quedaban Tucker y Ackerman; en el pasillo vigilaban dos guardias. El inspector no quería demorar el interrogatorio al cabecilla de la banda, aprovechándose de su estado y no darle tiempo a reaccionar ni a mentir.

El joyero fue declarando que los billetes falsificados se enviaban a Bélgica, Alemania y Holanda, comprando con ellos joyas, que luego eran llevadas clandestinamente en avión al Brasil, y desde

este punto se introducían legalmente en los Estados Unidos, pagando los impuestos, como si fuesen encontradas en los yacimientos y trabajadas allí mismo. El inspector apuntaba los nombres y direcciones de todos los agentes de Ackerman, cómplices en sus lucrativos negocios.

—¡Usted llevó al inspector Brand a la silla eléctrica! —acusó Tucker duramente.

—¡Yo no fui! ¡Yo no he sido más que una pantalla en manos de Gilpin!

—¿De Gilpin?

—Sí, de Gilpin, de ese hombre al que todos despreciaban. Él es el verdadero jefe y el que me obligó a figurar, para librarse él de responsabilidades si la Policía descubría algo. Durante años y años ha estado manejándome a su antojo, explotándome, obligándome a explotar a los demás. Me tenía cogido con un documento en el que yo reconocía haber cometido un asesinato hace tiempo. Yo maté a Richard Hilman, de Detroit, un caso todavía no descubierto. Él se enteró, y desde entonces me hizo víctima de sus chantajes, igual que con los demás. Su organización se basaba en la amenaza, y así mantenía a su servicio una legión de criados forzados a serle fieles; y entre ellos, yo el primero, cargando con la representación de un negocio que no era mío. Es el hombre más inteligente y astuto que he conocido. Él me ha disparado a matar, y creyó que lo había conseguido al verme caer. Con tal de que él vaya a la «silla», estoy dispuesto a declarar.

—¿Qué paso con Alfred Brand? ¿Era él culpable o no?

—Brand estaba enamorado de Dolly, y por más ofertas que le hicimos no quiso ser de los nuestros, aunque tampoco nos denunció, porque también hubiese sido Dolly condenada. Estaba loco por ella. Entonces fue Gilpin el que planeó su perdición para que no revelase nuestra falsificación de moneda.

—¿Se beneficiaba él?

—No. Él lo sabía y callaba, pero nunca logramos que nos aceptase siquiera un regalo. Un día, Brand me citó en un reservado para hablar conmigo de asuntos importantes, según dijo por teléfono. Yo estaba enfermo y no pude ir. Fue Gilpin. Luego me enteré de lo ocurrido. Un policía se había enterado por un piloto de que se transportaban cajas cerradas a Europa en avión, y quería

dinero por callar. Acusaba también a su jefe, el inspector Brand, como si éste se aprovechara. Gilpin, al oír las acusaciones del policía, en lugar de darle dinero, lo mató allí mismo. Y sólo un genio como el suyo pudo crear en un momento un magnífico plan: desembarazarse de Alfred Brand, cargándole el asesinato del policía. Le puso en la mano el arma y le amenazó con matar a su madre si se le ocurría decir la verdad.

Para Tucker quedó al descubierto la explicación del hermético silencio de Alfred Brand hasta el último instante de su vida. Callaba, porque conocía la crueldad de Gilpin y de sus secuaces y no dudaba que su madre sería asesinada.

—¿A quién atropelló Edna Howland?

—A nadie. Preparé aquella comedia para tenerla en mi poder.

—Y a Dolly *Cross*, ¿quién la mató?

Ackerman no repuso. Permaneció con la vista baja. Era evidente su culpabilidad. De sus rasgos había desaparecido la crispación del color, tornándose en gesto aflitivo.

—¡Usted la mató, Ackerman! ¡Hable! ¿Por qué?

Como si la voz viniese de ultratumba, así habló el joyero, costándole un gran esfuerzo revivir lo sucedido.

—¡Yo también quería a Dolly! ¡La queríamos todos! Me hacía pasar terribles celos cuando coqueteaba con sus admiradores. Esa mujer ha sido mi segunda perdición; la primera fue Gilpin. Dolly era una mujer venenosa; emponzoñaba cuanto tocaba. Si usted la conoció, recuerde su belleza. Cualquier hombre a su lado se volvía loco, convirtiéndose de cera en sus manos, con tal de arrancarle una sonrisa. Cuando conoció a Arthur Sullivan me di cuenta de que nunca la recobraría; estaba enamorada de él. ¡Por primera vez en su vida, Dolly amaba! Y yo, admirando y odiando a Sullivan, pero obedeciendo a Gilpin que le defendía contra mis argumentos, porque él la consideraba como una gran aportación a la banda, no encontré otra solución que enviarlo a Europa, darle allí el dinero que quisiese, con tal de alejarlo de Dolly. Pero ella se enteró al momento y me pidió explicaciones.

La voz de Ackerman enronqueció más aún al evocar la terrible escena con la artista. Prosiguió narrando, dándole vida a las palabras:

—Recuerdo lo que me decía, riéndose de mí, despreciándome:

«Tú eres cualquier cosa; si eres algo es porque los demás te lo dan hecho. ¿Crees que con todo tu dinero puede conquistarme? ¡Si eres un viejo repugnante! ¿Cómo puedes compararte con Arthur Sullivan? Él es joven, y no tiene miedo a nada. Tú estás pasado, y eres un asqueroso cobarde. Necesitas de los demás para quitar de en medio a tus enemigos...». Y de tal manera llegó a excitarme con sus insultos y sus risas despreciativas, que la mandé callar. Y no me obedeció, y... tuve que matarla. ¡Tuve que matar a la única mujer que he querido!

El asesino enmudeció, presa de su propia emoción, que también se había comunicado a Tucker. El inspector era un gran hombre, simplemente porque comprendía las debilidades de los seres humanos. Dolly había sido funesta para Alfred Brand, para Ackerman y también pudo serlo para Ray Brand, convirtiendo a un agente especial del FBI en un miserable renegado.

Dando por terminado de momento el interrogatorio, el inspector dio órdenes de que Ackerman fuese llevado al cuartelillo y él se dirigió prestamente al puerto. Poco después, una lancha gasolinera, conducida por un policía, le llevaba a unas torpederas que se encontraban lejos de la costa. Los haces luminosos de varios reflectores convergían como sables diamantinos en un yate, de líneas modernas.

En una de las torpederas encontró a Ray, junto con Sanders y Mamey. El joven le puso al corriente de los sucesos: Gilpin tenía en el yate a Edna, y si no se encontraba ya en alta mar, huyendo, se debía a que las torpederas habían formado un cerco a su alrededor, amenazándole con torpedearle. Por su parte, Gilpin, utilizando su emisora, había anunciado que mataría a Edna si se le atacaba.

Tucker reconoció que la situación era delicada; el ataque o el torpedeamiento causarían la muerte de la joven. Miró a Ray compasivamente, adivinando su angustia, pues las circunstancias impedirían iniciar el asalto, sacrificando la vida de una mujer con tal de que un asesino no burlase la ley.

—¿Se te ocurre algo, Ray?

—Sólo hay un medio, inspector: apoderarse por sorpresa de Gilpin. Soy partidario de que se apaguen los reflectores y se vigilen los movimientos del yate con «luz negra». En la oscuridad, llegaré nadando y ya me arreglaré como pueda.

—No podrás vencer tú solo a una tripulación compuesta de gánsteres.

—No creo que haya mucha gente ahí —repuso el joven, señalando con la cabeza al yate, que se mecía suavemente a impulsos del oleaje, no viéndose a nadie en cubierta—. Gilpin no tuvo tiempo de reunir a la tripulación; ya sabe usted que lo utilizaba como barco de recreo.

—Entonces te pueden acompañar unos cuantos muchachos que naden bien.

—Sería peligroso. Ellos irían a conquistar el yate, sin reparar en Edna; y Gilpin, acorralado, no vacilaría en matarla. Es mejor que lo haga yo solo. Dé la orden, inspector.

Momentos más tarde, las ráfagas luminosas dejaron de surcar el aire y la oscuridad de la noche recobró sus antiguos dominios. Del rodeado barco no brotaba ninguna luz, distinguiéndose solamente su silueta al leve resplandor de las estrellas.

De tierra trajeron una bolsa impermeable, un pantalón de baño y una larga cuerda de poco peso, pero fuerte, con un extremo atado a un gancho forrado.

Sin importarle la frialdad del agua en aquella noche de invierno, Ray nadaba vigorosamente, con largas brazadas, acercándose al yate. Sus movimientos, no obstaculizados por la ropa ni el calzado, eran suaves, silenciosos, practicando el double over y desdeñando el crawl por ser demasiado escandaloso. A la cintura llevaba cogida la bolsa impermeable, y dentro la Luger, con dos cargadores de repuesto. Y encima, arrollada, la cuerda con el garfio.

Escuchó el ruido del suave oleaje al chocar contra los costados del pequeño barco. Dudaba en la elección del sitio para el abordaje, decidiéndose por la popa. Y a ella se acercó por estribor. Escuchaba el zumbido de los motores; pero la embarcación permanecía quieta, señal de que sus hélices no giraban.

Afortunadamente, el puntal del yate no era de gran altura, y Ray, haciendo el movimiento debido con las piernas, sacó medio cuerpo fuera del agua y arrojó el garfio con fuerza a lo alto. Dos probaturas hasta conseguir hacer presa en la borda, y sentir tensa la cuerda.

Alzándose a pulso, pasó junto a una claraboya cerrada y a continuación, ascendiendo, llegó a la borda, asomándose a cubierta

con extremo cuidado. Nadie. Hizo oído. Ni ruidos sospechosos ni murmullos de conversaciones.

Animado, se arrastró por cubierta, no sin antes abrir la bolsa y sacar la Luger. Deducía que Edna, en su calidad de prisionera, habría sido encerrada en alguno de los camarotes, mientras Gilpin se hallaría en la cabina del timonel, si carecía de tripulación, como era lo más seguro.

Bajó las escalerillas metálicas, encontrándose en un largo corredor iluminado en un extremo por una sola bombilla. Una sensación de peligro se adentró en la mente del joven. Imponía aquella soledad, aquel lúgubre corredor flanqueado de puertas cerradas, de las cuales podía salir inesperadamente algún enemigo.

Exponiéndose a ser descubierto, fue abriendo puerta por puerta sigilosamente. Nadie dentro. Al final, justamente debajo de la última luz, tropezó con una puerta cerrada. Ray maldijo mentalmente su torpeza de no llevar unas ganzúas. Allí dentro, y no en otro lugar, estaría Edna encerrada.

Vacilando, temiendo a cada instante que Gilpin o cualquiera de sus secuaces bajase, Ray pasó unos momentos terribles. Su espíritu combativo le incitaba a subir a cubierta y buscar a Gilpin, obligarle a rendirse; pero el temor a que le descubriesen, desbaratando todo su plan, le mantuvo quieto, hasta que decidió penetrar en el camarote contiguo al cerrado, dejando la puerta entornada, por cuya rendija veía el largo pasillo.

Con la piel húmeda, casi desnudo, estremeciéndole la emoción indómita del acecho, el joven permanecía minuto tras minuto, aguardando, impaciente, alguna circunstancia favorable.

El final de su espera fue el ruido de unos pasos y la silueta de Gilpin, acercándose apresuradamente. Ray retrocedió, echándose a un lado. Oyó las pisadas del asesino, cruzando por delante, y luego, el ruido de una cerradura al abrirse. ¡El secretario de Ackerman había penetrado en el camarote cerrado!

Cautelosamente, paso a paso, pisando de puntillas, Ray salió al pasillo. Un bloque luminoso brotaba de la estancia contigua. Empuñando la Luger llegó al umbral. De una ojeada abarcó el interior del camarote. Atada y amordazada estaba Edna, tendida en una litera. Y en el rincón opuesto, de espaldas a Ray, Gilpin se hallaba rompiendo los papeles que sacaba de una pequeña caja

fuerte empotrada en el tabique.

Una tabla crujió bajo el peso de Brand, y el hombrecillo volvió la cabeza. Sus ojos reflejaron la sorpresa del encuentro, y como hipnotizados quedaron prendidos del negro orificio de la pistola que le encañonaba.

—¡Manos arriba, Gilpin! —ordenó Ray en voz baja, no queriendo llamar la atención de algún tripulante.

—¿Tú aquí, Sullivan? —preguntó el criminal, no creyendo lo que veía.

—Sí, Gilpin. A arrestarte y llevarte a la silla eléctrica. ¡Levanta las manos o tendré que matarte antes!

El secretario de Ackerman no aparentaba ser ni con mucho el diabólico personaje descrito por el joyero, en su declaración a Tucker: su apariencia era la de un pobre hombre, insignificante física y mentalmente. Temblaba a impulsos del pavor, y parecía a punto de echarse a llorar bajo la amenaza de morir.

—¡Sullivan! ¡Sullivan! ¿Qué te he hecho yo? Yo soy un buen amigo tuyo y me alegro de que hayas venido; necesito ayuda. La Policía me persigue. Te juro que si logramos escapar, repartiré contigo mi dinero. Siempre confié en tu inteligencia, y justamente es ahora cuando necesito personas así a mi lado.

—Deja de hablar, y desata a Edna. ¡No intentes hacerme una jugarreta, porque te saldría caro!

—Sí, sí. Sullivan, lo que tú digas. Si yo contra Edna no tengo nada; era solamente una garantía para que Ackerman no me denunciase a la Policía.

Y con dedos temblorosos quitó la mordaza y las ligaduras de los brazos y piernas de la joven. Edna se levantó, corriendo a refugiarse en el pecho de Brand.

—¡Ray, creí no volver a verte más! ¡Es un canalla!

—No lo creas, Sullivan —argüía Gilpin, aterrorizado al ver la siniestra mirada del agente especial—. La he respetado; no la he hecho nada. Que lo diga ella misma. ¡No dispires, Sullivan! ¡Te daré todas mis riquezas!

—¿Cuántos hombres hay a bordo?

—Aquí hay uno —dijo una voz a espaldas de Ray, a la vez que éste sentía una dura presión en la nuca—. Suelta la pistola, y no te muevas, o tendré que levantarte el cráneo.

Y cuando el joven quiso reaccionar, una mano le golpeó la muñeca, derribándole el arma al suelo. ¡Había sido cazado estúpidamente, distraído con las palabras de Gilpin, y bastante turbado al sentir contra sí a Edna!

Gilpin se apoderó de la Luger, y su anterior miedo se trocó en fanfarronería, diciendo al agente especial:

—¡Voy a devolverte con creces lo que me has hecho pasar! Sé que Edna te gusta; pero Edna es mía, y ella va a ver que eres un cobarde cuando me emplee a fondo contigo. ¡Te voy a destrozar! ...

Pero pese a sus palabras, no se atrevió a golpear a Ray hasta que éste fue atado de piernas y brazos. Entonces, sí; le cruzó la cara a bofetadas, terminando por pisarle la cara con el zapato, haciéndole sangrar por la boca.

El insignificante secretario era una furia, no saciándose de golpear a Ray. Le contuvo la advertencia de su compinche, un tipo fornido, con expresión perversa:

—Están llamando arriba, jefe; por eso bajé a buscarle.

Gilpin cesó en la paliza y, saliendo precipitadamente del camarote, ordenó:

—¡Ata también a la muchacha, Louis! ¡Y echa la llave! ¡Vamos a ver qué noticias hay!

A solas quedaron los dos jóvenes, atados, tendidos en el suelo. El llamado Louis no les puso mordazas, y pudieron hablar. Al resplandor de la luz eléctrica se veía llorar a Edna, silenciosamente; la palidez de su bello rostro contrastaba con el color trigueño de sus cabellos, extendidos en aureola sobre el piso.

—No llores, Edna. Ya verás cómo escapamos con bien. La Policía rodea el yate, y dentro de muy poco comenzaran a asaltarlo. ¿Cómo consiguieron traerte aquí?

—Estaba acostada cuando Ackerman y Gilpin entraron en mi alcoba. No me dieron tiempo a coger la pistola. Me amenazaron con matarme, y tuve que acompañarles. Gilpin mató en la joyería a Ackerman. ¡Es un monstruo! ¡Está loco!

—Irás a la silla eléctrica.

—¡Se escapará! Antes de venir tú me dijo que por la emisora había llamado al piloto del helicóptero. Piensa llevarme con él a no sé dónde.

Al oír esta noticia, el agente especial consideró fracasada la

captura de Gilpin, pues la Policía no podía sospechar que un autogiro lo sacase del yate. Sería el mismo piloto que transportaba las cajas de billetes al tetramotor. A toda costa era necesario impedir que Gilpin huyese impunemente, ocultándose en cualquier nación con pasaportes falsificados.

Poniendo en tensión los músculos, quiso romper las ligaduras de los brazos, aun sintiendo que se le laceraban. Fueron inútiles sus esfuerzos. Dirigió una mirada en redondel y no halló nada cortante. La propia desesperación le hizo tener una idea salvadora. Arrastrándose, se acercó torpemente a Edna, diciéndole:

—¡Ponte de costado! ¡De espaldas a mí!

Y cuando la joven hubo obedecido, Ray comenzó a roer con los dientes las resistentes cuerdas que ligaban los brazos de Edna. Era una labor lentísima, desesperante, teniendo que deshilar hebra por hebra. Lo que un cuchillo habría cortado de un tajo, se hacía interminable a los dientes del agente especial. Escupía las fibras que iba arrancando. El agobio de la tarea se unió al natural temor de que Gilpin regresase antes de estar libres.

Habría roído más de la mitad de la cuerda cuando indicó a Edna:

—¡Haz fuerza con los brazos!

Ella trató de conseguirlo, más no podía resistir el dolor de las ligaduras al incrustársele en la carne. Ray prosiguió la tarea de morder la cuerda, hasta que el ruido de una llave en la cerradura hizo separarse al joven, a la vez que aconsejaba:

—¡Ponte hacia arriba! ¡Que no se dé cuenta!

Y Gilpin penetró con un brillo de triunfo en las pupilas. Sus primeras palabras ya demostraban que los acontecimientos le eran favorables:

—¡Idiotas! ¡Creían poder cogerme! ¡A mí! ¡A Gilpin! ¡Ni la Policía ni nadie es capaz de detenerme! ¡Querer compararse conmigo! —Y el hombrecillo reía satánicamente, orgulloso de su astucia—. Cuando suban se encontrarán con dos muertos, y no seremos ni «yo» ni Edna. Serán dos estúpidos: Sullivan, el valiente de Chicago, y un miserable esclavo llamado Louis. ¡Yo, Gilpin, yo me escaparé con Edna y con todas las joyas! ¡Tendré dinero a montones y la mujer que me gusta!

Realmente, Gilpin estaba loco, fuera de sí, pues la exaltación y

sentido de sus palabras indicaban que le poseía un endiosamiento sólo visto en los dementes. Y luego, cambiando su excitación triunfal por un tono persuasivo, no menos repugnante, se acercó a Edna y, arrodillándose, le acariciaba el rostro con sus velludas manos, mientras decía:

—¡Qué felices vamos a ser los dos, querida! Yo te enseñaré a quererme. A las mujeres os gusta que os mimen y yo te mimaré. A mi edad es cuando se sabe querer de verdad; y no estos jóvenes inexpertos, que carecen de gusto: son rudos tratando a las mujeres. ¡Seremos muy dichosos, Edna!

Y pasando sus viscosos dedos por la cara de la joven, que permanecía inmóvil, con los ojos cerrados, soportando el repugnante aliento del asesino con igual sufrimiento que si se tratase de una tortura física, Ray ardía en cólera, y de sus brazos comenzaban a brotar hilos de sangre bajo las ligaduras en tensión. Si Gilpin llegaba a caer en sus manos, pagaría con un castigo horrible su sadismo. Cerró los párpados por no ver la dolorosa escena, no abriéndolos hasta oír decir al asesino:

—¡Ya estará al llegar ése! ¡Voy a ver! Dentro de muy poco, nos iremos, Edna; y este perro vanidoso tendrá su merecido.

Otra vez volvieron a quedar a solas ambos jóvenes. Edna quiso hablar, y únicamente consiguió exhalar un sollozo de desesperación. Tampoco Ray podía pronunciar; pero, acuciado por el ansia de venganza, volvió a acercarse a la joven, quien maquinalmente, adoptó la postura anterior. Si hubiese sido hierro, con igual furia habría mordido el agente especial. No le importaba destrozarse las encías ni los labios. Fue royendo la cuerda hasta que rogó a Edna:

—¡Prueba a romperla!

Sólo quedaban unas hebras y la joven lo consiguió, no pudiendo reprimir un grito de alegría.

—¡Pronto, Edna; desátame!

Trémula, llorosa, comenzó a desatar los nudos de las cuerdas que ligaban los brazos de Brand. El desnudo torso tenía los músculos abultados, del esfuerzo, poniéndose de relieve su contextura atlética, destacándose los desarrollados dorsales. Cuando se vio con las manos libres, tardó un segundo en librarse de las ligaduras de las piernas, haciendo lo mismo con Edna.

La puerta estaba cerrada con llave, y les era imposible salir del

camarote, pero la situación había cambiado, y a la furia de Ray se alió su peculiar astucia.

—Vuelve a tenderte y colocarte como antes, Edna.

Y poco después, ambos jóvenes aparentaban continuar ligados.

—No te muevas cuando entre, Edna. Deja que yo actúe.

Esperarían unos diez minutos. Sonó la cerradura y Gilpin penetró, sonriente, rebotando júbilo, no fijándose siquiera en los prisioneros. De entre la ropa de una litera sacó un maletín, Ray dio un salto de felino, cayendo en las espaldas del miserable criminal.

El raquítico hombre, en manos del hercúleo Brand, era un triste guiñapo. Cogido por el cuello, era golpeado contra las paredes. No podía chillar, porque los férreos dedos le estrangulaban. Los ojos se le salían de las órbitas y la piel comenzaba a amoratársele. Respiraba con ronquidos que más semejaban estertores agónicos. Y cuando perdió el conocimiento, fue arrojado contra el suelo bestialmente.

La propia Edna estaba horrorizada de la ira de su novio. Mucho odiaba a Gilpin, pero nunca hubiese creído tal furor en Ray, y es que ella, como mujer, no podía comprender el sufrimiento del joven mientras Gilpin la acariciaba.

De los bolsillos del desvanecido criminal sacó el agente especial su Luger y una automática Browning.

—Toma esta pistola, Edna, y mátalos si recobra los sentidos. Echa el pestillo en cuanto yo salga, y no abras hasta que oigas mi voz.

Con la Germán Luger al frente, sudoroso el cuerpo, casi desnudo, chorreándole sangre de los brazos, con la boca destrozada, salió Brand al pasillo; y después subía la escalerilla, sin producir ruido alguno, por llevar los pies descalzos.

Sobre cubierta distinguió la fea silueta del helicóptero; y cuando se acercaba con el propósito de sorprender al piloto, tuvo la desgracia de que los reflectores de las torpederas volvieran a encenderse, proyectando sus haces luminosos en el yate. La Policía se hallaba impaciente por comenzar el ataque. Y aquel resplandor perjudicó a Ray, pues el piloto le vio aproximarse, a través de los cristales de la cabina de mandos, y al instante las palas rotoras comenzaron a girar, iniciándose la vertical ascensión del aparato.

El agente especial corrió a detenerlo, no queriendo que escapase el gánster, y solamente pudo asirse con una mano al tren de

aterrizaje, con el equivocado pensamiento de que su peso haría de lastre en los primeros momentos de ascensión, y el autogiro no lograría remontarse. Pronto se convenció de su error: colgando de una mano —en la otra, la Luger—, vio que la cubierta del yate se hundía a sus pies y que, enseguida, quedaba atrás.

A la luz de los proyectores, que les seguían en la fuga, apuntó cuidadosamente al depósito de gasolina descargando las balas de la pistola. Brotó una llamarada voraz envolviendo el helicóptero. El agente especial, temiendo ser presa de las llamas, soltóse de la mano izquierda y cayó verticalmente, hundiéndose en las profundidades del mar.

Sus conocimientos de natación le hicieron detener la inmersión, simplemente con poner los brazos en cruz, y cuando se quedó inmóvil el empuje del agua, unido a una fuerte sacudida de pies y a un movimiento de brazos, le obligaron a ascender rápidamente en el líquido elemento, hasta salir a la superficie. Entonces distinguió, a bastantes yardas, el incendiado autogiro, que caía al océano como un aerolito. El piloto, si no había muerto carbonizado, perecería ahogado dentro de la cabina.

Practicando el veloz crawl, Brand nadó hacia el yate, a su parte de popa, y con un último esfuerzo volvió a encaramarse a cubierta, utilizando la cuerda que aún colgaba de la borda. Mojada y descargada la Luger, de momento no le serviría para disparar; la cogió por el cañón, a modo de masa.

Los motores del barco continuaban funcionando. Seguramente, Louis estaría en la cabina del timonel, esperando inútilmente las órdenes de Gilpin. Allí se encaminó Ray, dispuesto a exterminar a cuántos compusiesen la tripulación.

No tuvo necesidad de luchar: encontró a Louis con dos balazos en la cabeza, yaciendo en el puente. Era evidente que Gilpin, en cuanto aterrizó el helicóptero, se había desembarazado de su compinche, a fin de no repartir con él su tesoro.

La inspección de las restantes cabinas, como también la destinada a la emisora, demostró que no había más tripulantes en todo el yate. Recordando las enseñanzas recibidas en la Academia, Ray manipuló en los aparatos, estableciendo contacto con la Central de Radio del Departamento de Policía, y a la vez acomodó la frecuencia a la conocida de las torpederas, todas equipadas con

modernísimos receptores. Dio a conocer su victoria, y por la ventana vio acercarse las embarcaciones.

La criminal organización de Ackerman, regida por el diabólico cerebro de Gilpin, había sido exterminada. ¡Los Estados Unidos debían un servicio más al Federal Bureau of Investigation!

Y el FBI debía su triunfo a uno de sus agentes especiales, a Ray Brand, el hombre que luchó por reivindicar el honor de su hermano.



EPÍLOGO



RA una tarde de febrero cuando Bugs, reponiéndose todavía de sus heridas, en el hospital, miraba cariñosamente a sus dos visitantes: Edna Howland y Ray Brand.

Los tres jóvenes sentíanse felices, después de tantos peligros pasados.

—¿Cómo está tu madre? —preguntó el herido a su amigo.

Contestó Edna por Ray:

—Ella y mi padre están en California, reponiéndose de sus sufrimientos. Por cierto, que se llevan muy bien, demostrando que esa leyenda de los consuegros...

—¡Cuánto he sentido no poder apadrinaros en la boda! —comentó Bugs, algo triste por un momento, recobrando su

característica jovialidad, al decir—: Como yo seré toda mi vida un solterón, me gustaría que a vuestro segundo hijo le pusieseis mi nombre.

—No corras tanto, no corras tanto —aconsejó Ray, riendo—. Hace unos días que nos hemos casado. Estoy viendo que, a fin de dar gusto a todos, necesitaremos tener unos veinte hijos. Tucker también quiere, y los abuelos, y...

—¿Sabes algo de Tucker?

—Está en Europa, buscando a los cómplices de Ackerman. No tardará mucho en dar con ellos.

Al pronunciar Ray el nombre de Ackerman, se produjo un silencio embarazoso en la estancia. No lo comentaron, pero en el pensamiento de ellos tres pesaba la noticia de la ejecución de los jefes de la banda dos días antes. Según los periódicos, Gilpin se acercó a la mortífera silla riendo a carcajadas completamente loco. Ackerman parecía un cadáver, tal era su anonadamiento al sentarse. Y Peter Royal, el bravucón boss de los gánsteres, había demostrado ser un cobarde, pues a rastras y con la mordaza tuvieron que llevarle a la cámara de la muerte.

Quebró el silencio la dulce voz de Edna, interrogando a Bugs:

—¿Cuándo te darán el alta? Te esperamos allí, en California. Aquel sol te repondrá enseguida. Y además hay chicas muy interesantes, que prefieren hombres morenos.

—No; no queráis casarme ya; primero deseo ver qué tal os va a vosotros. No sé cómo se le dará fregar platos al famoso Ray Brand, número uno de la promoción; y si el uno lo hace mal, peor lo hará el dos. —Y abandonando su tono jovial por otro impregnado de ilusión notificó—: Dentro de una semana aproximadamente saldré de aquí. Esperadme para entonces.

Cuando el feliz matrimonio se alejaba del hospital, en su propio automóvil, Ray estuvo a punto de chocar con un autobús, no respetando la señal roja del cruce. La culpa fue de los labios de Edna, que besaron los de su marido en plena calle. No supieron cómo explicárselo al guardia de tráfico, que se acercó a imponer la multa debida.

Más tarde, Edna murmuraría graciosamente enfadada:

—¡No sé de qué te sirve ser el más listo del FBI!

FIN



¿HOMBRE?
¿MONSTRUO?
¿DEMONIO?



El elegante criminal de la sonrisa diabólica convertía a sus secuaces en fieros asesinos bajo los efectos del *hashish*, la enloquecedora droga oriental. Siempre secuestraban y mataban a

LA HORA GRIS

Su autor, **ALF MANZ**, DICE:

"Mis conocimientos del hampa neoyorquina, del valor heroico de los agentes especiales del F. B. I. y de la pasión amorosa, han creado mi novela más interesante y emotiva:"

LA HORA GRIS

¡PRÓXIMO NÚMERO DEL **F. B. I.**

¡COLECCIONELA DESDE EL PRIMER NUMERO!

NOTAS

[1] Este calibre corresponde al 9 del sistema métrico decimal. < <

[2] Jefe de una banda. < <

[3] Nombre dado por los gánsteres a las ametralladoras Thompson.
< <

[4] Es en la penumbra donde los corazones dialogan, y se ven mucho mejor los ojos cuando se ven un poco menos las cosas. < <

[5] Este anochecer te amo demasiado para hablarte de amor. < <

[6] *Whisky* con soda y limón. < <

[7] Barrio de Chicago. < <

[8] Tirador de primera categoría. < <

[9] ¿Preguntas por qué estoy sin decirte nada? Es que el gran momento se ha hecho presente, la hora de las miradas y las sonrisas, el atardecer, y en este atardecer te amo infinitamente.

< <

[10] Asiento posterior de los «roadsters» destinado también a portaequipajes. < <

[11] United States Internal Revenue (rentas interiores de los EEUU).
< <